

Z/ 13135. 15, 742 (1926)

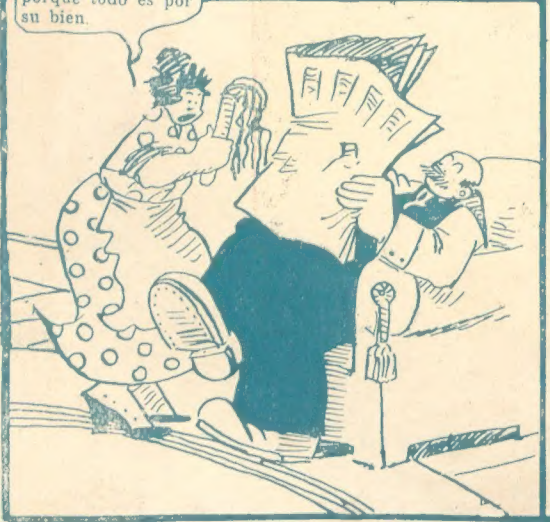
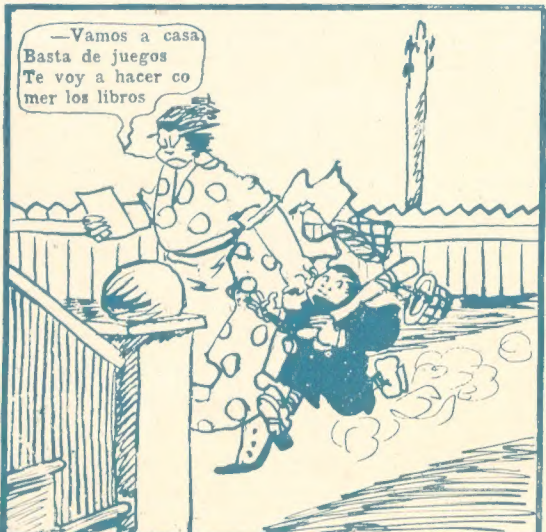
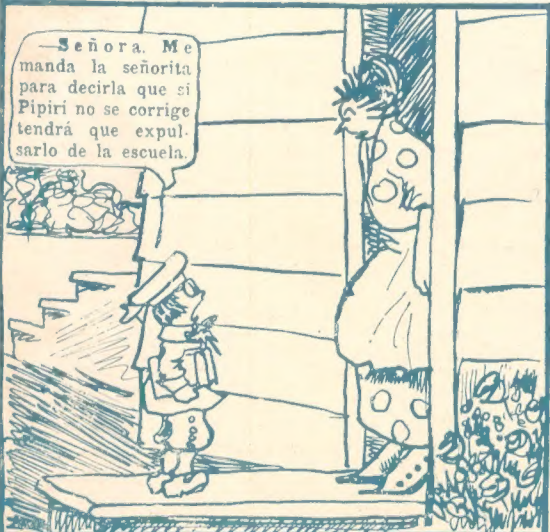
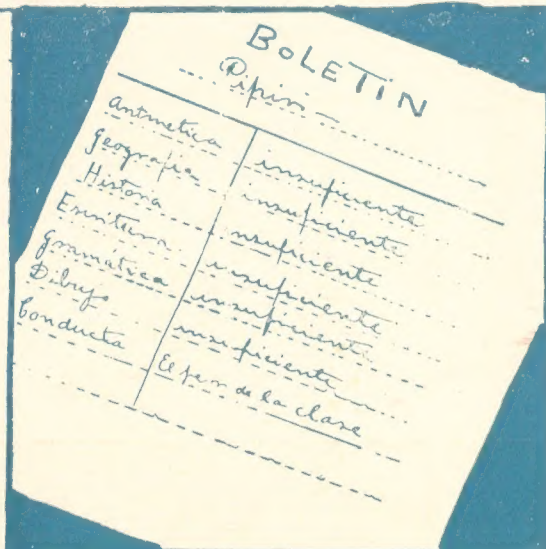
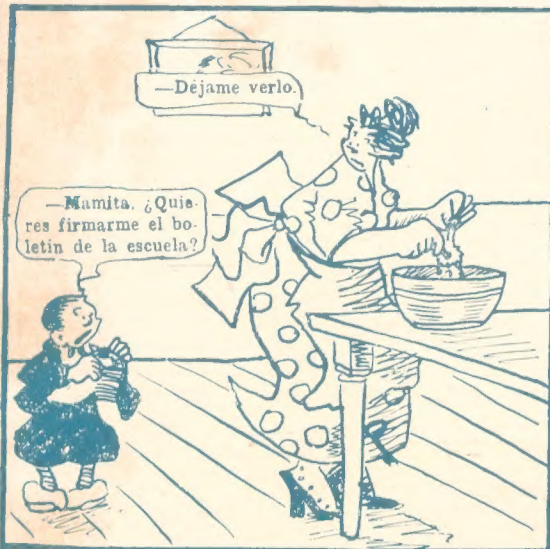
FRAY MOCHO



"CLAVELES DOBLES"

N.º 742

13.7.1926.



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 13 de julio de 1926

N.º 742

DE TODO UN POCO, por Rojas



—La humedad del maíz preocupa a los traficantes en grano y al ministerio. ¿Qué opinas tú del grano?
—Que no me deja dormir.

—¿Qué hicieron Duggan y Olivero después de Pará?
—Después de Pará, seguí.

—¿Sabes en qué se diferencia un loro de un piano?
—Hombre, no lo sé.
—Pues ten cuidado, entonces, si algún día tienes que comprar un piano, no te vayan a dar un loro.

—En Europa, las inundaciones están asolando las ciudades. ¡Qué cantidad tan enorme de agua!
—¡Quién estuviera en Europa!

—¿Qué me dice usted de los detenidos en París, que querían apoderarse del rey de España?
—Que cualquiera juega con ellos al ajedrez.



No, no; el Amor es bueno y nunca desampara a sus pacientes. Oye mi dulce amiga la historia de Inés y Florencio, para que te convenzas de tan importante verdad.

Inés y Florencio, ambos nacidos y criados en la opulenta finca donde servían, eran dos gallardos muchachos que se adoraban desde la niñez. Hasta aquí todo va bien, y aun ha de parecerse mejor si te digo que los chicos se besaban como unos glotones cuantas veces podían, con el incentivo de esas brisas campestres que en la primavera hacen estremecer tan profundamente a los bosques venerables. Cuando podían se besaban, y hacían muy bien, a despecho de tu aspaviento convencional; cuanto podían, porque, ¡ay! no siempre les era dado.

La señora, una viuda ya entrada en años, era muy beata y se escandalizaba al sólo nombre del Amor, como no fuera éste divino. No obstante, sus amigas afirmaban que en su devoción a San Antonio, por ejemplo, no todo era desinterés celestial, llegando uno de sus primos, viejo entre santurrón y calavera, a afirmar que Santa Rita compartía aquella predilección...

Lo cierto es que había sido devota del buen santo hallador de novios, desde su más tierna juventud; y tanto, que se rezaba de memoria la novena y los trece martes.

La señora quería mucho a Inés, pero desconfiaba de Florencio, habiendo opinado ya varias veces que creía llegado el momento de buscarle empleo en la ciudad. ¡Cómo abominaba Inés en esos momentos la palidez que la cubría!

Para ella eran las preferencias y hasta los mimos compatibles con la rigidez aristocrática de la dama; pero ¡a qué precio! precisamente por esto, apenas podía hablar con su novio. Cuando no trabajaba con la vieja ama de llaves, doña Catalina, una flacucha de rigidez gendarmil, bordaba junto a la señora en el costurero cuya suntuosidad tenía algo de bazar, mientras aquellas, en compañía de una hermana solterona que la acompañaba, consumía las horas descifrando charadas y fugas de vocales. Esto formaba su manía y su vanidad. El resto del día lo consagraba a la oración.

Sólo en la mesa tenían algún esparcimiento los muchachos. Después de servir Inés a las señoras, almorzaban con doña Catalina en un recogimiento casi terrorífico; pero a veces llamaban de adentro (generalmente para averiguar alguna fecha) y el ama acudía. ¡Ah, besos furtivos, caricias miedosas, dramitas en dos pelliscos! Era el momento de entregarse las cartas en letra menudísima y sin apartes; el minuto suspirado de decirse tantas cosas y no acertar más que a estrecharse las manos: fugacidad deliciosa que les alegraba un día entero como una exhalación de perfume...

Ahora bien, cierta ocasión de esas, Inés y Florencio tuvieron un gran disgusto. Aquella negó rotundamente a éste un rulo que la pedía, y hasta le reprochó que hubiese mezclado aturdidamente el día anterior la leche de los quesos.

Lo primero fué una coquetería y lo segundo merece una explicación.

UN BUEN QUESO

Por Leopoldo Lugones

Inés hacía unos quesos riquísimos que la señora prefería, motivando esto mil querellas como la mencionada. Eran de comerse frescos, pero tenían un término de treinta horas que la chica respetaba con veneración; y por esto aquel reproche asumió caracteres muy serios para Florencio.

Tres días después, como la coqueta no cediera, la escribió que se iba a envenenar; y ella, alarmada al verle tan triste y para evitar que lo hiciera durante el almuerzo, le respondió con amoroso sobresalto:

"Mi rico no fué uste ya sé adorado bien de mi alma, hoy en la mesa te daré si acaso llaman, y con esto recibe muchos besos de Inés".

Hizo con el papelito una cedulilla bien apretada y la guardó en

el corpiño a la espera de una oportunidad.

Fabricaba hacía rato uno de sus quesos en la lechería, dando el último amasijo a la cuajada, cuando sintió pasos. ¡Los de él!... Con la cedulilla en la mano, aguardó palpitante, pero en vez del amado noviecito, apareció doña Catalina en persona.

La cedulilla rodó por entre los dedos de Inés sobre la pasta, que sus manos oprimieron con instintiva precipitación. Por fortuna no la había visto, y en cuanto se fuera...

Pero en vano retardó su obra, La vieja no se movía de allí, y como empezara a regañar por la tardanza, el queso entró en el molde y pasó a la despesa, sin que la in-

feliz hubiera podido retirar de sus entrañas el secreto de su amor.

¡Qué dos días aquellos! ¡Con qué ansiedad tentó una y mil veces la puerta de aquella nefasta despesa en procura de una remota casualidad! ¡Cuántos ingeniosos hurtos concibió! ¡Cuántas promesas hizo a los santos! Pero doña Catalina no candaba nunca en falso, y los santos suelen ser tan ocupados...

Por fin una noche, mientras servía a la mesa, la catástrofe se produjo. El ama trajo, con cierta prosopopeya de mal augurio, un nuevo queso que la señora se dispuso a cortar. (Era esto un capricho de golosa, hartó honorífico para Inés, bien se comprende). Un buen queso. ¿Sería ese?... No, no era, porque parecía más viejo; pero sí, debía de ser, porque tenía una depresión en el borde...

El cuchillo entró lentamente... entró... entró... Desprendióse la tajada... ¡Ah, qué satisfacción! ¡No era!

Pero al cortar el segundo bocado la señora notó algo duro en la pasta, escarbó un poco, y el papel maldito apareció.

Tan insólito era aquello, que produjo un solemne silencio. La señora, con una calma fría, más terrible que las amenazas de los profetas, desdoblaba lentamente la cedulilla; y en ese momento la chica, desde el fondo de su anonadamiento, balbuceó al azar, con una voz en que desfallecían sollozos:

—Se me cayó del seno...
El papel acabó de desenvolverse. Y ¡oh! cincuenta veces oportuno "Tyrothriz filiformis", y otras tantas sublime "bacterium lacti", "bacillus butyrricus", y cuantos suculentos microbios, acedan, sazonan y maduran esas maravillas del arte caseoso: los ácidos de la fermentación habían decolorado la anilina, y sólo aparecían vagamente, en un matiz rojizo, palabras sueltas, sin ningún significado al parecer:

Mi i no us
adorado bien de mi alma,
en la mesa s ca
llama, con sto rec
e os e s
Las cejas de la señora se fruncieron ante tan profanas palabras...

...Pero ¿qué cambio es ese en sus facciones? ¿Por qué mira ahora a Inés con enternecida benevolencia?

Es que acaba de dar con el secreto del involuntario criptógamo y comprende lo temerario de su sospecha.

En efecto: ¿no correspondían exactamente esas palabras a la oración del noveno martes de San Antonio?

"Mi divino Jesús, único y adorado bien de mi alma, que en la mesa eucarística os llamáis, con justo derecho, el pan de los fuertes..."

¡Chica ejemplar! Se pasaba copiando oraciones durante sus asuetos ¡quién lo creyera! ¡Reprenderla? Nunca; pues ¡a qué mayor gloria podía esperar un queso?

Y desde entonces, bajo la advocación complaciente del beato paduano — mi patrón querido — qué besos, qué locos besos se dieron los chicos al almorzar.

LIED

Eramos tres hermanas. Dijo una:
"Vendrá el amor con la primer estrella"...
Vino la muerte y nos dejó sin ella.

Eramos dos hermanas. Me decía:
"Vendrá la muerte y quedarás tú sola"...
Pero el amor llevóla.

Yo clamaba, yo clamo: "¡Amor o muerte!
¡Amor o muerte quiero!"
Y todavía espero...

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

Glosa para las rosas

Esta flor merece, realmente, ser cantada, porque nunca hubo flor entre las flores con una carrera más triunfal. En todo lo que interesa profundamente al hombre—el amor, la religión, la ley, la guerra, la muerte—se encontró siempre envuelta la rosa; y la civilización entera está saturada de su perfume. Y sin embargo, no pertenece a la gran aristocracia floral, como la azucena o el loto... Sus pergaminos, sus cien pétalos, son recientes; y existen en la India, en las faldas del Himalaya, príncipes con genealogías más remotas que la de la rosa.

La rosa aparece en el mundo griego con Homero, pero aún es la rosa plebeya, silvestre, de cinco hojas, que nace en las espesuras. Sólo con Pindaro y con Arquíloco es cuando la rosa, con sus cien pétalos, ya perfecta, entra realmente en la vida de los hombres y de los dioses, y cuando inicia sus aventuras maravillosas.

Desde el siglo XIV la rosa es el adorno esencial de la reina de los Angeles. María no tiene entonces compañera más fiel ni emblema más radiante. Cuando se aparece a los hombres, las rosas nacen bajo sus pies.

Ya no son estrellas, sino rosas, las que le adornan. Al subir al cielo dejó su sepulcro lleno de rosas; y Ella es verdaderamente la rosa que renace de la muerte.

EÇA DE QUEIROZ.





SINTÉTICAS

NAVE NAUFRAGA

La Caja de Jubilaciones y Pensiones de Empleados Civiles, cual débil barquichuelo, se halla en trance de desaparecer, arrastrada por la vorágine de las aguas.

Hace algún tiempo que el presidente de dicha institución, anunció el peligro a los cuatro vientos; y hoy, consternado ante la inminencia del desastre, solicita auxilio con la mayor urgencia, pretendiendo que el salvamento corra a cargo del erario público. Esta peregrina ocurrencia significa, sencillamente, llevar un ataque al dinero de los contribuyentes, que ni obtienen ni esperan beneficio alguno de la Caja en cuestión.

Las instituciones de esta índole deben vivir con los recursos propios y no a costa de los ajenos; y si fundamentales errores de organización o funcionamiento dificultan su existencia, es más justo corregir sus fallas que no hacer pagar los vidrios rotos a quienes nada tienen que ver en el asunto.

Hay, pues, que arrojar por la borda el peso muerto que hace zozobrar a la nave, y éste ya se sabe cuál es. Las funciones de la Caja deben asegurar a sus tutelados una vida desahogada, pero no de lujo. Existen pensiones exorbitantes de varios miles de pesos mensuales e infinidad de jubilados, en la plenitud de la edad y del vigor físico, que continúan desarrollando, con fruto, sus actividades individuales, en diversos órdenes de trabajo; y éstos factores, que no se ajustan, por cierto, a una moral estricta, constituyen la balumba que aplasta a la institución.

Es necesario desechar la aplicación de ingenuos paliativos y convencerse de que mientras no se exija haber cumplido una edad prudencial, para gozar los beneficios de la Caja; mientras no se aumente el número de años requerido para tener derecho a la jubilación y mientras no se fije un límite máximo a la pensión mensual, que corte disparatadas asignaciones, no habrá piloto capaz de salvar la nave de los escollos que le esperan.

PARLAMENTARISMO

Hemos leído el libro de Marinetti, recientemente editado bajo el título "El Futurismo". Confesamos que las audaces y geniales concepciones del autor, desfilaban serenamente ante nuestros ojos, mientras conservábamos una posición ideológica equidistante de la aceptación y del rechazo de sus teorías.

Pero cuando llegamos adonde se ocupa del parlamentarismo y leímos que éste es "una fórmula anticuada", "un mentidero político", "una gran patochada hecha de corrupción y de banalidad" y que muchos parlamentos "son unos ruidosos corrales, unos albañales, unas letrinas, que tienen por principales elementos, primero, el dinero corruptor y la habilidad acaparadora que sirven para conquistar el acta, y segundo: elocuencia vana, aparatosa falsificación de ideas, triunfos de frases sonoras, tán-tán de negros y bracear de molinos de viento..." etcétera, hemos cerrado el libro ante el temor de vernos catequizados.

COSAS DEL CABLE

Según anuncian algunos telegramas de Berlín, llegados últimamente, el general Mierka (¡cuidado, compañero linotipista!) ha publicado, en una crónica sobre la guerra de Marruecos, que en la ofensiva del 8 de mayo, lucharon 2.000 guerreros de Abd-el-Krim contra 100.000 soldados franco-españoles; lo cual significa que para cada rifeño había 50 aliados. Esto hace creer que el combate se desarrolló entre elefantes y hormigas. Sin embargo, parece que los paguidemos no pudieron con los insectos, pues, como se sabe, el caudillejo africano (ex ave negra habla de ser, para no ser "vivo"), abandonó a sus partidarios y se rindió tranquilamente, poniéndose a salvo en compañía de los milloncejos que arrancó a las tribus.

En vista de este resultado, preguntamos nosotros: la mencionada información alemana, ¿no será una broma de Mierka?

El teatro estaba lleno. En la platea no se veía un solo asiento vacío. Entre aquella multitud de cabezas descubiertas veíanse, aquí y allí, algunas calvas respetables, que, según el decir de un hombre de ingenio, servían de puntos de orientación. Los palcos deslumbraban por la belleza de las mujeres y por el brillo de las alhajas. Se iba a representar un drama de un famoso escritor, al que se había hecho una profusa propaganda de cartel y de prensa. Esa propaganda había creado una gran expectación y el público estaba impaciente.

En un palco conversaban animadamente tres personas: Hisonio Marnegro, el admirable retratista; María Berta Cassell de Fadul, esposa de un conocido hacendado, y su hermana Gladys. El artista hacía el amor a la soltera, lo que disgustaba enormemente a la casada. María Berta Cassell trataba, por todos los medios a su alcance, de impedir que Gladys cediera a las instancias de Hisonio Marnegro, que gozaba fama de tenorio.

—¿Ha tenido usted muchas aventuras?—preguntó de repente María Berta al retratista.

—¿De qué clase?—contestó el interrogado, un poco sorprendido.

—De amor. Son las únicas que verdaderamente interesan a una mujer.

—Algunas he tenido. No tantas, sin embargo, como para poder jactarme de su número. He vivido tanto que forzosamente he tenido que amar mucho.

Gladys Cassell escuchaba el diálogo, sonriendo.

—¿Ha sido usted amado alguna vez por una Berta?

Esta nueva pregunta de la señora de Fadul desconcertó a Hisonio Marnegro. ¿Qué deseaba la hermosa dama? ¿Quería acaso, llamar la atención sobre ella? El retratista repuso:

—He amado profundamente a una Berta. Fué mi primera novia.

Gladys exigió:

—Cuéntenos, cuéntenos. Debe ser un relato interesante.

Hisonio Marnegro no tuvo tiempo de responder. El telón fué levantado y empezó la función.

—Prefiero su historia al drama que van a representar—dijo María Berta.—Pasemos al antepalco.

Hisonio Marnegro obedeció. Aquella mujer comenzaba a preocuparle.

—Conocí a la Berta de mi cuento en una pequeña aldea a donde fui a pasar unas vacaciones. Yo tenía quince años y ella catorce. La perseguí con esa tenacidad que ponen en sus acciones los ociosos aburridos que buscan una ocupación. Diariamente le enviaba tres o cuatro cartas. Le escribí en prosa y en verso. Yo entonces aspiraba a ser un gran poeta. Al fin me contestó. En cuatro palabras, las que más emoción me han causado en mi vida, me confesó que me quería. Sería imposible expresar el placer que me produjo la sencilla y bella frase en que Berta me manifestó lo que sentía.

—¿Duró mucho aquel amor?

—Cinco años.

—¿Era bella su Berta?

—Para mí, era una maravilla. Tenía una inmensa cabellera dorada. Quizá de esa primera pasión ha nacido mi predilección por las rubias. Ninguna otra mujer ha logrado superar en mi afecto a aquella

suave criatura. Sus ojos eran de un azul oscuro, casi negro. Sus cejas, muy espesas, proyectaban una especie de sombra sobre sus pupilas profundas. Su nariz pequeña y su boca de labios finos no se me olvidarán jamás. Uno de los grandes pesares de mi vida es no haber conocido el sabor de aquellos labios.

—¿No la besó usted?

—¡Nunca!

—¿Y eso cómo se explica, siendo usted tan audaz?

—Mi audacia es una leyenda. Berta me inspiraba un sentimiento muy parecido al temor. En su presencia temblaba yo como un escolar ante un maestro severo. En los momentos graves de mi existencia pienso en ella. Me parece que me protege. Ya ve usted, soy hasta supersticioso.

de ser algo de más interés que el primer amor de un adolescente.

Hisonio Marnegro y la hermosa mujer se sentaron en el palco. De pronto, en un momento emocionante de la representación María Berta se acercó al artista y murmuró a su oído:

—Otra mujer del mismo nombre, ¿no despertaría en usted una nueva pasión?

La interrogación era un pistoleazo. Hisonio Marnegro clavó sus ojos en el rostro de la dama y, a pesar de la poca luz que había en la sala, pudo advertir en la promisoriosa boca una sonrisa endemoniada. Y surgió en su corazón una necesidad: conquistar a la conquistadora. Comprendió que para llevar a cabo su propósito estaría obligado a proceder con suma habilidad.

¡Que nadie la hiera!...

Que nadie la hiera ni con el más leve gesto, porque entonces resucitaré y hasta mis veinte años, que cubrió la nieve de los desencantos, me reintegraré!

Que nadie la hiera si no quieren verme como un león saltando sobre el lenguaraz, que desde la supe tan buena no duerme mi pasión celosa de su dulce paz!

Que nadie la hiera, que así como antaño soñé hacerla presa de mi mal engaño por un fementido placer de varón,

hoy que la sé buena, sufrida, humildosa, mi vida no es vida, sino humilde glosa de la dulce vida de su corazón!

MANUEL CRESPO GARCIA.

—¿Y cómo terminaron esos amores?

—Terminaron con la muerte de Berta,—expresó Hisonio y se quedó un instante pensativo. Luego añadió: — Es una historia vulgar.

María Berta Cassell, un poco decepcionada, dijo entonces:

—Veamos el drama que se representa.

—Con mucho gusto, señora. Ha

¿Cómo cortejar a María Berta sin despertar la desconfianza de Gladys? Dominado por este pensamiento, no puso atención a lo que sucedía en el escenario.

—¿Querría usted decirme — preguntó a Gladys, una vez que hubo concluido el tercer acto — qué es lo que ha pasado?

—¿Pretende usted hacerme creer que no se ha enterado? — manifes-

tó, sonriendo, la muchacha.

—En efecto, no me he enterado. La obra no ha tenido fuerza suficiente para cortar el curso de mis pensamientos. Por eso deseaba que me contara lo que ha pasado en escena.

—Una historia de escasa originalidad. Una mujer puesta a elegir entre el marido y el amante...

—Elige al marido. Es así como Ibsen y Bernard Shaw han resuelto ese problema.

—Esta no elige a ninguno. Siguió el célebre consejo, según el cual en la duda debe una abstenerse.

Rió Hisonio Marnegro y dijo:

—¿Se enamora, acaso, de un tercero? Sería el caso de aquel a quien en una visita preguntaron: "¿Toma usted te o chocolate?" y contestó: "No, tomo café".

Gladys Cassell festejó el chiste con su risa encantadora.

—No, — repuso, — la heroína del drama no toma te ni chocolate. Tampoco toma café, por lo menos en escena.

Mientras así hablaban, las dos jóvenes y el artista salieron del teatro. Hisonio Marnegro aprovechó un instante en que María Berta se quedó un poco atrás, para decir a Gladys:

—Necesito hablar con usted. ¿Dónde podría verla mañana?

Ella, en voz muy baja, le indicó un hermoso y solitario paraje de Palermo.

II

—¿De modo que fuiste a la cita? —interrogó María Berta a su hermana, en la noche del siguiente día.

—Sí—contestó Gladys, medio ruborizada.

—¿De qué hablaron? ¿Se puede saber?

—Cosas de importancia. En las citas de amor, lo esencial no es precisamente lo que se habla.

—¿Qué hicieron?

—Vagamos como dos chiquillos por los jardines de Palermo. Me contó numerosas aventuras. Me recitó versos. Me habló de las hambres que sufrió en los principios de su carrera, de sus triunfos, de sus ideales, de los grandes dolores de su vida solitaria y sin afectos.

—¿Y después?

—Nada. Convínimos en vernos dos veces por semana. Tanto rogó que accedí. ¿Hay algo de grave en eso?

María Berta se dió cuenta de que Gladys había sido subyugada por aquel hombre experto, sabio en política amorosa. El espíritu superior, lleno de recursos, ágil y brillante, de Hisonio Marnegro, había empezado a ejercer una influencia incontestable en el alma ingenua y curiosa de la hermosa criatura. Era necesario esforzarse por qué esa influencia no llegara a ser fatal.

—¿Cuándo se efectuará una nueva cita? — dijo.

—El jueves.

Se produjo un brevísimo silencio.

—¿Me permites — volvió a decir María Berta — que yo vaya a esa cita?

—¿Las dos juntas? — murmuró Gladys, asombrada.

—No. Yo sola. Daré a Hisonio una disculpa para justificar el cambio.

Gladys Cassell dirigió a su hermana una mirada que era casi una ofensa. Y tras una rápida reflexión, expresó con energía:

—Eso sería incorrecto.

DE POPE

Esperanza, amor, desco y júbilo son efectos del placer que los produce. Temor, sospecha, odio y tristeza son hijos del dolor que los nutre en su seno. Todas estas pasiones reunidas están destinadas a hacer feliz al hombre; de su discordia se forma el lazo que une el alma con el cuerpo. Imponer regla y límite a las pasiones, apaciguar su impetu y sus arrebatos debe ser el objeto del hombre prudente.

La conversación cesó en ese punto.

III

María Berta no era mujer de darse fácilmente por vencida ni de abandonar un plan después de concebido y meditado. Aprovechó una ausencia de Gladys para hablar con Hisionio por teléfono.

—¿Qué piensa usted hacer esta tarde?

—Mucho y nada — fué la respuesta del artista.

—¿Cómo es eso?

—Si no tengo algo mejor que hacer, pintaré. Si se me presenta algo mejor...

—Pues se le ha presentado. Me agrada dar un paseo por Palermo. ¿No sería usted capaz de acompañarme?

—Yo soy capaz de todo, hasta de un sacrificio, si se me ofrece como premio tan codiciada compañía.

—Hasta luego, pues. No me haga usted esperar.

Hisionio Marnegro se quedó perplejo. ¿Qué buscaba aquella mujer? María Berta Cassell de Fadul tenía fama de honesta. Por muy grande que fuera su vanidad de tenorio, se resistía a creer que la joven señora sólo quisiera poner sus encantos al alcance de su mano. ¿Trataba ella con su intervención, de evitar sus relaciones con Gladys? Si tal era su intento, él se encargaría de impedir que lo llevara a cabo.

Antes de la hora convenida, el pintor estaba en el lugar del encuentro. Iba resuelto a ser franco hasta la impertinencia con tal de conocer el pensamiento de aquella mujer temeraria. María Berta fué puntual como un hombre.

—Estoy sorprendido — le dijo él al estrechar la mano que ella le tendió con movimiento expresivamente cordial; — estoy sorprendido de su conducta.

—Yo soy muy rara — manifestó ella, riendo. — Es seguro que jamás le ha acontecido a usted nada semejante.

Calló un segundo y añadió riendo de nuevo:

—Pero no vaya a creer que estoy enamorada de usted.

—Yo no creo nada — afirmó Hisionio. — Todavía no he llegado al período de la creencia. Apenas estoy en el del asombro. Me es imposible suponer que usted esté enamorada de mí. Es demasiado inteligente para cometer esa tontería.

—¿Sería esa una tontería?

—Y de las grandes. Los hombres somos tan necios que desdénamos a la mujer que nos persigue para correr como gamos detrás de la que nos huye. Queremos experimentar la divina satisfacción de conquistar la dicha. No queremos ser presas; queremos apresar.

La risa de María Berta sonó como un cascabel maravilloso.

—¿Se ríe usted de mí? — murmuró Hisionio.

—No — repuso la hechicera. — Me río de la necedad de los hombres. No quieren ser presas; quieren apresar. ¡Como si en definitiva no fueran siempre apresados!...

—Es cierto. Pero cuando la mujer es discreta, nos deja la ilusión de la libertad. Usted sabe que de esas ilusiones está hecha la felicidad humana.

—Cambieemos de tema, — expresó ella, bruscamente. — He venido a hablar a usted de mi hermana. Gladys está a punto de adquirir compromiso matrimonial con un joven abogado. Yo he venido a rogarle que no malogre usted ese

compromiso, que será para ella motivo de bienestar y de dicha.

Hisionio Marnegro vaciló un instante. Luego dijo:

—Eso no me preocupa. Opino que yo también puedo hacerla feliz.

—No opino lo mismo. Su temperamento de artista, la superioridad de su espíritu, la desilusión que usted sufrirá, todo eso y mucho más que no me detengo a detallar serán causas de malestar y de infortunio. Gladys no es inteligente y no llegará jamás a comprenderlo. Será un amor desastroso.

La conversación duró más de dos horas. María Berta Cassell e Hisionio Marnegro no se pusieron de acuerdo. El pintor estaba decidido a no renunciar a su aventura con Gladys.

un silencio lleno de vacilaciones, dijo:

—Usted debe suponer que yo soy un peligro demasiado grande para su hermana cuando tanto se empeña en alejarme de ella. ¿Está usted dispuesta a sacrificarse?

—Sí.

Hisionio inclinó la cabeza, pensativo. ¿No sería aquella confesada resolución una manera de apelar a lo más noble de su espíritu, a su sentimiento de caballería, para apartarlo de la mujer que despertaba todos sus anhelos?

—Con su actitud — manifestó — no ha conseguido que deje de amar a Gladys; pero ha logrado usted, en cambio, inspirarme una admiración sincera.

—Cuidado, — advirtió ella. — Por

IV

Hisionio Marnegro y Gladys Cassell daban largos paseos por Palermo, dos veces por semana.

El pintor obraba con prudencia excesiva temeroso de asustar a la muchacha con un acto que indicara precipitación o con una palabra que revelara demasiado claramente sus íntimos propósitos. Procedía lentamente, seguro de su triunfo. El compromiso matrimonial de Gladys con el "joven abogado" iba siendo aplazado, a pesar de los ingentes esfuerzos de María Berta.

Las relaciones del artista con la señora de Fadul se habían limitado hasta entonces a unas cuantas entrevistas, en que ella había continuado haciendo su arriesgado papel de provocadora y en que él había seguido mostrándose vacilante, sin saber si era amado o si era simplemente un pobre juguete en manos de la audaz.

Aquella situación no podía prolongarse mucho tiempo. Un día Hisionio Marnegro, algo cansado de aquellos dobles amores sin consecuencias, tomó una decisión. Meditó largamente y llegó a la conclusión de que, de las dos mujeres, era Gladys la que en realidad amaba. Le dedicaría toda su atención y, si no había otro remedio, se casaría con ella.

—Nunca ha visitado mi taller, — dijo a Gladys el día en que tomó esa resolución.

—Estaba esperando que me invitara — contestó la mujer.

—Vamos allá.

Y en vez de dirigirse a Palermo, como de costumbre, emprendieron la marcha hacia el taller del artista. Al entrar Gladys, para disimular su nerviosidad, empezó a hablar desordenadamente.

—Yo adoro el arte. Mi amistad con usted es hija de esa adoración. Pintar es eternizar ciertos momentos de la Naturaleza; es jugarle una mala pasada a la Naturaleza, que, siendo perpetua, es tan instable. Un crepúsculo, por ejemplo, cambia, se transforma continuamente. Se modifica de minuto en minuto. El pintor fija en la tela, para siempre, uno de esos minutos, el más bello. Ser artista es poseer el poder de la divinidad; es ser casi Dios, por lo menos, en el instante en que se está compitiendo con él en la realización de la belleza. Estoy blasfemando; ¿no es cierto? Pero Dios me lo perdonará, porque lo hago en señal de admiración por un artista. ¿No es el artista la mejor de sus creaciones? Al crear al artista Dios se despoja de su egoísmo (¿es egoísta Dios?) para dotar a su criatura del más noble de sus atributos.

Hisionio la dejaba hablar. No le escuchaba. Le habría sido difícil repetir lo que decía. Las palabras que ella pronunciaba no le interesaban. Le importaba solamente la voz deliciosa, musical, cristalina, como un gorjeo. Eran esas palabras música sin significado. Acaso el tono revelaba de cuando en cuando la emoción que experimentaba la joven al verse en aquel recinto, para ella plétórico de sagrados misterios.

Gladys, mientras hablaba, recorría el taller con pasos menudos, con pequeños saltos, lo que completaba su semejanza con un pájaro cantor en una jaula. Iba de un cuadro a otro, ávida de ver. Tenía el alma en los ojos.

CHOCOLATE

GODET

EXTRA
(PAPEL BRONCE)

Se ha impuesto por su
CALIDAD

Al hacer su pedido
mensual no olvide
incluir el
Chocolate GODET
que además de ser un
bombón exquisito
es un buen alimento.

DANIEL BASSI & Cia.
Bm. MITRE 2538-84 BUENOS AIRES.



En medio de la discusión, como quien da una puñalada en un impulso irrefrenable, María Berta soltó este despropósito:

—Oiga usted: ¿no soy yo capaz de sustituirla en su corazón?

Al escuchar tales palabras, Hisionio quedó como atontado. ¿Lo amaba María Berta o sólo ambicionaba separarlo de Gladys? Después de

ese camino también se va al amor.

—¿Le agradaría a usted que yo la amara?

—Pregunta usted demasiado. Es indispensable que me vaya. Se ha hecho tarde.

Y María Berta se despidió de su amigo. Lo picaresco de su sonrisa contrastaba con la profundidad de su mirada.

Los encarecimientos

crecen ordinariamente con injuria de la verdad; que como es la voz de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de sus pasiones; y éstas, o no entienden las cosas como son, o no las dicen como las entienden.

SOLIS.

En un rincón, cerca de una ventana, había un gran caballete y en éste, una tela cubierta.

—¿Me permite? — preguntó Gladys, haciendo ademán de descubrir la tela.

—No. Es una sorpresa. Se la mostraré, después que hayamos tomado una taza de té.

—Tomémosla en seguida.

—¿Es muy grande su deseo de ver eso?

—Ha provocado usted mi curiosidad. ¿Dónde está el té? Yo misma voy a prepararlo.

Colocó Hisonio una mesita en medio del taller. Sobre la mesita puso todo lo necesario para preparar la sabrosa infusión. De un pequeño armario sacó tazas, cucharas, azúcar, jaleas, bizcochos.

—¡Magnífico, magnífico! — decía ella, entusiasmada. — Esto va a ser un banquete. Es usted un espléndido anfitrión.

El té fué servido y tomado rápidamente. Gladys estaba impaciente. Mientras se pasaba la servilleta por los labios, después del último sorbo, manifestó:

—Veamos la sorpresa.

—Un poco de paciencia, criatura, — recomendó Hisonio. — Esa tela representa a la mujer más bonita de Buenos Aires, la mujer que yo amo más apasionadamente.

—Me muero de curiosidad...

Y Gladys, levantándose, se dirigió al caballete. Hisonio Marnegro la detuvo con un gesto.

—Antes de descubrir la tela, déjeme hacerla una advertencia.

Los ojos de Gladys se convirtieron en dos radiosos interrogantes.

—La mujer que representa esa tela, está desnuda.

Gladys tuvo miedo. ¿Y si era ella la que estaba allí pintada?... Hizo un esfuerzo extraordinario y en un movimiento brusco, dejó la tela en descubierto. ¡Era ella!... Quiso gritar y no pudo. Quiso protestar y le fué imposible. Se quedó inmóvil, tan inmóvil como estaba en el cuadro.

Hisonio empezó:

—¿Se reconoce?...

Y tras una pausa:

—Esa defectuosa pintura no refleja con exactitud el prodigio que pretende haber copiado. El artista no ha podido igualar a Dios.

Gladys seguía inmóvil y muda. Su alma era un torbellino. No hay en el idioma términos con que describir fielmente aquel estado de ánimo.

—Lo que yo querría es rectificar los errores cometidos. Mi imaginación, que es demasiado pobre, no ha sabido adivinar su belleza, que es el milagro de los milagros. ¿Me amará usted algún día lo suficiente para permitirme corregir mi obra con el modelo a la vista?

Gladys continuaba callada.

—¡Hable, por favor! — replicó él.

—No tengo nada que decir.

La voz de Gladys pareció que salía del fondo de su alma. Era la voz de alguien que hablara desde otro mundo. El espíritu de la joven parecía recogido en sí mismo. ¿Era para dar un salto o para declararse vencido?

V

Hisonio Marnegro atendió el llamado telefónico.

—¿Me ofrece usted una taza de té? — decía María Berta.

—Con placer.

—¿En su taller?

—Donde usted guste.

—¿Hoy?

—Ahora mismo.

—Antes de diez minutos estaré allí.

En efecto, instantes después, entraba al taller del retratista, María Berta Cassell de Fadul, resplandeciente como un astro.

—La curiosidad es mujer — dijo Hisonio, al saludarla. — Viene usted a ver la imagen de Gladys.

—No me trae otra cosa.

—Ha obligado usted a declarar a su pobre hermana y viene para que yo complete su relato.

—También eso me trae.

—Posiblemente ambiciona usted que la pinte en la misma forma que a Gladys.

—Eso lo discutiremos luego.

—Le advierto que a usted no la pintaría sin tener el modelo por delante.

—Le ruego que no se vuelva impertinente.

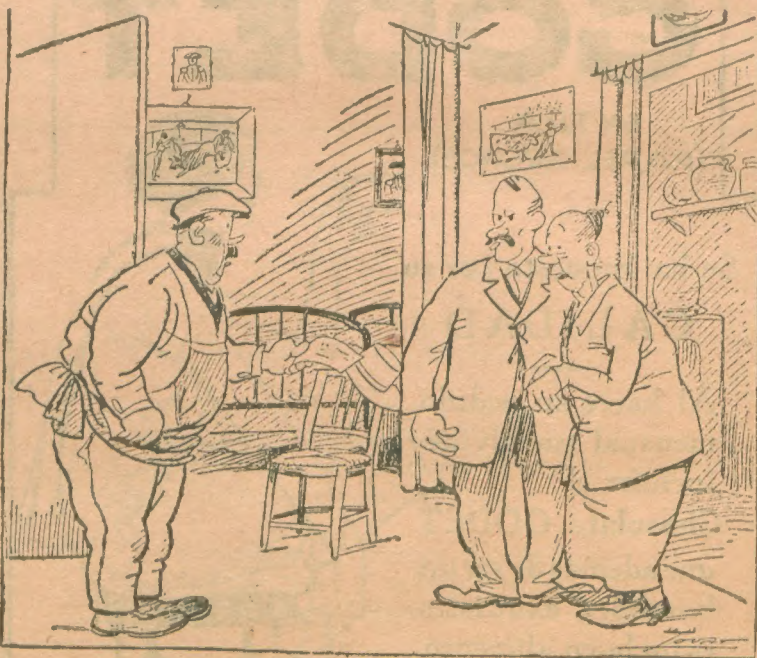
María Berta pronunció esta frase en tono seco, casi insultante. Hisonio, sin inmutarse, contestó:

Después de relatar lo que se ha leído anteriormente, Hisonio dijo:

—Dulcemente, poniendo en juego todo mi poder de persuasión, logré convencer a Gladys de que debía permitirme corregir con el modelo los defectos de mi cuadro. Allí estubo de pie, como una estatua, cubierta tan solo por su rubor como en un baño de rosas. Quise besarla y al poner mis labios en sus ojos sentí el sabor salobre de una lágrima. “¿Qué le pasa?” le pregunté. Extendió su mano izquierda y me mostró con el gesto su anillo de compromiso. Me dijo: “Ayer me comprometí a casarme y hoy estoy aquí, a merced de un hombre que no es mi novio”. Un sollozo inmenso, tremendo como un castigo que no termina nunca, la hizo temblar toda. Comprendí. Me sentí bueno. La cubrí con una capa y salí de la habitación. No me arrepiento. Estaré siempre orgulloso de esta acción.

María Berta, emocionada, se acer-

LO PRIMERO ES LO PRIMERO



—¡Vamos, hombre, usted está loco! ¡En plena temporada del Colón tiene la pretensión ridícula de venir a cobrar una cuenta!

—Me parece que he conquistado el derecho de ser impertinente. Usted me ha provocado, me ha atraído, me ha subyugado para reírse de mí. Tengo el derecho de todas las víctimas. Y no contenta con eso, me ha arrebatado el afecto de su hermana, arrojándola en brazos de un imbécil, que no sabrá hacerla feliz.

—Usted es un hombre que no comprende. En cuestiones sentimentales los hombres de talento son unos estúpidos.

—No sé qué agradecer más, si el elogio o el insulto.

—No agradezca nada y conversemos como buenos amigos.

Y María Berta sonrió.

—He venido — añadió tras una pausa — para que usted me cuente lo que sucedió en su última cita con mi hermana.

Hisonio Montenegro se negó al principio, pero concluyó por acceder. María Berta estaba aquella tarde irresistible.

có rápidamente a Hisonio y se quedó mirándolo en los ojos. Su mirada fué una intensa caricia.

—Le ruego que me perdone. Me había equivocado. Es usted un hombre noble. Antes me he burlado de usted; quizá ahora conseguirá usted que yo le ame.

Y aseguran los que lo saben que María Berta Cassell e Hisonio Marnegro conocieron la felicidad.

¿Hay derecho a matar los seres queridos para evitarles el sufrimiento físico?

No hace mucho conmovieron a Europa algunos dramas pasionales y las consecuentes sentencias que pusieron de actualidad el derecho a dar muerte a los que sufren, para evitarles torturas, a los ancianos, a los niños deformes...

Antes que ahora, este derecho

estuvo sancionado. Algunos pueblos semibárbaros—los Celtas—consideraron legal la muerte de los ancianos valetudinarios, de los niños monstruosos. Plutarco, en las vidas paralelas de Licurgo y Solón, habla de la costumbre espartana de seleccionar a los nacidos. Durante el Renacimiento vemos que Tomás Moro, en la *Utopía*, sostiene el derecho de la sociedad a matar de hambre o con armas, durante el sueño, a los que sufren enfermedades incurables.

Varios tratadistas insignes, singularmente alemanes e italianos, han fijado las bases y el procedimiento de la Eutanasia, señalando a quien corresponde la iniciativa de practicarla, los casos en que debe fundamentarse la sentencia, el instrumental más conveniente, etc., etc.

Así, Richet es partidario de aplicar la Eutanasia a los niños monstruosos, como en Esparta, diciendo: “Todos los ríos de nuestras grandes ciudades modernas deberían recibir el mismo tributo humano que el Eurotas”.

Binet-Sangle, tras meditadas reflexiones, se inclina a la Eutanasia por medio de narcóticos, protóxidos de azoe y gases hilarantes, que han de suministrarse al paciente en un local dispuesto a tal fin: “sala eutanásica”.

Por su parte, el poeta Maeterlinck, eutanásico fervido, propone que se forme un cuerpo médico eutanásico.

Pero el tema, por su índole, más es científico que literario. Tiene, en verdad, un valor ético que es del dominio del psicólogo. Mas su génesis patológica lo adscribe al fuero de la medicina legal. Y dentro de él ningún libro tan denso, documentado y al par amenísimo como el de Enrico Morselli, *La uccisione pietosa*. Morselli, con serena energía, se rebela contra la Eutanasia. Demuestra lo falaz del argumento por virtud del cual la intervención “piadosa” está justificada en los casos incurables. “¿Cuáles son — dice con una probidad científica singular — los casos verdaderamente incurables? ¿Qué médico digno se atrevería a señalarlos?”

En cuanto al argumento “espartano” de que la sociedad tiene derecho a separar violentamente de su seno a los locos, a los idiotas, a los “inútiles”, aduce la dificultad para el psiquiatra de establecer, por modo infalible, la incurabilidad de un loco o de un idiota, y el daño que recibiría la sociedad al postergar, por dudosas ventajas materiales, algo tan noble como la vida humana.

Y en cuanto al argumento sentimental de que la Eutanasia, siendo una inclinación piadosa, es, por lo tanto, compatible con la justicia, sostiene que en ningún caso puede un juez proclamar legítimo lo que la ciencia y la moral estiman dudoso.

Desde el mundo de los rascacielos

Por Octavio Bermúdez Cobián

Los grandes diarios neoyorquinos, de la clase llamada *sensacionalista*, vienen dedicando últimamente sendas columnas al proceso que las autoridades de Nueva York le siguen a Earl Carroll, uno de los más populares empresarios de revistas de espectáculo o *bataclanescas*, como han dado en llamar ahora, conocidas en los Estados Unidos bajo el nombre *musical comedies*.

El suceso que motivó este original proceso fué un *party* — una farsa, que diríamos nosotros — tocando a los lindes de una bacanal de los tiempos de la Roma pagana, en la que participaron conocidos hombres de letras, entre ellos Irving Cobb, el más leído de los escritores de cuentos cortos en los Estados Unidos, y otros notables personajes de la farsa y el periodismo, hallándose entre ellos la muy discutida condesa de Cathart, autora teatral inglesa, cuya última visita a los Estados Unidos con propósito de estrenar su drama "Ashes" (Cenizas) causó gran revuelo, al detenerla las autoridades de inmigración en Ellis Island, acusándola de *moral turpitude* (depravación moral) en razón de cierta aventura romántica que la llevó a la fuga hacia las orillas del Nilo, en compañía de cierto noble inglés, ante el escándalo de la *high life* londinense.

Este asunto dió margen a toda clase de comentarios y los puritanos y reformistas, que tan malos ratos dieran a Firpo en el conocido *affair*, se opusieron tenazmente a la entrada de la *pecadora* en Nueva York.

Los diarios ingleses tomaron el asunto por su lado humorístico y propusieron la creación de una ley que estableciese una prolija investigación en el pasado de los turistas norteamericanos antes de admitirlos en Inglaterra. La condesa, mientras tanto, relataba diariamente a los periodistas sus desventuras, entre una que otra furtiva lágrima y como la condesa es linda y sabe según dicen, llorar divinamente, el asunto fué finalmente llevado a Washington, en donde las autoridades superiores ordenaron su libre entrada. Este hecho causó la renuncia del comisionado de inmigración Curran.

La condesa pudo al fin poner sus diminutos pies en Battery Place y confundirse con el resto de los felices y resignados mortales, que diariamente exponen su vida en el laberinto del tráfico de Broadway o de la Quinta Avenida.

Su drama "Ashes", que había despertado una enfermiza curiosidad pública — anunciado como una versión fidedigna de sus aventuras amorosas — decepcionó dolorosamente al público que había ido al estreno ávido de contemplar escenas de un erotismo nunca visto, resultando, según los comentarios, una vulgar y anodina historietita sentimental, sin interés alguno.

El famoso *party* de Earl Carroll, tuvo lugar en el teatro de su pro-

piedad, situado en pleno distrito teatral de Broadway y conocido por el nombre de "Carroll Theatre".

El proceso que las autoridades le instruyen al conocido empresario de revistas alegres, está basado en una contravención a la famosa Ley Volstead que prohíbe el uso de bebidas alcohólicas. Denuncias llegadas a las autoridades *prohibicionistas* aseguran que los concurrentes al *party* libaron copiosamente toda clase de bebidas, cuyo uso veda la ley en cuestión.

No son, sin embargo, los fundamentos del proceso los que han atraído la curiosidad pública hacia las incidencias del mismo—procesos de esta índole, son ocurrencia diaria en todas las cortes estadounidenses—sino la forma curiosa y realmente nueva en que el anfitrión ofreció el champagne a los invitados, que no fué ciertamente en la copa de oro en que Alejandro libaba el néctar de Chipre, sino en una vulgar bañadera enlozada, rebotante del dorado líquido en la cual, una de las más bellas coristas de Carroll hacía sus abluciones vestida de Eva y, según afirmación de algunos testigos, con omisión de la tradicional hoja de parrá.

Ahora bien, las autoridades persiguen a Carroll por infringir la ley que prohíbe el uso de bebidas alcohólicas y Carroll se defiende afirmando que la bañadera contenía solamente *ginger-ale*—una bebida refrescante sin alcohol—no niega la existencia de la sirena en el baño, pero afirma que ésta vestía traje de mallas.

Es muy probable que el asunto se resuelva con la aplicación de una multa más o menos crecida. Mientras tanto Carroll, que hace poco tiempo obtuvo gran publicidad al negarse a satisfacer una multa impuesta por la Corte, obtando por una detención de treinta días, como protesta contra un fallo que le condenaba por exhibición de desnudos, demasiado desnudos, en el *hall* de su teatro, habrá ganado un poco más de popularidad utilizable en sus negocios; los diarios de sensación aumentarán en unos miles sus ediciones y la simpática Joyce Hawley, la "sirena de la bañadera" como la han bautizado, logrará sin duda alguna un excelente contrato en la próxima revista *bataclanesca*, parodiando aunque más no sea, la famosa escena.

"Advertising pays" Anuncia y cobrarás, reza el conocido adagio de las empresas anunciadoras de los Estados Unidos, y artistas hay en estos pagos que no reparan en los medios con tal de conseguir la ansiada notoriedad, aunque tengan que divorciarse unas cuantas veces; que aún los más delicados problemas sentimentales en este singular país, suelen buscar en la publicidad su fin práctico.

Cincinnati, E.U.A., junio 1926.

DESCUENTO 20%

Gran venta extraordinaria

conmemorando las

Fiestas Patrias

Aprovechen esta verdadera oportunidad

SOMBREROS.—Nuestro exclusivo modelo "Sportsman" de castor muy fino, forma orión con ribete de seda, colores de última moda incluso negro. Valían a pesos 16.50. AHORA con descuento 20 o/o, a. **13.20**

GUANTES.—De finísima cabritilla francesa, botón presión, en colores habano, borraño y marrón. Los mismos que hemos ofrecido a \$ 7.50. AHORA con descuento 20 o/o, a. **6.00**

CORBATAS.—De seda muy superior, gustos elegantísimos y de gran moda. La calidad ofertada como oportunidad a \$ 1.45. AHORA con descuento 20 o/o a **1.15**

LIGAS "PARIS".—Las más prácticas, en todos los colores, ofrecidas hasta ahora a \$ 1.00, resultan con descuento de 20 o/o al precio mínimo de. **0.80**

CAMISAS.—Confeccionadas en rico zephyr de hilo, corte americano, abiertas, con un cuello, gustos de moda. Su valor es de \$ 5.90. AHORA con descuento 20 o/o a **4.70**

CAMISONES.—De madapolán blanco con vivos o tren-cilla de color, cuello doblado o japonés. Valían a \$ 4.90. AHORA con descuento de 20 o/o resultan a. **3.90**

CHALECOS.—De punto, con mangas de pura lana, de mucho abrigo y última moda. Los que ofrecíamos a \$ 11.50, resultan con descuento de 20 o/o a. **9.20**

SACOS FUMAE.—Prolijamente confeccionado en paño inglés de lana, pelo camello o especial vicuña, adornados con cintas y cordones de seda. El mismo artículo que como oportunidad ofrecíamos a \$ 39.00 AHORA con descuento de 20 o/o, a. **31.20**

SOBRETODOS.—Confeccionados en el mejor casimir inglés para lana doble faz, medio forro, en gustos selectos y de última moda. Los que valían a \$ 85.00. AHORA con descuento de 20 o/o resultan a. **68.00**

PERRAMUS.—La Gran Marca "CORUSCUS", importados exclusivamente para nuestra casa. Confección muy fina. Valían a \$ 130.00. AHORA con descuento de 20 o/o, resultan a. **104.00**

SOBRETODOS.—Confección fina, en riquísima vicuña negra, azul o marrón, todo forrado en seda extra. Artículo de suprema calidad, modelos de ÚLTIMA MODA. Valían a \$ 110.00. AHORA con descuento 20 o/o, a. **88.00**

TRAJES DE SACO.—Confección fina, en casimir fantástica de pura lana, gustos ingleses, forros y entretelas de lana. Los que valían a \$ 75.00. AHORA a. **60.00**

ESTE DESCUENTO SE EFECTUARA EN LAS VENTAS AL CONTADO Y EXCEPTUANDO LOS ARTICULOS DE PERFUMERIA Y SECCION MEDIDA.

M. ZABALA
Bº MITRE y ESMERALDA

Todos los hombres políticos del país, con alguna significación personal, tienen su secretario. El secretario es un adminículo indispensable adherido al hombre político como la sombra al cuerpo. No es posible actuar en política con influencias de personaje sin tener un secretario. El secretario significa algo, así como el índice representativo del personaje. Cuando el personaje conferencia sobre graves cuestiones... políticas, el secretario en la antesala parodia al principal conferenciando también sobre las mismas cuestiones. Tiene los secretos del personaje, que divulga ampliados, magnificados y deformados, según sea realmente el grado de confianza que le permita conocer las intimidades de su hombre. Es, por otra parte, el secretario, el divulgador de la fama y de la importancia del personaje, cualquiera que sea la jerarquía y el escenario en que actúe. Si se trata de un caudillejo de barrio el secretario exalta las calidades del personaje concordantes con el ambiente. Si es ministro, diputado o senador, alto funcionario administrativo de grandes reparticiones autónomas, se reviste de la misma solemnidad y gradúa sus ademanes en real concordancia con las funciones que desempeña el hombre a quien sirve.

Algunas veces por contraste, mientras el personaje es culto, flexible hasta el amaneramiento, el secretario es grosero, torpe e ineducado. En estos casos parece que el personaje elige por contraste al secretario para servirse de ese mismo contraste a fin de realzar sus calidades y ofrecerse como ejemplo. Tal es el caso de un cierto amigo mío que tiene por secretario a un hombre que es, por definición, su reverso. Mientras mi amigo no tiene palabra mala aunque tal vez tampoco tenga obra buena, el secretario no tiene ni palabra ni obra buena. Cuando alguna vez le he hecho notar a mi amigo los ademanes y el proceder del secretario, con esa suavidad que todo lo expresa y nada dice, suele afirmar entre sonrisas, mientras su vista lánguida se pierde en lontananza: "es un muchacho tan bueno y leal conmigo, que siento alejarlo de mi lado".

Otras veces, el secretario es un hombre culto, suave y fino, mientras el personaje es grosero, torpe y mal hablado. Entonces se truecan los papeles. El secretario disculpa al personaje, magnificando sus calidades y transformando sus torpezas en modalidades originales que exteriorizan el valor positivo del eminente ciudadano.

Entre los secretarios que me ha sido dado tratar, ninguno tan hábil para el bien y para el mal como Juan Antonio López Osorio, de abolengo ilustre, simpático, decidor y entretenido. Por un azar del destino fué secretario de un presidente que acumuló sobre su cabeza las iras de todos los políticos militantes. López Osorio tenía la plena confianza del presidente. Declaro en su honor que no abusó de esa confianza. Servicial con todos, daba lo propio y lo ajeno, lo que podía y lo que no podía. En cierta hora fué imagen representativa del personaje. En los días que gozó de esa privanza es justo afirmar que el secretario fué magnánimo con amigos y enemigos. En recompensa, cuando llegaron los días tristes, la fama de la privanza que antes era

Escenario político

CARACTERES DE AMBIENTE

salvaguardia y honor para él, fué capa aisladora que lo mantuvo en el llano solo y abandonado. Muchas veces he pensado en este caso típico del secretario. Me ha parecido ver la imagen de las cosas efímeras que aparecen y desaparecen sin dejar otra huella que el recuerdo melancólico que se define con la tristeza que lo envuelve. Sin duda debe ser porque falta al secretario el rasgo esencial que elabora la autonomía personal en el ambiente colectivo.

El secretario debiera ser al personaje lo que la crisálida a la mariposa. Si la crisálida no se transforma en mariposa vive aletargada y muere sin personería propia. Si el secretario no se transforma en personaje es siempre el pálido reflejo del personaje sin destello autonómico. Vive aletargado y termina por ser el índice representativo que exterioriza en realidad al secretario perpetuo de cualquier personaje. En este caso casi siempre

para Anatole France, — el ejemplar más destacado de esta clase de secretarios. — Al ser despedido, perdió el reflejo, como el grajo las plumas ajenas. En la actualidad, simple pinche de oficina, vive apoltronado en el rincón del amanuense anónimo.

Digamos al pasar que en la primera época de la vida, al iniciarse en política, casi todos los que tienen en sí mismo la *vis* que se desenvuelve de adentro para afuera, han sido secretarios de algún personaje. Se inician en los procedimientos políticos como los niños en la escuela primaria. Poco a poco salvan dificultades, se connaturalizan con el ambiente, irradian sus actividades y sustituyen muchas veces, sin quererlo, al personaje. Por esta misma circunstancia el secretario es tal vez el sujeto más difícil de definir en el escenario del país. Desde los peldaños más ínfimos, hasta las más altas jerarquías, el secretario es compendio

El mujik y el caballo

Era en la guerra, y huíase ante el enemigo.

Un mujik fué al campo y dijo a su caballo:

—Sígueme, o los enemigos te apresarán.

—No te seguiré—respondióle el caballo,—porque no estaré mal entre los enemigos; lo mismo me es trabajar para ti que para ellos.

LEÓN TOLSTOY.

el secretario es el más grande destructor del personaje. Conocedor de sus intimidades y sabedor de sus secretos, se sirve de esas intimidades y de esos secretos para divulgarlos y deformarlos en beneficio propio. Mientras goza de su confianza aleja a los que pueden molestarlo y va poco a poco elaborando alrededor del personaje una atmósfera de desprestigio, propagando las más grandes calumnias murmuradas al oído, exhibiéndose como víctima de una situación que él, por bondad y por desprendimiento, mantiene y sufre sin revelarse.

He conocido un secretario que exterioriza admirablemente estas modalidades. Durante quince años gozó de la confianza de su personaje. Conocía todas sus intimidades. El personaje lo trataba con familiaridad paternal, estimulándolo al propio tiempo para que elaborase su autonomía y se transformase poco a poco de crisálida en mariposa. autonomía y se transformase poco secretario, — para secretario amargado por su impotencia—, que, al reflejar las aptitudes del personaje, creía que eran propias o se hacía, por lo menos, esa ilusión. De ahí las murmuraciones al oído como procedimiento, los chismes y las infamias en juego, la mentira y la disimulación canallamente empleadas para ser, en definitiva, lo que ha sido Jean Jacques Brousson

y resumen de calidades y aptitudes que plasman el ambiente con mayor exactitud. Por eso cuando en el escenario surge un personaje, el primer dato que debe indagarse es recordar si alguna vez ha sido secretario. Si ha sido secretario téngase por seguro que — quien más, quien menos, — por contraste o por similitud, por antítesis o por afinidad, anverso o reverso, basta verlo actuar para saber las calidades íntimas que posee y las aptitudes que tiene al transformarse de crisálida en mariposa, de sombra en realidad, de secretario en personaje.

XX

EL TIBURON

Entre los caracteres que descuelgan debe anotarse el tiburón, cuya actuación corresponde matemáticamente a la definición que tiene el vocablo en el Diccionario de la Academia. El tiburón en política es tal vez el sujeto más difundido. Vive en las antesalas de los ministerios, en los despachos de los altos funcionarios, en las intimidades de los comités y en los conciliábulos de los partidos. En todas partes es recibido y agasajado, no obstante las protestas, airadas las unas, silenciosas las otras, que suscita su voracidad desconcertante. Es voraz por tendencia y por temperamento.

Dentro de las modalidades que caracterizan al tiburón, tiene ras-

gos que, en la misma especie, señalan variedades múltiples y complejas al pretender singularizarlas para estereotiparlas en tipos definidos y concretos. Existen, por ejemplo, tiburones que se alimentan de empleos. Para ellos obtener empleos en favor de los parientes y subsidiariamente para los amigos, es el rasgo esencial que da relieve y acentúa su propia personalidad. Cuando el tiburón es alto funcionario, ministro, diputado o senador, entonces es más que difícil, imposible, que exista un miembro de la familia que no se encuentre subvencionado por el presupuesto.

Don José Antonio Sagastizábal Talavera, *verbi-gratia*, jefe de una de las más importantes reparticiones del país, ha empleado en su misma repartición, cincuenta y seis personas que llevan su mismo apellido paterno y materno. Sin embargo no es el tiburón más voraz que exista en el escenario.

Cuando el tiburón se dedica a los negocios es mucho más voraz y peligroso que cuando se alimenta de empleos. En el primer caso el empleo, cualquiera que sea el estipendio mensual, algunas veces suele satisfacer necesidades apremiantes de una familia, sin que esto signifique negar que de cuando en cuando no cubra los vicios del niño bien "sin profesión conocida". En el segundo caso afloja los resortes morales en la administración pública con el desorden y el favoritismo. No es la pequeña comisión en la tramitación de los expedientes la que perturba y desorienta. Es la influencia preponderante y avasalladora que de antemano consagra el éxito con el descrédito, casi siempre, de los Poderes Públicos.

Durante treinta años, por ejemplo, no existía en este país una concesión ferroviaria ni se proyectaba una obra pública de cualquier especie sin que no apareciese el *manager* que eliminaba todas las dificultades y allanaba todos los inconvenientes, para obtener la concesión y presupuestar la obra. Flexible, acicalado, amable, sonriente, activo, eficaz miembro preponderante en las pocas instituciones aristocráticas, su nombre se encontraba mezclado con los grandes negocios y las grandes reuniones. Comensal de presidente, pariente de ministros, amigo íntimo de personas influyentes, monopolizaba el escenario en su faz más lucrativa. Es imposible calcular lo que cuesta al Estado el tiburón, cuyo nombre al silenciarlo, basta para hacerlo público. Todavía hoy, no obstante encontrarse provisionalmente al margen de todas las influencias, no ha perdido la característica voracidad con que se distingue en el rebaño humano. Por eso actúa en los grandes centros sociales.

No siempre el tiburón escala las altas posiciones. Algunas veces actúa en los barrios suburbanos, en las reparticiones modestas y en las municipalidades de campaña. En todas partes es igual. Sólo se diferencia en la cantidad y en la calidad. Inteligente o bruto, ilustrado o ignorante, aristocrático o plebeyo, vale por su voracidad insaciable, cualquiera que sea la jerarquía social que tenga y el radio que circunscriban sus actividades.

Si el tiburón no existiese en el escenario, la orientación política sería tal vez menos opaca en sus desenvolvimientos ulteriores.

BALTASAR GRACIÁN.

Los tres bajeles de María Antonia

Por Luis Antonio de la Vega

María Antonia tiene un tesoro incipiente de lirados bucles y una ventana abierta sobre el canal navegable que comunica la ciudad euzkalduna y romanceaba con el mar de playas bajo las neblinas grises, y en cuyas arenas no han posado nunca sus lomos las sirenas ni los otros mitos de las fábulas griegas.

María Antonia refleja cada día su imagen en las aguas del canal y sabe de memoria los nombres de las embarcaciones ancladas junto a los muelles de piedra.

Lo que acaso María Antonia no sabe es que por ese camino fluvial partieron un día hacia puertos distintos, acuciados por el sortilegio de sus lirados bucles, tres adoradores a quienes el perfume de la femenina adolescencia en flor turbó como uno de esos vinos rubios que se fabrican con manzanas y se beben en vasos de lirio en las portadas de los chacolies euzkaldunes.

Supo el primero por leyendas oídas en los octubres, bajo los ciruelos en flor, que en una tierra que nadie sabe dónde se encuentra existe un trono de marfil y un reino extraño, de maravilla, cuya corona se otorgará al primer extranjero que sea osado de presentarse allí.

No dicen las cartas geográficas ni las bocas de los viejos marinos vascos si este reino oculto se halla al socaire de las playas chinas, cabe calientes costas africanas o más allá de las islas de las Especias.

Es menester buscarlo por el Norte y por el Sur y por los treinta y dos puntos de la Rosa de los Vientos.

Quien oyó la historia maravillosa que predicen las marinas fábulas, soñó con draquelar con una corona real el tesoro de los bucles maleables, y en una tarde malva ostentó su nave velamen de seda y se dio al capricho de la suerte.

En la proa, fina, formando el mascarón, el cisne de Leda enarababa el cuello en una interrogación enigmática.

¿En qué antigua historia de mar y de naufragios leyó el segundo enamorado la leyenda, azul como las olas, del pirata rubio del país que mueve en los molinos sus gigantescas aspas?

La historia de mar y de naufragios le dijo cómo en una isla antillana, la isla de las rosas gigantes, escondió el corsario su tesoro de diamantes claros, auríferas barras y piedras preciosas, y por ofrendárselo a María Antonia partió un día de nativos prados gobernando el segundo bajel.

Fué una vieja bruja, que tenía su cueva junto al negro aquelarre de Zuriurdaxpal, quien reveló la nueva al tercer marino, diciéndole:

—Existe en las costas australes un magnífico amuleto, nacido en las altas roquedas. Es una flor amarilla, de pétalos breves, pero de muy ricas virtudes. En quien la

posee obra el milagro de hacer eterna y feliz la juventud.

Y el tercer marino, por que la juventud de María Antonia fuese perdurable, salió en su bajel del canal euzkaldune un día en que las lluvias hacían los jardines gotear.

Retornó a la inicial orilla el primer bajel.

El casco, abollado, y las velas rotas. Al cisne de Leda le faltaba el cuello, aun cuando no estuviese resuelta la interrogación. En ningun-

no de los treinta y dos puntos de la Rosa de los Vientos pudo hallarse el reino oculto del que hablan en los octubres bocas marineras bajo los ciruelos en flor.

¡Ah el tesoro incipiente de lirados bucles maleables, que tan bellos fueron soñados bajo el oro de una corona!

El segundo bajel retornó igualmente a los prados nativos; pero de las islas de las fragantes rosas no llevó el escondido tesoro del pirata de Holanda.

Por el contrario, el marinero que tenía en las pupilas el fulgor raro de los diamantes fué muerto junto a la florida colina que da nombre a la insula antillana.

¿Y el tercer enamorado de María Antonia? ¿Qué fué, timoneles del navío, que no ha regresado al canal? ¿Le hizo acaso mal de ojo la bruja que tiene su cueva en los aquelarres éscaros de la Navarra pirenaica?

¿Está el bajel anclado en el delta de algún río febriciente? ¿Busca su dueño, en vano, la amarilla flor?

María Antonia, prodigio incipiente de bucles lirados, que son sobre el rostro moreno a la manera de prodigios draquiles:

Cuando la perla azul del día se torne roja al reflejo de nuestros Altos Hornos, saldrá de la orilla que roza los montes violetas un cuarto bajel.

Buscaré el amuleto de que hablan euzkaldunes brujas de Zuriurdaxpal, el dorado tesoro que un pirata rubio escondió en la isla llamada de las rosas fragantes, y en tus brunas sienes colocaré la corona de oro si mi nave halla las costas dulces del extremo reino, de cuya existencia hablan bocas de marineros vascos en los plácidos octubres, a la sombra de los ciruelos en flor.

“**mamá...**”

Las sirvientas, las compras, los “muchachos”, las visitas. ¡Tantísimas cosas, Dios Santo, tantísimas cosas a que atender! Naturalmente hay días en que la pobre “mamá” se irrita, se pone nerviosa y acaba con un tremendo dolor de cabeza y un espantoso cansancio “en todo el cuerpo”. Con qué ansiedad acude entonces a la —

CAFIASPIRINA

Dos tabletas, un vaso de agua, y ya está otra vez “mamá” tan sana, tan risueña y tan activa como siempre.

Y para los “chicos” cuando están con dolor de muelas o de oído; para “papá” cuando ha trabajado mucho; para “abuelita” cuando está con su “reumatismo”, para toda la familia, en fin, **CAFIASPIRINA** significa alivio, bienestar y alegría.

Ideal también para las neuralgias; las jaquocas; las consecuencias del excesivo trabajo mental, los abusos alcohólicos y las trasnochadas.

No afecta el corazón ni los riñones.



¡No reciba tabletas sueltas!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el Sobre “CAFIASPIRINA” de dos.

DE MIS APUNTES

Por Lorenzo Sítano

En el mundo hay gente reñida con las más altas concepciones humanas, que no trata de ennoblecer y dignificar nuestra frágil materia viviente. Y son muchas las personas malas y perversas. Si alguien se detuviera un instante a analizarlas, examinarlas, enumerarlas o anotarlas, en seguida caería en la cuenta de lo difícil y arduo de la tarea. No es tan fácil encontrar, en los tiempos que corren, a una persona que tenga el valor moral necesario de exteriorizar en todo instante lo que piensa, siente y quiere, sin eufemismos ni cortapisas de ningún género, sin disfraces que lo atenúen.

Bajo todos los aspectos, es sumamente doloroso saber y comprobar que no todos los hombres son francos, sinceros y buenos, aunque no ignoramos que múltiples y complejos factores intervienen haciendo al hombre, en cierto grado, malo, perverso, huérfano de nobles ideales y lleno de prejuicios estúpidos e insensatas aspiraciones. Y cuando, afortunadamente, encontramos en nuestro camino a seres que han nacido para ser buenos y generosos, para ser claros y sinceros, nos resulta tarea asaz improba y hasta cierto punto difícil, llegar a convencernos sin dificultad de que nos hallamos en presencia de personas capaces de hablar siempre el lenguaje incontaminado, divino y puro de la franqueza y de la verdad. Es que estamos acostumbrados a pagarnos fácilmente de palabras más o menos bonitas, sonoras y altisonantes, sin meditar, siquiera un segundo, si ellas son en realidad de verdad, el producto del pensar y del sentir de quien las expresa. Hay más: damos patente de veracidad, la mayor parte de las veces, a lo que se hace sólo con un fin suficientemente bajo y mezquino, mientras rechazamos brutalmente, sin la menor consideración, como algo por demás malo, lo que se dice y hace con sinceridad y nobleza, con sano y santo propósito.

Las cosas, sin embargo, son así. No hay otra salida, al parecer. Pueden, sin duda, modificarse, mejorarse, dignificarse, engrandecerse, ennoblecerse y elevarse, claro está. Empero, nadie se ocupa, ni mucho ni poco, en tan pequeñas tareas. Estas son cuestiones de poca monta, fruslerías, trivialidades, pava-das, que sería perder el tiempo ocuparse y preocuparse de ellas o, simplemente, detenerse en su pura y sola consideración. Y de ahí no pasamos, no nos atrevemos a pasar,

mejor dicho, y si habríamos de ser más sinceros y más francos, diríamos que ni queremos ni intentamos pasar más allá. No por eso nos entristecemos ni nos afligimos en lo más mínimo. La vida no repara en estas bagatelas, y sigue su curso sin interrupción, vertiginosa, veloz, audaz.

No hay argumento más poderoso y valioso que el ejemplo, siempre fecundo y bienhechor. Propagar la necesidad de ser moral, verbigracia, y concurrir asiduamente a lugares de vicio y de corrupción, que envenenan el espíritu y el cuerpo. Decir que es bueno, útil y provechoso discutir y estudiar las cosas y los hechos, y después usar y abusar de medios brutales, de la salvaje e inhumana violencia para hacer primar, sobre las otras, las ideas personales, esto es: caer en aquel viejo error teológico de que "la letra con sangre entra". Hacer alarde de sinceridad y de pureza de alma, y actuar en la vida pública y privada como un pillo, como un hipócrita, como un follón, ruin y bellaco, echando en saco roto todos los preceptos de verdad, de nobleza y de justicia. Combatir prejuicios, convencionalismos, supersticiones, dogmas y mentiras, y no obrar sin antes haber consultado lo que más conviene a tal o cual persona, camarilla o círculo, a fin de no ser blanco de sus críticas y no herir intereses creados, sus inclinaciones, sus gustos, sus apetitos y pasiones, será, a no dudarlo, un procedimiento fácil, cómodo y sencillo para quien aspira a estar bien con Dios y con el diablo, para todo aquél que juega con dos cartas, de acuerdo con sus conveniencias privadas, para el que tiene intereses que defender, privilegios que mantener y situaciones particulares que conservar, pero jamás, nunca, el proceder honesto, franco y abierto del que actúa sin embozos, a la luz del día, con franqueza y claridad.

Si Pedro, pongamos por caso, pega a Julio, Ernesto para corregir esa costumbre pésima y condenable, no debe pegar a los dos. Si un asesino, impulsado por sus instintos sanguinarios y salvajes, da muerte a una persona, los jueces encargados de juzgar ese hecho no deberían condenar a muerte al autor del mismo, sino recluirlo en un sanatorio, ya que no se le educó debidamente cuando niño, en un ambiente más puro, más sano, purgado de maldades y de vicios. Si cualquiera comete un acto malo y vituperable, otro no ha de proceder de igual manera para que él no se repita en adelante. En una palabra, y dicho en términos vulgares, si el vecino de enfrente se tira al río por cualquier motivo o sin él, para demostrar que ha obrado mal, de modo equivocado, no será menester tirarse también al río.

Imitar una cosa, un gesto, una actitud, algo, en fin, es reconocer

su bondad, eficacia, justicia y razón de ser. Es digno de admiración y estimación el escritor tal o cual, por ejemplo, porque él sabe hablar sinceramente a nuestro corazón, mueve nuestras cuerdas más íntimas, dice cosas nobles, bellas y generosas, interpreta con fidelidad nuestro pensamiento y el sentimiento nuestro, y porque él pone de relieve hermosamente grandes ideas, con las cuales se coincide, o está de acuerdo, por lo que tratamos, entonces, no sólo de imitarlo y asimilarlo, sino de difundir y propagar por todas partes sus ideales, que son los nuestros. Y son dignos de admiración y emulación, los probos, los intachables, los que proceden con rectitud de ánimo, con hombría de bien, los íntegros y honrados en el obrar, los que se destacan en el terreno del arte, de la ciencia, de las bellas letras, como en el humilde campo de las actividades diarias no empañadas por máculas, mezquindades o bajezas. De más está decir que una persona de elevados propósitos, de intenciones santas y de preocupaciones puras y sublimes, no hace ni puede hacer suyas las acciones movidas por un deseo grosero y torpe, por un interés inconfesable y pequeño, por una ambición desmedida e innoble, por instintos bajos y mezquinos.

El hombre debe trabajar, por ende, para elevarse moralmente siempre más. Seamos cada vez más buenos, más sinceros, más leales y más justos en nuestras relaciones con los hombres; contribuyamos a descubrir la verdad y la belleza sin sombras; ennoblezcamos nuestro esfuerzo; dignifiquemos nuestra arcilla, y tratemos por todos los medios a nuestro alcance desembarazarnos de todo aquello que, de una u otra forma, pudiera constituir un grave y serio obstáculo para la obra de constante ascensión ética, no olvidando, en ningún momento, aquellas formidables, bellas y a la vez lapidarias palabras de ese gran maestro de moral práctica que se llamó Jesucristo: "No hagáis a los demás lo que no quieréis que a tí te hagan".

Personas existen que han vivido y viven una vida de mentiras, de odios y de engaños, y están tan familiarizadas ya con ese ambiente de hipocresía, de vicio y de egoísmo, que llegan hasta el extremo de desconfiar, ¡oh, sarcasmos de la vida!, de aquellos que aman grandemente las actitudes claras y leales, los gestos con rasgos de bravura. A cada paso nos encontramos con el hombre todo sinceridad, franco, leal, dispuesto a todo, capaz de ofrecerse "desinteresadamente" para llevar a ejecución las obras más nobles, los propósitos más elevados, las acciones más plausibles. Este hombre está en todas partes. No falta a reunión ninguna, y siempre se encuentra listo para colaborar con "su grano de arena" en la labor común. Hasta dónde es posible ver su grado efectivo y real de sinceridad y de franqueza, es cosa que no conviene señalar ni intentar buscar. Basta su palabra. Bastan sus actos, intachables, puros, sin máculas.

Este hombre en todo toma parte, en todo interviene y de todo está al corriente. La verdad es su verdad. Lo que él opina y piensa, bien pen-

Los cambios de temperatura

producen resfriados, toses y catarros. Evite estos males tomando las insuperables

Pastillas RIN-RIN

Precio de la caja grande, \$ 1.- La caja chica, \$ 0.45

AL PEDIATRA NO DEBE REEMPLAZAR

sado está. No hay escapatoria concebible: todos los que no piensan como él, piensan mal, se hallan reñidos con la lógica, pues no existe más dialéctica que la suya. Si forma parte de una sociedad o institución cualquiera, trata de captarse las simpatías de todos, sin reparar en los procedimientos: "el fin justifica los medios". Trabaja casi siempre en la sombra, a oscuras. La luz meridiana le hace mal a la vista y corre el riesgo de quedarse ciego. Si necesita, pues, ganar una batalla cualquiera, apela a las formas que encuentra más a su alcance. A veces son bajas, otras harto mezquinas y la mayor parte rastreras e indignas. Pero esto, para él, no importa. Lo esencial es vencer, triunfar aunque sea al estilo de la célebre victoria de Pirro.

No obstante, "nada es, pero todo llega". Y llega, entonces, el momento más desolador y amargo. Se desenmascara, se quita la careta al impostor, al "amigo" de ayer, al "compañero de hace apenas unos cuantos días, al "infatigable trabajador de una causa justa", al hombre que no pudo llegar a ser tal, el pseudo defensor de los "intereses públicos", detrás de los cuales sólo se vislumbran los propios, y la fotografía moral del verdadero sujeto, del tipo villano y follón, del falso y del hipócrita, se delinean patente, clara, incuestionable, infundible en todos y cada uno de los rasgos de su rostro, que hasta ayer sonreíase sólo con el objeto de comprar simpatías, de obtener adeptos a su exclusiva causa personal.

Faltó sinceridad. No hubo tal. Y la que se aparentó demostrar, esfumóse como por obra de magia. Al fin y a la postre, la verdad resplandece diáfana, pura, límpida, sin nubes que empañen su luz coruscante, sin obstáculos que imposibiliten su marcha triunfal y continua, sin trabas que la empequeñezcan. Hay que mantenerse firmes, decididos, impertérritos. Nada importa la baba asquerosa que dejan los que, por su condición de reptiles, envidian a las águilas que nunca bajan hasta la tierra, hasta el todo inmundito. Los escollos no tienen valor alguno para el que sabe que trabaja con lealtad por causas justas, por ideales altos y generosos. Detenerse ante las miserias y mezquindades, es ser miserable y mezquino. Hay que seguir el camino, hay que marchar alegre y sereno por la senda trazada, en pos de nuestras quimeras, de nuestros ensueños y de nuestras ilusiones.

I
El gallardo capitán de arcabuceros, don Nuño, recién llegado de los tercios de Flandes, hacía pocos días que se había hecho cargo del fuerte de Sancti Spiritus, en el corazón mismo de la brava Araucanía.

Aquella mañana, seguido de unos veinte hombres recorría la campiña a caballo, alerta siempre con aquel enemigo, más terrible por sus traidoras hazañas que por la no por eso menos desalentada bravura.

Nostalgaba el jovencito capitán, apenas frisado en los veinte gallardos años, su aventuras gloriosas de amor y de armas, en aquellas bellas y gayas tierras de los molinos y campiñas poéticas y de las hermosas gacelas de los torneos y fiestas, de los bailes y galanteos de la Corte.

Lucía su coselete de seda, listada de rojo y gualda, sus guanteletes mosqueteros de fina suecia, sus zaragüelles rojo y azul, de terciopelo, y sus altas botas flamencas de cuero avellana, su tizona relumbrante, su airón de fieltro y su apostura hermosa y arrogante que brillantaba su rostro de dama, blanco y rosado, sus ojos negros y acerados y su perfil delicado y fino. En su brioso corcel de guerra parecía, más que un guerrero, un bello pajeillo embajador de alguna reina de amor en las justas del donaire y gallardía.

Rizaba el viento juguetón de la mañana fresca y retonzona, sus gudejas negras de seda, flotantes bajo su chambergo gris perla enguinaldado con un hermoso florón de plumas rojas y blancas, cuando al pasar frente a la ruca indiana del cacique Panguileff, sus ojos despertaron de aquellos sueños dorados de sus días lejanos de esplendor, y estremecidos por una sensación extraña se clavaron absortos en la puerta de aquella rústica cabaña del enemigo de su raza. Impresionado detuvo su piafón y olvidándose de las advertencias y órdenes severas que sus jefes, cautelosos, hubieron dádole al conferirle ese cuando, se dejó arrebatar por la bella aparición, pues a fuer de bravo guerrero tenía fama su belleza de varón, de ser un fino y arrojado galanteador.

A la puerta de la ruca indiana, Rayo de Luna, la esplendorosa hija del temible cacique, había salido, curiosa, al galope de los corceles castellanos y al ver adelantarse al gallardo doncel y jefe de aquellas bizarras huestes, ella también, la hermosa doncella, sintió que sus quince arbores se estremecían de gozo ante aquella estampa arrogante y hermosa de tan bello guerrero.

El sol rielaba, con reflejos purpurinos, la sedosa y abundante cabellera rubia, destellante y pálida, desmayada y suave, de la preciosa niña; sus mejillas rosadas, al abanicarlas el frescor de la mañana, empurpuraban y humedecían esos arrebos de aurora que emblanquecían más el óvalo de su carne fresca, de su garganta hecha de nieve y miel, y de sus senos, inocentes palomitas blancas escapadas por entre la lana tornasolada de su corpiño; era alta, esbelta, como los juncos de las riberas de sus esteros; apenas sus piernas morenas y sus pies diminutos descalzos estaban dorados por la crudeza del viento y del sol de la campiña, y de sus ojos, grandes y azules como un trozo de cielo, salían como las aguas puras de sus lagunas rutilan-

La india Rayo de Luna

(LEYENDA ARAUCANA)

Por J. Fernández Pesquero

tes se escapaban efluvios e irisaciones que, como rayos flamígeros de voluptuosidad y amor, fascinaban y envolvían en su mirar acariciante las ansias del varón.

Don Nuño bebía en aquellos reflejos de luz, todo un idilio, y ella, la hermosa flor araucana, tierno retoño, capullo de aquellos bosques floridos, con sus miradas implorables un rayo de amor; los labios de los dos, apenas temblaban emocionados como el pétalo de una flor

brillante tizona, se aventuraba al galope de su corcel por entre la campiña, pasando y repasando delante de la choza que, como relicario, guardaba a aquel tesoro de mujer.

Así fué tejiéndose ese mudo idilio, donde los ojos de ambos jóvenes se decían todo un sublime poema de amor, hasta que el huracán cacique que, asombrado, veía contra la costumbre casi desarmado al huinca pasearse ufano y arrogante

ELOGIA

Flota sobre los campos una fina niebla sutil que el sol torna azulada, como si la llanura ilimitada hubiérase vestido de etamina.

El aura perezosa y campesina, voluptuosa y sagaz, viene cargada de un hondo olor a alfalfa, engalanada de la más fresca gracia matutina.

Hay algo de sensual en cada nota que el alma intuye, y que en el aire flota como una oculta forma femenina.

Suena una esquila en el confín lejano, y es como un vasto resurgir pagano en esta gloria ubérrima y divina.

ALFREDO R. BUFANO.

sacudida por el viento, y en esas miradas y en ese temblor de sus labios, ambos rezaron una misma oración pues los dos jóvenes, como si soñaran, sólo mirarse podían, ebrios de amor; se habían descubierto, y ambos se juraron amarse y morir juntos los dos.

De pronto, el cacique hosco, de un manotón fiero y rencoroso arrastró, gruñendo maldiciones, a su hija al interior, mientras el sargento Lupo, despertaba a su señor diciéndole, risueño y burlón:

— ¡Capitán, rondemos adelante; cuidado, es traicionero este león; tras el rosal acecha, venenosa, la serpiente! Aquí, en Arauco, es peligroso el amor.

Y don Nuño, reanudó su marcha aquel día, pero dejando allí su corazón.

II

Desde este día, todas las mañanas cuando las diucas alborotaban en la enramada, ya el fogoso y joven capitán, rodeado de bastiones del cuartel-fortaleza oteaba el horizonte, procurando descubrir allá, en el valle, el girón de humo que salía de la ruca de la bella indiana; y cuando el penacho grisáceo dibujaba una rúbrica en el azul, entonces ufano y alegre montaba en su alazán y seguido sólo de su escudero, sin más armas que su

delante de su ruca y en la soberanía de sus mismos pagos, terminó por acceder a las insinuaciones decididas y afables del extranjero, y no sólo él trabó conversación, sino que, sonriente, permitió que su hija también la trabara y hasta lo invitase a entrar y descansar en su cabaña.

Un pacto tácito se hizo entre capitán y cacique, pues si los indómitos de la tribu no pocas veces buscaron camorra a las huestes del fuerte, nunca en estas recíprocas y sangrientas razas sufrió el menor quebranto la ruca de la indiana, aún a pesar de las murmuraciones de los soldados, que gruñían al ver cómo para su capitán era sagrado ese cubil de la indómita fiera.

Muchas noches de tormenta, en que el tenebroso Llama vomitaba lenguas del fuego que roncaba en sus entrañas y el huracán silbaba en la enramada y las continuas lluvias azotaban con furia la comarca, al amor de los tizones, el sargento don García contaba a sus soldados de guardia nocturna en la poterna, para vigilar las sorpresas del enemigo, que su capitán, enfermo del mal de amor, hacía tiempo estaba embrujado por aquella hechicera, la hija del cacique, y si toda mujer hermosa es la más te-

CONTRA
LA TOS
Y CATARROS
BRONQUITIS
LARINGITIS
INFLUENZA
PILDORAS
DE

Catramina
BERTELLI

Se venden
en todas
las Farmacias

Concesionarios
para ARGENTINA,
URUGUAY y PARAGUAY:
JOSÉ PERETTI Y C.ª
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO

mible y perversa de las enemigas, más lo era esta india, cebo que, para destrucción de las armas del rey, se le había tendido a su incauta y desaprensiva juventud, por los enemigos de su raza.

— ¡Y la chiquilla es un buen bocado, como hay Dios! — decía un ladino arcabucero, guiñando un ojo, — y bien vale su conquista una aventura — agregaba sonriendo.

— Y más aquí, — interrumpía otro, no menos malicioso, — donde no es fácil escoger carne de mujer.

En ese momento dió el alto el centinela, poniendo en pie a toda la guardia, que se creyó víctima de alguna sorpresa del enemigo; mas cuando se abrió la poterna y se tendió el puente levadizo para verificar un reconocimiento, no fué pequeña la sorpresa al verse frente a su joven capitán, que solo y sin más armas ni armadura que su tizona, alegre y sonriente, esperaba fuera del fuerte a que lo reconocieran y dieran entrada, pues era él y sólo, que en noche tal y a no muy tempranas horas, calado el juboncillo de seda por la lluvia, regresaba, resplandeciente el rostro de entusiasmo y maliciosa su mirada de gozo.

— ¡Buenas noches, camaradas; ya véis cómo no es tan fiero el león como lo pintan!...

Y mientras el viejo sargento, santiguándose, pues aún no creía semejante cosa, conocía y reconocía a su capitán, sin perderle el respeto, convencido, movió la cabeza y mientras su jefe se alejaba alegre y retozón a su departamento, él volvió a sentarse en el cuerpo de guardia, exclamando con inquietud:

— ¡Dios nos libre! Este hombre está loco de remate, y la indómita lo tiene cogido para su perdición. Lo malo es que no hay cómo avisar del peligro a Santiago!...

A la mañana siguiente, apenas se abrió la poterna, con no poco asombro de los soldados, era Rayo de Luna la que, en unión de otras mujeres y algunos mansos hombres vino a ofrecer leche y quesos, fru-



tas y otros comestibles a los extranjeros; y cuando el capitán la vió corrió hacia ella, y ambos se miraron como si dos enamorados hace tiempo perdidos, al fin se encontraran, y fueron los frescos copihues rojos, blancos y rosados que la bella traía aún húmedos de rocío, la corona de besos de amor que enguinaldó el capacete del joven guerrero, mientras roja de rubor la indiecilla, después de aquel transporte, se desprendió de los brazos de su amado, y como una triscadora corderilla, riendo alegre se alejó, cantando, vallo arriba, hasta desaparecer en el festín de flores de su ruca.

Desde entonces, la indiecilla fué la capitana honoraria del fuerte español.

III

En aquel bosquecillo, al claror de la luna, fué donde las doncellas de la tribu habían visto salir a la Diosa del verano, agitando su hisopo de castaño y salpicando con él las lomas verdes, hasta hacer florecer en ellas las rosas y jazmines, esos pétalos tan rojos como los labios de las bellas, y esos grumos tan finos y blancos como sus dientes de leche.

Allí, las bellas araucanas, a' son de sus flautas de madera, entonaban sus himnos al sol y a la belleza, mientras las flores rosadas del almendro coronaban sus espesas y abundantes cabelleras, al ir a coger nueces silvestres y a tejer las coronas de botones tan rojos como gotas de sangre, o tan blancos como lágrimas brillantes de rocío, con que adornarse sus sienes de hermosura.

Y allí, en ese bosquecillo sagrado, donde el canelo extiende su mágica y espesa sombra de matorral, bajo el que corre ufano y cristalino el juguetón arroyuelo donde se bañan las hijas de Arauco, fué donde el galante capitán de los tercios españoles, don Nuño, celebró sus bodas con la hermosísima doncella Rayo de Luna, la más bella princesa de las tribus araucanas, al compás de la música marcha nupcial del aire fresco de la noche,

y ante las luminarias de los copihues, rojos como brasas, que encendía la luna, lámpara de plata y confidente madrina de estas bodas de juventud y amor romántico.

Y en ese bosquecillo, donde vieron los amantes florecer el gancho de avellano, mientras el bosque los coronaba como reyes de la sel-

tazgo en la misma copa de sus labios y caricias, el néctar del amor. Mediada estaba ya la noche clara y misteriosa, dulce y apacible, de verano, cuando la campiña se estremeció de repente, rompiendo el silencio con los redobles de tambores y toques de clarines del fuerte español; y pronto, como un estalli-

lucha lo persiguieron feroces, sin piedad, en la derrota, hasta ponerlos en fuga hasta su mismo poblado, que incendiaron con furor; y fué la ruca de la indiana la que no se libró de esta razzia mayor y donde los araucanos perdieron no pocos de sus mejores caudillos y de su juventud.

El cacique Panguilleff, que fué el capitán del asalto, pues creyó al descubrir la fuga nocturna de su hija, que ésta estaba en el fuerte en brazos del capitán celebrando su himeneo de amor, acorralado con los restos de los suyos hasta este bosquecillo huyó perseguido por los sabuesos arcabuceros; mas Don Nuño y Rayo de Luna, que tan ensimismados en su idilio, de nada se dieron cuenta, sorprendidos por el cacique en su nido de amor, abrazados fuertemente esperaron sin temor. Don Nuño, al ver el peligro, escondió tras él a la doncella y sacando su tizona, en la oscuridad en que estaban, peleó con tesón. El cacique, al reconocer don Nuño lo atravesó de parte a a su hija la hirió sin dolor, pero ciendo a sus pies y en las sombras, parte, hasta hacerlo morir. Maldidél siguió peleando sin reparar en que lo hacía con los suyos que, en las tinieblas del bosque, sólo bultos de hombres veían y como a enemigos tuvieron a los dos amantes que abrazados murieron, hasta que un rayo de luna los sacó, ya tarde, de su error, pues fueron los mismos castellanos los que mataron a su señor.

Allí mismo, los del fuerte, los enterraron juntos a los dos, y sobre su tumba pusieron como la mejor devoción, una cruz de copihues blancos y rojos como signo de pureza y de amor, de aquellos dos tiernos amantes que fueron víctimas sagradas de su misma pasión.

Y desde entonces, en ese bosque, templo que fué de un sacrificio glorioso de amor, araucanos y guerreros convinieron nunca profanarlo con el dolor, y sí hacerlo y llamarlo el templo de los amantes de esa región, como hasta hoy lo llama la tradición araucana.

Aunque sea atrevimiento

Va por delante mi excusa...
Cara de abril, retrechera,
cual ninguna sandunguera
y de líneas tan profusa,

que has inspirado mi musa,
al acercarte ligera,
sonriendo traicionera.
En esa boca... que abusa

de su belleza sin par,
un beso te quiero dar,
sin que se entere la gente.

Y, si peco de imprudente,
después de lo ya gustado,
me quitas lo que he robado.

II
Mas ten la seguridad
que no olvidaré el sabor
de tus labios, el primor
de tu boca, la bondad

de tu beso, inmensidad
de un mundo mucho mejor,
esa prisión del amor
que es cárcel con libertad.

Tuve sed y en tí bebí
un ansia que había en mí
de gustar mieles de amores

libando en las ricas flores
de tus labios carmesí...
¿Y me darás otro?... ¿Sí?

PERFECTO MIGUEZ.

va, con las guirnaladas de rubíes y granates de madreselvas y geranios, fué donde, noche tras noche, tuvieron su luna de miel el capitán poeta y la reina hada de aquella Araucanía.

Hacia noches, que hasta venir la aurora, capitán y araucanita, fugados sigilosamente del fuerte y de la cabaña, mientras el sueño rendía a los suyos, bebían hasta el har-

do de volcán, gritos y disparos roncados de arcabuces, llevaron por todo el valle la alarma y el terror; eran indios y soldados del fuerte que, en una sorpresa, se acometían con furor.

En el ardor de la refriega, los arcabuceros del fuerte viéndose sin capitán, al mando del viejo sargento, a campo abierto fueron llevando al invasor y después de ruda

El contratiempo de los Pignochon

Por Marcel Laurent

Los señores de Pignochon habían hecho insertar en los diarios un anuncio pidiendo un ayuda de cámara y una cocinera. Se presentó un matrimonio. El marido tenía buena presencia: la mujer era de aspecto distinguido.

—Somos — dijeron — pobres burgueses a quienes la guerra no ha favorecido, y antes de dedicarnos a buscar un cuartito donde comer, nos la escasa renta que hemos podido conservar, hemos preferido buscar una colocación.

—¿Pero saben ustedes algo de servicio doméstico? — preguntó la señora de Pignochon.

—¡El servicio! — se apresuraron a contestar ambos conyugues. — ¡Si les dijéramos a ustedes que hemos tenido diez años a nuestro servicio un ayuda de cámara y una cocinera ocho años! ¡Y no les pasábamos ni tanto así!... ¡Eramos unos señores muy exigentes! Seremos unos servidores ejemplares.

Cumplieron su palabra, y los señores de Pignochon, que los habían admitido con recelo, no tuvieron más que palabras de elogio para aquel matrimonio de servidores modelo. Brillaban los metales, el servicio de mesa era irreproachable, la cocina, excelente. Se había

convenido que el ayuda de cámara respondería al nombre Saturnino, y su mujer, al de Hortensia. Saturnino era tan puntual como Hortensia y Hortensia tan diligente como Saturnino.

Por la noche, terminado su servicio, los Pignochon les habían dado permiso para entrar en el salón, donde se mantenía una conversación muy agradable. Se hablaba de política, de modas, de vida mundana. Hortensia reprochaba a su señora su desdén por la literatura. Saturnino, de opiniones más moderadas que su amo, le decía con vehemencia:

—¡Somos burgueses, al fin y al cabo! ¡Seamos liberales, pero nada más! Por esto, si mi ayuda de cámara viniera a pedirme un aumento de salario... ¡Oh! ¡Perdón,

señor! Me olvidaba que era yo el ayuda de cámara.

Un día, Saturnino, sonriendo respetuosamente, dijo al señor Pignochon:

—Quería pedirle un favor al señor. ¡Es un gran favor para nosotros! Quisiéramos reunir el domingo a varios amigos...

—Nada más sencillo.

—¡Sí; pero tenía que decirle al señor...

—Que les sería desagradable recibir a sus amigos en la cocina. ¿No es eso?

—Efectivamente.

—El salón está a la disposición de ustedes.

—¡Oh! ¡Muchas gracias! ¡Cuánta amabilidad! Debo advertir al señor que mis amigos son gente distinguida, que apreciarán el rasgo del señor.

La reunión fué correctísima. Los invitados, distinguidos matrimonios en su mayoría, admiraron los objetos de arte, tomaron nota de los mejores proveedores de la casa, y anduvieron por la casa de los Pignochon con aquella seguridad de gente habituada a frecuentar la buena sociedad.

Los dueños de la casa, que se habían mezclado a los invitados, abrigan la ilusión de pasar una hora en su propio domicilio, como si fueran ellos mismos invitados. Pero todo se echó a perder. Una señora, un poco autoritaria, que había pedido un vaso de agua y no se lo habían servido, se dirigió a la señora de Pignochon y secamente le dijo:

—¿Es que voy a tener que pedir el agua por tercera vez? El que haya usted sufrido reverses de fortuna no es motivo para que desatienda el servicio de ese modo tan lamentable.

¡Catastrófico! La señora de Pignochon, asustada, miró a su marido, el que también estaba aterrado. El matrimonio modelo había hecho creer a sus amistades que el cuarto era suyo y que los Pignochon eran un matrimonio venido a menos que ellos habían tomado a su servicio.

Ya no se veía más que un pedacito de sol, como un trapo rojo colgado en las crestas agudas de la serranía de occidente,—cuando don Panta, echando la caldera sobre el rescoldo y el mate al lado, apoyando en el pico de aquella la bombilla de éste, ordenó al decir:

—Vamos p'adentro; qu'el día está desensillando.

Cruzaron el patio, entre ortigas, malvabiscas, vértebras y canillas de carnero; y tras un puntapié dado al perro que dormitaba junto a la puerta y que salió gritando y rengueando, patrón y huéspedes entraron en el comedor de la estancia.

Los tres invitados rodearon la mesa y permanecieron de pie, el sombrero en la mano, los brazos caídos, inmóviles.

En eso entró la patrona, una china adiposa y petiza, que andaba con un pesado balanceo de pata vieja. La saludaron; los gauchos pidieron permiso para quitarse los ponchos y las armas; se sentaron; la peona trajo el hervido; cenaron. Durante la comida, la patrona se mostró disgustada, y no era para menos, ¡no había podido entablar una conversación! Primero habló de la mujer del pulpero López, que era una gallega sucia, y los invitados respondieron a coro:

—Sí, señora.

Luego dijo que las hijas de don Camilo se echaban harina en la cara, no teniendo para comprar polvos y reventaban pitangas para darse colorete; y los gauchos, tragando a prisa un bocado, atestiguan diciendo:

—Sí, señora.

Después manifestó la mala opinión que tenía de la esposa del vecino Lucas; su indignación por la haraganería de las hermanas Gutiérrez; la repugnancia que le causaba la mujer de Fagúndez y el asco que sentía por la haragana del comisario. Y los invitados mascando, mascando, respondían siempre:

—Sí, señora.

A ella le dió rabia. ¡De ese modo sin que nadie apadrine, no se puede hablar mal del vecindario! Y, pues, no se puede hablar. ¡Vaya una sociedad!... Don Panta, el esposo, callaba zorrunamente, y tragaba con avidez, agradecido a los visitantes que impedían cayese sobre él el eterno malhumor de su consorte, malhumor que le dejaba sin comer cuatro días en la semana.

Concluida la cena, la patrona recogió los platos, golpeándolos; y al retirarse y dar las buenas noches, envió a su esposo una mirada furibunda. ¿Por qué?... El infeliz no había hecho nada, pero ella presentía que había de pasarse un rato charlando, jugando, divertido, y esto la mortificaba extremadamente. Al despedirse, gritóle a la peona:

—Apagá el fuego y cerrá la cocina con candao y traeme la llave.

El patrón pensó: ¡no hay amargo!—y mirando para la alacena vió que habían desaparecido la botella de caña y los naipes.

El pobre hombre resopló, clavó los codos en la mesa, se arañó la carne entre las barbas espesas, y dijo:

—¡Pucha! ¡Es triste ser mau-

la!...

Uno de los huéspedes, intrigado, preguntó:

—¿Por qué dice eso?

—Por lo del pobre Lemos. ¿No saben?

—Pues, Lemos, aquel muchacho,

JUSTICIA HUMANA

Por Javier de Viana

ahijao de ño Pedro, el domador, que supo vivir entre los mandisovices, y que se disgració de mulita y lo han sentenciao pa muerte.

—¿Pa muerte?... ¿Y qu'hizo?...

—Van a ver. Lemos se había casao con una moza bien parecida,

mo Chajarí degolló una criatura y le tiró la cabeza a la madre, que no le había querido un envite, diciéndole: "A yegua flaca hay que matarle el potrillo". Güeño: este Villafán llegó un día a lo'e Lemos, y hay no más se hizo dueño'e casa.

PLAZA HOTEL

DE

MENDOZA

Soberbio edificio, el más lujoso, el más comfortable, el mejor amueblado del interior de la República.

Cien dormitorios con baños, espléndido salón de baile, gran terraza de sesenta metros de largo por quince metros de ancho, ubicado en la Plaza Independencia haciendo pendant con la Casa de Gobierno.

Casino del Plaza Hotel

LEY N.º 832

SALONES DE RULETA, BACCARAT, TREINTA Y CUARENTA. VENTA DE BOLETOS DE LAS CARRERAS DEL HIPODROMO DE PALERMO

Horario: de las 18 a las 21 y de las 23 a las 2.30.

La Administración

hija'e un chacarero'e San José'e Feliciano. El muchacho, aunque es mala la comparación, era como güey pal trabajo, moderao, sin vicios, y prosperaba. Un día cayó al pago Villafán, aquel indio asesino, terror del Montiel y que en el mes-

Lemos, el pobrecito, le tenía miedo. Yo no sé si su mujer le tuvo miedo también, pero... El quería mucho a su mujercita ¡pucha si la quería! y suyo y de juramente la sangre le corcobiaba; pero el pucho era blandito y tenía que con-

formarse con mascar jugo y tragar yel. Villafán, de verlo tan gallina, le encomenzó a tomar asco, y d'lahi, a afrentarlo en tuita forma. En una ocasión, en la pulpería'el gallego Pintos, lo mandó que le desensillara el caballo y como no anduviera ligero...—¡por esta cruz de Dios que es verdá!--le sacudió un rebencazo por el lomo! ¡Daba lástima aquel cristiano, tan güeno y tan aporriao!...

Un día, Lemos jué a la pulpería, y cuando dió la güelta, se encontró a su mujer hecha un mar de lágrimas. Villafán había pasao por allí, la había golpiado a ella y al chico. La mujer contó todo sin dejar una tripa por dar güelta, y concluyó diciendo:

—¡Qué disgracia cuando no hay un hombre en una casa!...

A Lemos le pareció que lo rebenguaban por la cabeza, con aquella frase, y sin decir nada, volvió a montar a caballo.

—¿Pande vas?—le preguntó la mujer.—Lemos no contestó y salió al trote.

En el primer bajo se apió, le apretó la cincha al caballo, revisó la pistola, se acomodó el puñal, montó y marchó. Al llegar a la costa'el Mandisón Grande, se abajó junto al monte, maneó su flete y se jué a esconder detrás de un sauce, a la entrada'el paso. El sabía que esa noche, el bandido debía pasar por allí para dir un ballable que se daba en los ranchos de ño Pancracio, del otro lao del arroyo.

Al poco rato de estar aguaitando, vió venir un paisano, en seguida, por el zaino malacara y por el poncho rayao, reconoció a Villafán, que se acercaba silbando un estilo compadrón.

El pobre mozo tenía en la mano la pistola amartillada, y temblaba. Caso de errar el primer tiro, era hombre muerto. Sabía que no iba a ser capaz de defenderse, que se iba a entregar como oveja, pa qu'el otro lo achurase. El miedo le escarbaba el corazón como si fueran uñas de peludo cavando cueva pa escapar a los perros. Y la tierra, tirada p'atrás, le venía hasta el tragadero y lo augaba...

En eso, Villafán pasó por su lado, siempre silbando. El se enderezó, le arrecostó la pistola al lomo, y le prendió fuego con dos caños a la vez. El bandido saltó por las orejas del mancarrón, y toavía no había caído al suelo, cuando Lemos, facón en mano, lo apretaba y se le dormía a puñaladas. Le dió hasta por la vida ociosa. El otro ya no resollaba, y él seguía encajándole la daga. Después, lo degolló a la correntina, arrancó la cabeza, la agarró de los pelos, la golpió un rato contra el suelo, y la tiró al agua.

Al otro día, muy temprano, Lemos se presentó a la autoridad y contó lo sucedido sin amale un pelo. No tenía miedo ¿que iban a hacer?... La justicia lo agarró pa pelota. El defensor aprobó que era un hombre güeno, pacífico y demostró las juderías qu'el finao le había hecho, na más que porque era flojo. Todo jué al ñudo, amigo, y lo han condenao pa muerte. ¿Qué les parece?...

—¡Pues!--respondió uno de los huéspedes;—es asina la justicia.

Don Panta resolló fuerte, y pensando en los denuestos con que lo iba a recibir su opulenta consorte cuando se fuera a acostar, tornó a decir, melancólicamente:

—¡Cosa triste, ser maua!...

ANECDOTA

Extrañándose de que Anatole France no se sintiese hastiado de los goces ilusorios, Huysmans, hablando de él, mostraba su deseo de que llegara a abjurar de sus ideas y se hiciese católico.

—Un consejo bien vale otro—respondió France cuando se lo contaron.—Decidle que se haga analizar la orina.

CREO

Yo creo, con la misma ingenua credulidad con que creo en mi Virgen y en mis santos, en el alma de las cosas inanimadas.

Creo en el alma de mi escritorio señorial y pequeño, arreglado y coqueto como niña en mis buenos días, con desorden de razón en mis días eléctricos.

Creo en el alma del Buda que le adorna, el Buda de misterio que aún no sé qué delicadas manos me lo enviaran, y que siempre mira, con sus ojos alargados, mi agachada cabeza sobre el papel. Es su alma felina como la del Baudelaire que le hace fondo en la estantería. Cuando en las noches largas de invierno, el alto de deberes sobre la mesa, y yo, con la pluma en rojo mojada, corrigiendo siempre los mismos históricos disparates, el Buda amigo me mira largamente y yo, con mi izquierda le acaricio en fraternal caricia como a un hermano menor y mimado.

Creo en el alma de los volúmenes prolijamente alineados en la estantería,—son almas diversas como las de sus autores: dulces y románticas como la de Lamartine, elegantemente cínicas como la de Wilde, de una serenidad bendita como la del Kempis, impregnadas de un aroma extraño y de una exótica poesía como la de Kuprin, Turguenev y Gordin. — Yo creo que es el alma de sus autores que vive en estos mismos ejemplares que yo tengo: ejemplares nuevecitos cuya carne de papel cuido con el mismo esmero con que de niña cuidaba las muñecas.

Creo en el alma de mi tintero de mayólica con sus dos bocas para rojo y negro, alma que se me ocurre de una simplicidad tan grande como la tinta que contiene, que no hace más que manchones de negro y rojo.

Creo en el alma misma de este rectángulo de madera lustrada, que bondadoso sostiene las cuartillas en blanco y el peso de mis brazos cuyas manos, casi con la misma simplicidad de la tinta, borronan papel día y noche.

En las almas de todos ellos yo creo, creo con la misma ingenua credulidad que en mi Virgen y en mis santos, y cuando en la soledad amiga de mi alcoba, a un paso de todos y sin embargo bien lejos, yo sé que no estoy sola.

UN MINUTO

Ocupó aquello nada más que un minuto. La calle envuelta en el griterío de una banda de muchachos, todos grandes y fuertes, con los rostros encendidos y las miradas vivas. Era un infernal griterío mezclado en risas, que enardecía. El grupo agitaba los brazos y mientras reía y gritaba, y alcancé a ver, por el claro entre dos cuerpos, que en el centro estaba la víctima de la banda, la causa de las risas y los gritos. Era un muchacho pálido y enfermizo. Yo le alcancé recién a ver bien al llevarlo la justicia como un criminal, cuando colmada su paciencia y no pudiendo resistir más burlas e insultos, había levantado el puño como un mazo a quien los nervios daban fuerzas, deján-

dole caer sobre el rostro del más audaz de la banda, haciéndole brotar sangre.

Vi entonces bien su cara de niño en un cuerpo grande, sus lindos ojos claros con una mirada pura bondad, su boca contraída en un gesto de suprema desesperación y sus cabellos revueltos. No podía ser malo con esa mirada de sufrimiento y amor. Le habían colocado, como a un reo, esposas, y su rostro ya no podía hablar con más elocuencia del martirio vergonzoso por que pasaba.

Ahora brotaban lágrimas de sus ojos, de sus lindos ojos de niño, y yo, al verle llorar, hermanándome

mavera y besos de luz y trinos sonoros. Las besó el sol y las besó la luna y refundieron ellas en un solo beso, que fué beso de dicha, el beso de oro del sol y el beso de plata de la luna.

Yo siento que mi alma se entristece cuando mis pies las pisan en los capinos. Es una voluptuosidad extraña la que se siente al oír el lamento que dan al ser pisadas. Un lamento que se traduce en un sonido apenas perceptible, un lamento que para escucharlo debemos mandar al corazón que calle.

Una voluptuosidad extraña es la que se siente al oír ese lamento, una voluptuosidad que hace mal,



con su dolor, grité enrojeciendo por la indignación: — ¡a él no, a los otros se los debiera llevar!...

Lo oyó el muchacho y volviendo hacia mí su rostro, me miró nada más que un minuto, con sus lindos ojos, en una mirada larga de profundo agradecimiento.

ESTE OTOÑO

Este otoño, como todos los que han sido y como todos los que serán, dice de muerte en el caer y rodar de las hojas amarillas.

¡Pobres hojas amarillas!... ¡Cómo ruedan por los caminos!... Nerviosas como niñas anémicas entretienen a lo largo de las rutas sus últimos sueños de amor. Fueron y ya no serán. Hubo para ellas pri-

mucho mal y que pide a los ojos que lloren lo mismo que en los gozes crueles.

TARDE DE SOL

Tarde de sol, de un sol esplendente en que he salido a caminar por el pueblo sin rumbo fijo. Es la hora feliz en que las calles están desiertas porque la ciudad ha absorbido, en las continuas idas y venidas de los trenes, casi a la gente toda del pueblo. Sólo chiquillos juegan por las calles, que al pasar ni me miran siquiera.

Esta casita risueña y coqueta con su jardín bien cuidado en que los bancos blancos parecen manchas de cal en una tela verde, semeja una

adolescente, vestida de fiesta con su traje de sol, para quien la vida es buena. Yo no sé quién vive en ella, pero no puede ser sino una pareja de amantes muy feliz, con un niño tan lindo como un Dorian Gray pequeño.

Sus almas, tres, almas en una han de ser simples y creerán también en Dios. Los días serán para ellos minutos de gloria.

Esta otra casa aliñada y antigua, con su cancel de verja y su gran patio con macetones rústicos y su gran patio de frutales, parece una abuela venerable. Tampoco yo sé quién en ella vive, pero, no puede ser sino una familia con padres viejecitos e hijos grandes que se esmeran en conservar la tradición de la familia.

Habrán también, con seguridad, niños, que serán los nietos, y que alegrarán con sus risas el gran patio y el fondo de frutales.

Ah!... si pudiera conocerles!... ¡Qué feliz, departiendo con los jóvenes esposos, con los abuelos, con los hijos y los nietos!... Pero, no, es mejor no conocerles.

El misterio encantador de lo desconocido no tiene precio.

Tal vez en la casita riente viva una pareja de desengañados, tal vez el caserón antiguo albergue discordias y egoísmos; tal vez... pero, yo, en esta tarde tan linda de sol, no puedo, no quiero creer eso.

PAREJAS

Parejas de todos los crepúsculos y de todos los países.

Parejas soñadoras de andar lento y verbo ligero, que pasáis por las tardes, bajo mi balcón, cuando el sol cae y hay en el cielo mucho rojo y mucho oro.

Parejas gráciles, que camináis, las manos unidas y las caras cerca, como si tuviésteis miedo del mundo que es muy grande y es muy malo.

Parejas buenas que tejéis sueños de amor con hilo de rosa y que jugáis siempre el eterno verbo eternamente en las mismas dos personas.

Parejas sabias, que graves discurrís sobre el porvenir y ligeras levantáis en floridos verjeles casitas de amor que son lindos palacios.

Parejas optimistas que afirmáis que la vida es buena, que el pasado es nulo, que el presente es grande y el futuro es gloria.

Parejas dichosas que os formáis en la hora precisa en que las fábricas se cierran, las grandes tiendas clausuran sus puertas y se apaga el rumor del trabajo en las oficinas.

Parejas armoniosas en las que siempre todos ellos son apasionados Weythorn y ellas dulces Ofelias.

Parejas de todos los crepúsculos y de todos los países... yo os amo porque lleváis en vosotros dulzura y encanto, delicadeza y bondad, sabiduría y optimismo.

Yo os amo porque alegráis mi ciudad con promesas de amor en la hora en que el sol, hundándose, nos habla de muerte.

Parejas de todos los crepúsculos y de todos los países... os amo y os bendigo en vuestra página de amor, fecundo y palpitante poema de todos los crepúsculos y de todos los países.



PARRAFOS

—Allí donde reina la servidumbre la inspiración es deforme, el genio se agota. Las mejores odas de Horacio no son aquellas en que celebra a Augusto y Mecenas; La Eneida, monumento de adulación y de lisonja elevado a la gloria de César, no vale lo que Las Geórgicas, que cantan a la inmortal naturaleza, y así lo advirtió Virgilio por cuanto al morir ordenó que quemaran su obra.

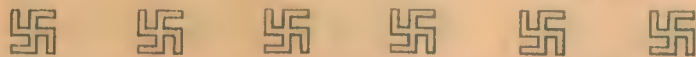
—Después de Augusto ya no hubo en Roma más que profesores griegos enseñando la rutina y las reglas que habían aprendido. Esto fué lastimoso. Crearon un pueblo de copistas que se creían escritores y de charlatanes que se consideraban tribunos.

Sólo tuvieron algunos historiadores indignados: Tácito y Suetonio; con éstos, dos poetas libertarios; y después la podredumbre del bajo imperio, el hundimiento inevitable. Nadie osa recoger el látigo de Juvenal. Y luego, nada, salvo algunos pasajes de Tertuliano y de Orígenes, que tienen todavía la llama del apostolado.

—En la Edad Media quedó prohibido el pensamiento. Todo el arte fué reducido a la arquitectura religiosa. Pero conmociones políticas comienzan a bambolear la tiranía feudal, y he aquí una literatura que se forma: crónicas, novelas, poesías.

Sacudido el yugo del latín, Dante intenta escribir en su lengua. Las ideas teológicas del republicano proscripto causan hoy risa; pero la forma de la obra perdura y es muy superior a las frivolidades y simplezas de las prosas de los cortesanos de un Leon X o de un Alfonso de Este.

CARLOS MALATO.



De los grandes museos de Europa.

Los grandes museos de Europa acaban de adquirir algunas notabilísimas obras de arte chino. El último boletín del Museo de Alberto y Victoria, de Londres, describe las últimas adquisiciones de las mismas, entre las que se encuentran una bella escultura de cristal representando a San Tsoukapa, conocido en aquellas latitudes como el "Lutero del lamaísmo".

Es una figura verdaderamente extraña, y fué esculpida para el culto del santo en los templos budistas de Nepal y del Tibet. Representa al santo de pie, sosteniendo en su mano izquierda el "patra"; esto es, su escudilla o cuenco de monje, y vistiendo la larga capa de Gelug-pa (la secta virtuosa), fundada por él.

Otra de las esculturas más interesantes de las recientemente adquiridas por aquellos museos es la de Dhyani-Bodhisattva Avalokita, el gran patrón de la fe lamaísta, dentro de la cual está considerado como el Creador del Mundo, a quien está reservada por la Divinidad suprema la misión de salvar a todos los seres.

La imagen es de cobre dorado, fundida por el procedimiento de *cire-perdue*, y está pródigamente ornamentada con rubíes, esmeraldas, lapislázulis, cristales y turquesas.

La mano derecha parece extendida en un ademán acogedor. La mano izquierda forma como un racimo para sostener entre sus dedos el tallo de un loto, detalle escultórico este último desgraciadamente desaparecido.



—Si es por cuestión de gordura, le prometo tomar **HIERRO QUINA BISLERI**, el aperitivo tónico estomacal por excelencia, y nos casaremos de inmediato.

Surgiendo del raro tocado cónico del dios, aparece la figura sedente de "Bodhisattava's", o sea el Gran Padre, de quien aquél, en el lamaísmo, es "Manifestación en el Mundo de los Dioses", de la misma manera y en el mismo sentido que el Príncipe Gantama, el Buda, es la "Manifestación del Gran Padre en el Mundo de los Hombres".

Esta obra maestra fué ejecutada, sin duda, por un monje de uno de los monasterios lamaístas de Gyantse (Tibet Meridional), y es muy posible que date del siglo XVI.

Mutter. — ¡Bien, bien, mister Mumble! Entiendo que tiene usted en casa un niño nuevo y propio.

Mumble. — Pues qué, ¿pensaba usted que íbamos a adquirir uno de segunda mano?

Mutter. — ¿Es niña?

Mumble. — No.

Mutter. — Entonces es niño.

Mumble. — Se lo habrá dicho a usted mi señora.

Mutter. — ¿Le hace levantarse toda la noche?

Mumble. — No; sólo una vez.

Mutter. — ¿Una sola vez?

Mumble. — Sí. Me levanto a las doce y media y me quedo en pie el resto de la noche.

Mutter. — ¿Le alimenta usted con leche condensada?

Mumble. — No, ciertamente.

Mutter. — ¿Por qué?

Mumble. — Se podría cortar con un bote.

Mutter. — ¿Cuándo duerme?

Mumble. — No lo sé; todavía no lo ha ensayado.

Mutter. — Pues yo, cuando era niño, me acostaba a las seis de la tarde y dormía de un tirón hasta la mañana siguiente.

Mumble. — Pero es que usted lo ha heredado. Su padre ha sido vigilante nocturno.

Mutter. — ¿Y pasea usted al niño a pie por el cuarto?

Mumble. — Seguramente.

EL RECIEN NACIDO

Por J. P. Medbury

Mutter. — ¿Y por qué hace usted eso?

Mumble. — Porque mi mujer no me deja andar en bicicleta.

Mutter. — ¿Y qué, ¿llora toda la noche?

Mumble. — No. A ratos aulla.

Mutter. — ¿Qué es lo que le hace llorar.

Mumble. — Nada. Lo hace de su propia iniciativa.

Mutter. — ¿Y qué hace usted cuando él llora?

Mumble. — Le canto.

Mutter. — Esa puede ser la razón. ¿Y qué cree usted que será cuando grande?

Mumble. — Un hombre.

Mutter. — Ciertamente. No podría crecer para señora.

Mumble. — ¿Por qué no? Mi hermano lo ha hecho.

Mutter. — ¿Y su nene ha aprendido ya a hablar?

Mumble. — No. No ha tenido oportunidad. Su madre está con él demasiado tiempo.

Mutter. — ¿Cómo toma los baños?

Mumble. — Generalmente, desnudo.

Mutter. — ¿Le da usted los baños?

Mumble. — Pues qué, ¿creía usted que se los iba a cobrar?

Mutter. — Me refiero a si usted lo limpia. Cuando yo era niño mi padre nunca me lavaba.

Mumble. — Llegaría usted a grande horriblemente sucio.

Mutter. — Es que el cuidado de los niños es cosa de las mujeres.

Mumble. — Efectivamente. Mi señora se desvive por los suyos.

Mutter. — Entonces, ¿por qué tiene usted que bañar al niño?

Mumble. — Porque mi señora lo manda.

Mutter. — Entonces ella no se ocupa de él.

Mumble. — ¡Oh, ella lo ama!

Mutter. — Bien, ¿entonces quién lo saca en la mañana y en la tarde?

Mumble. — Yo.

Mutter. — ¿Y por qué?

Mumble. — Porque hace demasiado frío para sacarlo en la noche.

Mutter. — ¿Y por qué no lo cuida su señora en el día?

Mumble. — Porque el jefe de su oficina no quiere chiquillos allí.

Mutter. — No querrá usted decir que su señora está trabajando.

Mumble. — De ningún modo, pero al menos ella cobra su sueldo.

Mutter. — ¿Y no le da a usted vergüenza dejarla trabajar?

Mumble. — No, por cierto. Está empleada con una firma muy honorable.

Mutter. — ¿Y por qué no va usted a trabajar?

Mumble. — No puedo conseguir empleo.

Mutter. — ¿Lo ha buscado usted?

Mumble. — No.

Mutter. — ¿Y por qué no lo busca?

Mumble. — Porque temo encontrarlo.

Mutter. — El lugar del hombre es la oficina.

Mumble. — Lo sé; pero algunas mujeres han ocupado mi lugar.

Mutter. — Un hombre no es para cuidar niños. ¿Por qué no busca usted una muchacha para su niño?

Mumble. — A mi señora no le gustan esos negocios.

Mutter. — Me sorprende usted, mister Mumble. ¿Cuál es su ambición? ¿Qué va a pensar de usted ese niño cuando sea grande?

Mumble. — No tengo ni la mas remota idea de ello. Esperaremos y le preguntaremos a él.

CURIOSIDADES

Los movimientos que se producen en una pared de ladrillo, de cuarenta centímetros de espesor, cuando se golpea con una mano, pueden recogerse convenientemente en un aparato sensitivo que aprecia también la inclinación de la pared por leve que sea. El indicador está en contacto con los ladrillos y está tan ajustado, que el más ligero movimiento modifica el rayo de luz e indica al observador el movimiento. El instrumento empleado es un interferómetro el cual se emplea para comprobar la exactitud de la solidez de la construcción y de los materiales empleados en ella.

En una exposición de maquinaria agrícola, celebrada recientemente en Berlín, llamó vivamente la atención un aparato ordeñador eléctrico, mediante el cual, en pocos minutos, puede obtenerse la leche de varias docenas de vacas.

La viuda del famoso astrónomo Camilo Flammarion fué en vida de su esposo uno de sus más activos colaboradores. Hoy, desaparecido el glorioso compañero de su vida, madame Camille Flammarion continúa con el mismo fervor su incansable trabajo.

En el aeródromo de Croydon (Inglaterra), se ha colocado un faro aéreo para guiar a los aviones por entre la incertidumbre de las tinieblas. Las lámparas tienen una potencia de cerca de 200.000 bujías y sus resplandores pueden verse desde una distancia de treinta millas. Está colocado de modo que las luces pueden brillar tres veces hacia el firmamento y dos veces hacia la base.

Sud Africa proporciona el 63 por 100 de la producción mundial del caucho.

De entre los colores de las flores, el amarillo es el más permanente.

Los *policemen* de Londres amenazaron recientemente con una huelga si se les seguía obligando a tocar silbatos para la regularización del tráfico callejero. Alegaban que no había pulmones suficientes para cumplir la penosa labor. Hoy, sin esfuerzo pulmonar, ha sido sustituido por sirenas mecánicas.

Uno de los más notables postes de totem de una pequeña aldea de Alest Bay, en Norte América, está coronado con una enorme figura de pájaro construido de madera y vivamente decorado. Se cree que es un emblema que representa algún pájaro real, escogido como signo de buena fortuna.

Cerca de una octava parte del suelo de Suecia está cubierta de lagos.

Oswald Schults, después de tres años de estudio, acometió una labor formidable, en la que invirtió diez y ocho años después. En este tiempo ha estado construyendo un formidable reloj astronómico, compuesto por diez y ocho máquinas que tienen en total 458 ruedas movidas unas por otras. La intención de este paciente artista relojero no ha sido la de copiar o imitar algo que es ya admirado en muchas ciudades, sino la de crear una obra única para la ciudad de Berlín, que pueda tener la pretensión de ser de un máximo valor científico y que pueda al mismo tiempo prestar valiosos servicios a Universidades y otros Institutos pedagógicos.

La instalación más elevada de transporte aéreo por cable, cuya longitud total es de más de ocho kilómetros, existe en Bolivia, y se aplica en una importante zona minera, a la conducción del mineral desde la mina a los talleres. La mina está situada en la vertiente oriental de los Andes, a una altura entre 4.500 y 5.000 metros sobre el nivel del mar. Los talleres están abajo, en un valle, a una elevación de 3.400 a 3.700 metros.

Por lo muy costosa que sería la construcción de caminos, se resolvió instalar el transporte aéreo por cable de ida y vuelta, en línea más o menos directa, de la mina a los talleres, práctica seguida por muchas empresas mineras cuando el transporte por otros medios no sería tan práctico.

El cable aéreo que nos ocupa empezó a prestar servicio hace un año, aproximadamente. En el trayecto de la bocamina a la fábrica pasa por cumbres y altiplanicies, siendo de unos 5.000 metros la altura máxima alcanzada.

Todavía a principios del siglo X era el caballo el que servía generalmente para la industria de transportes. En 1790, Sivrae dió a conocer el aparato llamado celerífero, del cual se derivó la draisiana, debida ésta a un barón alemán.

Dionisio Papin, como se sabe, descubrió el vapor.

Cugnot fué el inventor del automóvil.

A Montgolfier se debe el globo aerostático. Kreis aplicó a éste el principio de la dirigibilidad. Ader fué el padre del primer avión.

El rey de Inglaterra ha cedido al Museo de Historia Natural de Londres, un hermosísimo ejemplar de tigre blanco, que fué muerto en la selva de Rewa, por el maharajah de Rewa, quien lo ofreció como presente al rey Jorge.

Hoy, el magnífico tigre constituye la muy justificada admiración del público que desfila ante su soberbia jaula, en los jardines del Museo.

Es un corpulento macho, el fondo de cuya piel se asemeja a un oso polar.

El albinismo ocurre en casi todas las especies de mamíferos y aves, y aún en los reptiles.

Lo que se desgasta

Debe reponerse

Está comprobado que el ser humano, no es una máquina que puede trabajar indefinidamente.

El trabajo excesivo que se realiza hoy en todas las esferas, ya sea para sobresalir y destacarse de los demás, o bien para mejorar los medios de vida de que se dispone, origina una pérdida considerable de energías que puede acarrear trastornos de importancia.

La vida diaria nos da ejemplos variados y numerosos: hombres de negocios, funcionarios públicos, profesores, alumnos y en general todas aquellas personas que trabajan excesivamente, en un momento dado se sienten desgastados, sin fuerzas, pierden la memoria y la neurastenia los empieza a dominar.

Es entonces llegado el momento de equilibrar el desgaste con nuevas fuerzas. Para eso está la

NUCLEODYNE

(El tónico que dá fuerza)

que lo dejará como nuevo.

En su fórmula, creación de nuestros laboratorios, entran: Fósforo fisiológico, que regenera las células; estricnina, que tonifica los nervios, y zumo testicular de toro, que favorece la secreción de las glándulas del cuerpo. Es realmente un tónico maravilloso.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Banquete de camaradería del ejército y la armada

Conmemorando la fiesta patria del 9 de julio, y de acuerdo con la costumbre establecida, realizábase el almuerzo anual con que el ejército y la armada estrechan los lazos de camaradería y compañerismo entre las instituciones armadas. — La fiesta, que fué presidida por el primer magistrado, doctor Marcelo T. de Alvear, se efectuó en el teatro Coliseo y asumió brillantes proporciones. — Hicieron uso de la palabra los señores coronel Félix M. Toledo, presidente del Círculo Militar, contraalmirante Enrique G. Fliess, presidente del Centro Naval y, por último, el presidente de la República, cuyos discursos fueron muy aplaudidos. — Vista de la cabecera de la mesa.



60° Aniversario del Ferrocarril Primer Entrerriano



El día 9 del corriente se cumplió el sexagésimo aniversario de la inauguración del Ferrocarril Primer Entrerriano. — Cábele el honor a la ciudad de Gualeguay de haber sido la primera que en el año 1866, se incorporó a los progresos del riel en la República. — El señor Jacinto González Calderón, fundador de dicho ferrocarril, y anverso y reverso de la medalla conmemorativa del acto inaugural.

De Córdoba - Fiesta en el Colegio Pío X



El gobernador de la provincia de Córdoba, doctor Ramón J. Cárcano, acompañado del director del Colegio Pío X y de otras personas, después de asistir a la fiesta realizada en el mencionado centro docente.

Obra de arte



Notable retrato del escritor Alfredo A. Bianchi, original de doña María Obligado de Soto y Calvo, prestigiosa dama argentina que ha llegado a exponer sus valiosas obras, en el Salón de los Artistas Franceses, considerándola la crítica europea como digna sucesora de sus maestros, Jean Paul Laurens y Benjamín Constant.

Necrología



Señorita América A. Bordes Palmas, educacionista recientemente fallecida.



Jura de la bandera por los conscriptos de 1905



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y el ministro de Guerra, general Justo, presenciando la ceremonia de la jura, realizada en el Parque Centenario



Niñas del colegio del Divino Rostro, a quienes el doctor Alvear hizo colocar ante el palco oficial, para que presenciaran cómodamente el acto.



El abanderado del regimiento y, a su lado, el comandante de la unidad, arengando a las tropas.



Un grupo de los nuevos conscriptos que juraron la bandera ante el primer magistrado de la Nación.

Football - Real Deportivo Español v. Zona Sud



A semejanza de lo ocurrido en la primera presentación de los jugadores españoles, un público enorme se congregó en el field de Boca Juniors con objeto de presenciar el segundo partido del equipo visitante.—El team de Real Deportivo Español, que sostuvo el encuentro con Zona Sud, match que resultó empatado.



Elementos que integraron el equipo de Zona Sud en el partido sostenido con los españoles y que consiguieron empatar, por haber marcado un goal cada bando.



El guardavalla del team argentino, durante una de sus intervenciones en el referido encuentro.

(Fots. Giraz y León).



Caricaturas de Sanguinetti

Doctor José de Paula Rodrigues Alves, nuevo embajador del Brasil en la República Argentina.



Bernardo Duggan, uno de los intrépidos pilotos del "Buenos Aires".



Homenaje de la Liga Patriótica Argentina al soldado francés desconocido.

La señorita Justa Campos Urquiza, delegada de la Liga Patriótica Argentina, tributó un homenaje ante la tumba del soldado desconocido, situada junto al Arco de Triunfo, en París, consistente en la colocación de una palma de bronce dedicada por aquella institución al simbólico sepulcro. — Acompañan a la señorita Campos Urquiza los agregados argentinos militar y naval, coronel Piloto y teniente de navío Eguren, respectivamente.



El agregado militar a la embajada argentina en París, coronel Enrique Piloto, pronunciando un discurso en el acto de la mencionada ceremonia, efectuada el 25 de mayo, ante la colonia argentina residente en París.



La señorita Justa Campos Urquiza, del brazo de un alto jefe del ejército francés, que ostentó la representación del presidente de la República, se retira del lugar del acto, después de terminada la ceremonia.





Visita de un grupo de geólogos a Las Palmas (Canarias.)



Los miembros del Congreso de Geología, recientemente celebrado en Madrid, realizaron una excursión científica a Las Palmas (Gran Canaria), donde fueron amablemente atendidos por las autoridades locales.—Los ilustres visitantes después del banquete oficial organizado en su honor y servido en el hotel Santa Brígida.



Los geólogos, inspeccionando las curiosas cuevas de los primitivos habitantes de las islas, situadas en la cuesta Silva, partido de Guía, en Las Palmas.



Durante la visita a los lugares en que se cosecha la cochinilla, en la costa del Bañadero, partido de Arucas, jira de estudio que realizaron en compañía de las autoridades.



Demostración al comisario Bourdeu



Un caracterizado grupo de vecinos de Villa Devoto organizó un banquete en honor del comisario de policía señor Julián Bourdeu, funcionario que, durante muchos años, estuvo al frente de la sección 45.ª.—El acto, que tuvo efecto en el local del Tiro a Segno, fué ofrecido por el señor Julio Gómez, a éste siguió en el uso de la palabra el señor Remigio Iriondo, y, finalmente, contestó el obsequiado agradeciendo la distinción de que se le hizo objeto.

(Fots. Franco y León).





SOCIALES



La señorita María Elena Fairchild y el señor Jorge Luis Donati, después de la bendición nupcial.



Enlace de la señorita Angélica Barabino Amadeo, con el señor José C. Catán.



La señorita Teresa F. Camorero y el doctor Rómulo Cahini, después de sus desposorios.



La señorita Eva Crotto y el doctor Joaquín Vergera Campo, después de su enlace.



Enlace de la señorita Erlinda R. Vadela con el señor Luis Rossi.— Los novios y algunos invitados.



La señorita Angélica Carbonaro y el señor Roberto F. Troyanovich, recientemente desposados.



Enlace de la señorita María Nella Sánchez Picado con el señor Romirio T. Anaya.— Los contrayentes y el cortejo nupcial femenino.





Fray Mocho en Rosario de Santa Fe



Durante la demostración tributada al general Córdoba, en el Jockey Club, en ocasión de su reciente visita a Rosario.



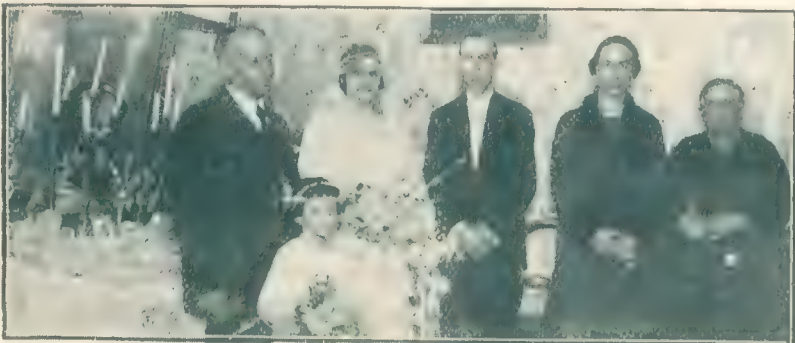
El señor F. T. Marinetti, acompañado de su señora y de algunos periodistas, después de su conferencia pronunciada en el Círculo.



Vista parcial de la concurrencia que asistió al acto inaugural de la exposición de paisajes rosarinos, del pintor Ferrer Dodero. La exhibición de dichos cuadros, expuestos en el salón Witcomb, obtuvo un franco éxito.



El señor Víctor Heitz (1), ex presidente de la Liga Rosarina, acompañado del vicepresidente del Newell's Old Boys, señor Arichuluaga y algunos 'hinchas', que siguen las alternativas del Campeonato Vila, saboreando buena cerveza.



ENLACES.—Señorita Zulema Donaise, con el señor Fernando J. Copello.



Señorita Irene Isaia con el señor Julio D'Aló.



Señorita Raquel Sciacaluga con el señor Ludovico Schellhas.



Señorita María Elena Gritti con el señor Andrés Orlandini.



El señor Néstor Noriega, propietario del caballo "Poincaré" y el mencionado animal que, después de ganar el premio clásico "Botafogo", murió repentinamente. (Fots. Flores Toledo).



Actualidades cinematográficas



Monte Blue y Dorothy Devore, protagonistas de "El hombre que acecha", film que estrenará el viernes la General.



Ralph Ince y Claire Adams, protagonistas de "El chacal de los mares", film que la Corporación exhibe desde anteayer.



André Roane y Olga Day, en el cine drama francés "Campeón de peso pluma", que la New York Film estrenará mañana.



Escena de "Con blasón ajeno", por Marjorie Daw, Niles Welch, Arrol Daly y Louise Carter, que Glücksmann estrenará el viernes próximo.



Escena de "El cheque falsificado", que interpretan Herbert Rawlinson, Grace Darnmond, Virginia Valli y James B. Lowe, film que la Corporación estrenará mañana.



George O'Brien y Florence Gilbert en "La represa de la muerte", film que la Fox estrenará pasado mañana.



Helen Chadwick y William Russell, protagonistas de "Llamas devoradoras", película Jewel que la Universal estrenará el 21 de julio.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



SAN LUIS.—El gobernador electo, doctor Alberto Arancibia Rodríguez, rodeado de un grupo de correligionarios, después del triunfo electoral que le llevó a ocupar la primera magistratura de la provincia.



Afiliados al partido Liberal festejando por las calles el triunfo obtenido por el doctor Arancibia, candidato de la mencionada agrupación política.



El senador nacional, doctor Adolfo Rodríguez Saa, acompañado por los miembros que integraron la delegación mendocina.



Concurrentes al comité central del partido Liberal, que festejaron la victoria de su candidato a gobernador de la provincia.



RIO CUARTO (Córdoba).—A la izquierda: el intendente municipal señor Vicente C. Mujica, comentando con algunas damas y con el teniente coronel Lindor S. García, el halagüeño resultado de las kermeses pro campo de aviación.—A la derecha: comisión de damas y caballeros que tuvo a su cargo la organización de las mencionadas fiestas.



SAN JUSTO (Santa Fe).—Señorita Noemí Tornay, que obtuvo el primer premio en un concurso de belleza.



LANUS.—Los esposos Compiano rodeados de su familia en ocasión de cumplir sus bodas de oro matrimoniales.

(Fots. La Vía y Agostini).



TANDIL.—Busto de Florentino Ameghino, obra de Edelmiro J. Berretta, recientemente erigido en la Escuela Normal.

El carrito de caballos, que hace regular servicio entre la soberbia y lejana avenida Manuel Montt y la plaza Italia, acababa de detenerse en ésta.

Eran las doce del día, y el espectáculo de esa hermosa explanada presentaba toda la animación propia de esa hora en que la multitud de empleados y obreros que viven en el barrio Providencia, por aprovechar la higiene, comodidades y baratura de sus amplias casas, casi todas dotadas de bien arboladas y extensas quintas, regresan a ellas en busca del almuerzo reparador.

El día invernal, tibio y agradable, con esa tibieza y dulzura características del clima de Santiago de Chile, era de una luminosidad magnífica.

Al fondo de la avenida Providencia, llena del rumor y la vida de centenares de vehículos, la cordillera de los Andes presentaba sus altas y eternamente nevadas crestas teñidas de un suave y opalino color morado. A la izquierda el San Cristóbal elevaba su mole a medio urbanizar, sobre la que la enorme estatua de la Inmaculada aparecía algo más gris que de costumbre por efecto del aleonado reflejo de la cumbre. Más acá, a ese mismo lado y en primer término, ante las artificiales riberas del Mapocho, se veían floridos, a pesar de la estación, los jardinillos del depósito de agua potable, ante los cuales se alineaba una larga fila de automóviles, y una gran masa humana esperaba los tranvías de Alameda y Mapocho, y los autobuses de Alameda, avenida Matta, Providencia y los Leones, que llegaban ruidosos entre las voces de sus cobradores, que a grandes gritos repetían el nombre de su estación de destino para llamar pasajeros, se llenaban rápidamente y arrancaban veloces en sucesión no interrumpida. A continuación, y pasado el puente sobre el río, en el parque Forestal, rico, bello, sonoro, lleno de árboles de perpetua verdura y guardados sus rectos y amplios paseos por la fila gallarda de sus largas alamedas, la soberbia y monumental fuente alemana presentaba sus focas y su Mercurio cubiertos de pequeños carámbanos de hielo que el sol no había logrado deshacer, y en torno a ella jugaba una alegre multitud de niños, custodiados por chiquilleras bien vestidas y graciosas.

A la derecha del punto de parada del carrito se veían por la avenida de las Quintas ir y venir grupos de obreros, saliendo y entrando de la pequeña estación de Pirque. Más acá la quinta-jardín cerraba la vista con sus antiestéticas cerca de planchas de zinc llena de llamativos avisos, por sobre la cual sobresalían graciosas las plantas más diversas, y en su quiosco, ya en la esquina de soberbia avenida Vicuña Mackenna, las famosas Rodríguez vendían cigarrillos entre la charla interminable de su interminable e inofensivo potoleo.

En seguida la gran avenida ahora nombrada, desbordante de actividad, de ruido de bocinas y de tintineo de campanillas, abría la soberbia y doble línea de sus ricos chalets formando casi ángulo y continuando su movimiento y ruido con el de la espléndida Alameda, la vía más hermosa de Chile y una de las más hermosas de América, que juntaba su bullicio y el asesino correr de sus mil vehículos,

a los que por el otro lado convergían en ella desde el parque Forestal y los jardines de la estación del agua potable.

Y en aquel círculo urbano bullicioso y rico, en cuyo centro el monumento de los italianos contemplaba, pobre y triste, la vida exuberante desplegada en torno suyo, esperaba yo, como todos los días, al carrito de caballos que acababa de detenerse frente a la quinta-jardín,

versación, anudada desde el momento de vernos, tomó un giro serio y grave. En el carrito, andando como un gato por la saliente de las plataformas y cobrando por las ventanillas, en la imposibilidad de moverse por el interior, dada la aglomeración de pasajeros, un hombre, manco del antebrazo izquierdo, saludó a mi compadre con un cariñoso "¡Dios le guarde patrón!", y se negó a aceptarnos, a él ni a mí,

Interesado por aquellas palabras, invité a mi compadre a almorzar para que pudiera cómodamente referirme la historia del manquito, y aceptada por él la oferta, ya en mi casa, tras de despachar pausadamente un almuerzo a la chilena, compuesto de una cazuela de cordero, un charquecán y unas empanadas de horno, con un sabroso postre de hojuelas con miel, regado todo por un agradable vinillo de Arizta, de sobremesa, mientras saboreábamos una taza de café y fumaba mi compadre un cigarrillo, habló, más o menos, de esta manera:

—En la bella y rica ciudad de Valdivia, en la avenida Pedro Lagos (la antigua calle de los Canelos), más o menos frente al vetusto torreón colonial, vivía en un elegante chaletito propio, la familia de los Hauttmann, ricos comerciantes alemanes, dedicados a la fabricación y venta de cecinas y embutidos.

El mayor de los hijos de esta rica familia, Hugo, conoció en uno de sus viajes a Santiago a una linda chiquilla, estudiante de Farmacia y natural de Chillán, que estaba alojada en la misma casa de familia en que él obtuvo alojamiento. La niña, que entonces contaba diez y ocho años, había sido recomendada por unos frailes; pero la dueña de la casa no sabía gran cosa de su vida ni de su familia. Enamorado perdidamente Hugo de la preciosa Elena (una de esas mujeres nuestras que cuando van por la calle hacen parar a los hombres y volver el rostro a las mujeres), como ella le dijese que no tenía más familia que una tía radicada en Chillán, que era quien le pagaba la pensión y le costeaba la carrera, allí se dirigió el joven, que a la sazón contaría veinticinco años, y tras de vencer la dura resistencia de misa Rosarito (la tía de referencia), logró el consentimiento de ambas, y con gran pompa, un día de fin de año, Hugo y Elena se casaron en Santiago. Establecióse aquí lujosamente el matrimonio, en un precioso chalet de la avenida Pedro Valdivia, en el cual vivían la nueva pareja, una sirvienta traída por Hugo de Valdivia, una cocinera tomada en Santiago y un jardinero alemán, contratado también en Santiago, y que no dormía en la casa, aunque todos los días iba a ella. Pero, además de esa servidumbre, había en el chalet un muchacho, como de ocho o nueve años, llamado Ignacio, que Elena había traído consigo, y que según decía, era un pobre huachito abandonado, al que habían criado en su casa desde pequeño, y a quien ella tenía extraordinario cariño. Ese muchacho, humilde y callado, que miraba a la patrona como a una especie de ángel tutelar, no tenía en la casa una ocupación determinada, sino que era ocupado por Hugo y por Elena en las más variadas y contradictorias faenas, todas las cuales ejecutaba siempre alegre y voluntarioso.

"Aquel matrimonio—continuó mi compadre ante nuestra impaciente expectación,—era feliz; pero ¿habrá cosa más frágil, más quebradiza e inestable que la humana felicidad? Un día llegó a oídos de don Hugo, por el venenoso conducto de los labios, cubiertos de artificial carmin, de una de esas mujeres que envidian siempre a sus hermanas de sexo cuando éstas son bellas y dichosas, el terrible secreto de la familia de Elena, secreto sólo co-

"EL ZUNCO"

Por José Vázquez Santisteban

Pidan

"QUILMES DE INVIERNO"

La mejor cerveza para la estación

punto final de su trayecto, para irme a almorzar a mi casa de la calle de José Miguel Infante, mi humilde casita, donde me aguardaban siempre sonrientes y cariñosos, mi esposa, mis árboles, mis aves y mis flores.

Como el tranvía se llenase rápidamente, quedamos en la plataforma de atrás muchos viajeros, y al lado mío vi a mi buen compadre Cucho Ibarra, que a la avenida Condell se dirigía.

Ya en marcha el carrito, y mientras galopaban hacia la avenida de las Quintas, en demanda del primer cruce de su vía, los dos caballos que de él tiraban, nuestra con-

el valor de nuestros boletos. Y al retirarse, mi amigo me dijo:

—¿Ve usted ese pobre rotito? Pues es un héroe; un héroe anónimo, como hay muchos en nuestro bajo pueblo. Su heroicidad fué íntima, oculta y callada; pero, por eso mismo, al privarle de otra clase de recompensas, hace más grande su acción, más sublime. Yo lo encontré en Santiago sin trabajo, y logré que el señor Parada, contador de la Empresa de estos carritos, le diera ocupación, y ahí lo tiene usted ganando cinco pesos al día, y sin grandes esperanzas de mayor beneficio, como casi todos nuestros obreros libres.

necido en Chillán por algunas pocas personas. Un hermano de Elena (su único hermano), había cometido, en una noche de remolienda, un alevoso y cobarde asesinato, y este crimen, tan poco común entre los chilenos, le obligó a huir de Chile y a refugiarse en la Argentina, donde, bajo el peso de una condena en rebeldía a prisión perpetua vivía ya, en la fecha en que Hugo supo la noticia, es decir, al segundo año de su casamiento, hacía ya cuatro años. El efecto producido en el orgulloso Hauttmann por este terrible descubrimiento, fué espantoso; espantoso y mortal para la felicidad de la pobre chillaneja.

Tras una escena violentísima, en que don Hugo obligó a su esposa a confesarle la certeza de la torpe y vilmente intencionada denuncia, el matrimonio, hasta entonces modelo de interna concordia, no volvió a ser más matrimonio, y como si la infeliz mujer hubiese sido la culpable del crimen de su hermano, el implacable Hauttmann la maltrataba constantemente, y las escenas violentas eran cosa diaria en aquella casa lujosa y rica, de la que la paz huyó para siempre.

Todo el mundo contemplaba diferente aquella tragedia conyugal, menos una persona; menos un humilde y noble corazón agradecido. Ese era Nacho, el cual, siempre que don Hugo injuriaba y maltrataba a su esposa, rondaba en torno de las habitaciones conyugales como una fiera enjaulada, temblando de indignación y de ira, sudoroso de rabia y de impotencia. Y poco a poco, el alemán fué comprendiendo que tenía en Nacho un oculto enemigo, y le hizo objeto, al fin, de la misma hostilidad y maltrato a que sometía a su infeliz e inocente compañera. Este hecho y el no haber dejado en la casa don Hugo más servidumbre que el muchacho, pues todos los demás criados fueron despedidos en un exceso de crueldad, transformó a Nacho en el obligado confidente de Elena, quien, demasiado tímida para abandonar la casa de su esposo, buscaba compensación a sus dolores en obras caritativas, que aquél se empeñó en prohibirle, tan solo por contrariarla, y que ella hacía ocultamente valiéndose del huachito.

Pasaron así seis años. La hostilidad de don Hugo, menos agresiva y ruidosa, pero igualmente implacable, había terminado por aniquilar a Elena, y aquella chiquilla, desesperación de los hombres y envidia de las mujeres, sólo conservaba, como perenne recuerdo de su excepcional belleza, sus grandes ojos negros, que, velados por sus crespas pestañas, entre el cerco morado de sus tristes ojeras y la sombra graciosa de sus cejas perfectas, parecían dos astros encerrados entre nubes. Y llegó el día en que el afecto cariñoso de Nacho había de transformarlo en héroe, en un héroe anónimo y sublime.

Sebastián, el fatídico hermano de la infeliz Elena, lanzado a una vida de perdición y de crimen, se vió obligado a huir también a huir de Buenos Aires, y habiendo, en su osadía, llegado hasta Chillán, tras de haber pasado clandestinamente la frontera, y enterado allí del buen casamiento de su hermana, a Santiago se fué, disfrazado y escondido, y comenzó a acosar a la malaventurada mujer con cartas llenas de amenazas y peticiones. Dábale Elena cuanto podía, pintábale en sus respuestas (que Nacho, expo-

niéndolo todo, llevaba al implacable Sebastián), su situación, sus angustias y sus temores; pero el miserable, seguro del cariño de su hermana, cada vez exigía más, cada vez amenazaba más fuerte. Una noche el señor Hauttmann anunció a su esposa que marchaba a Valparaíso. Como a las nueve, después de la comida, salió, en efecto, en su lujoso Mercedes, sin más compañía que su "browning", a hacer uno de los viajes que, aprovechando la hermosa carretera que con un recorrido de cerca de cien kilómetros une al primer puerto chileno con la capital de la República, hacía frecuentemente. Al ver salir a don Hugo, Sebastián que llevaba varios días rondando en torno al "chalet", y que ansiaba una ocasión pa-

este auto era el de don Hugo!... El por qué de la vuelta del gringo no podrá decirlo, pero el caso es que allí estaba. Nacho que, como dije, vigilaba en el vestíbulo, se apercibió de que la puerta del chalet se abría; conoció al patrón, y entró, rápido, a avisarles a su señora y a Sebastián. Elena gritó llena de espanto, segura de que su hermano sería muerto por su esposo si allí lo encontraba; Sebastián, cobarde como todos los criminales, huyó hacia el fondo del chalet, y Nacho le siguió por igual camino para facilitarle la huida, pero ésta no fué tan rápida que don Hugo, al entrar, no apercibiese algo, no notase alguna cosa anormal y extraña, no se diese cuenta

del disparo... y después aquel mismo hombre avanzó hacia don Hugo con ademán amenazador, dando tiempo al otro a que saltase la muralla y huyese sano y salvo mientras don Hugo disparaba sobre él una y otra vez hasta derribarlo en tierra.

El asombro del alemán igualó a su indignación y al dolor de Elena cuando reconoció a Nacho en el herido. Inútiles fueron las súplicas de la mujer. Nacho fué entregado a la justicia, y el matrimonio, tras de vender su chalet marchó a Europa, sin que de él se hayan tenido más noticias.

Y Nacho, cuando, tras de salir del Hospital de San Juan de Dios, en donde le tuvieron que amputar el antebrazo izquierdo, cumplió su injusta condena, se vió abandonado y solo, y un día, en las faenas mineras de Río Bueno, yo lo conocí, y al escuchar de sus labios el relato de su heroica acción, que nadie había creído, pero, que al ser preso más tarde confirmó Sebastián, le ví besar con amor entrañable un manoseado y sucio retrato de su patrona, y explicar todo su heroísmo con dos sublimes y sencillas palabras:

"Si el gringo hubiese matado al señor Sebastián, la patrona hubiera llorado mucho; y como yo la quería... ¿sabe usted, señor?... pues porque no llorara... mejor que me matara a mí..."

Y sus nobles ojos se llenaban del brillo valeroso que debió animar, en el día de su inmenso sacrificio, a los ojos del gran Caupolicán.

... "Esa es la historia del cobrador zunco" — terminó mi compadre... y nosotros, tras de enjugar una furtiva lágrima de profunda emoción, quedamos largo rato silenciosos y pensativos, meditando en las virtudes de una gran raza, de una raza noble y fuerte.

PERFECCIÓN

No busques por la senda más florida tu perfección moral.
Para alcanzar los goces de la vida debes saber del mal.

Con el bagaje del dolor a cuestas subirás la montaña.
El descenso lo harás por las inciertas laderas del mañana.

Cuando de nuevo en la llanura te halles de vuelta del dolor,
emprende tu camino hacia los valles floridos del amor.

Será entonces tu pecho una pradera cubierta de verdor,
y tu mente un jardín de primavera eternamente en flor.

FRANCISCO COSTA DOLDAN.

ra introducirse en él y obligar a su hermana a dádilas mayores, aprovechando la soledad de ésta, entró en la casa saltando la verja del jardín.

A un grito de su patrona acudió Nacho, cuchillo en mano; pero como Elena le suplicase que los dejase solos, venciendo una vez más su amor de hermana todos los temores, Nacho salió al vestíbulo, donde quedó alerta y vigilante. Pero mientras Elena y Sebastián sostenían en la alcoba de la primera una viva discusión, un auto detúvose en la puerta del chalet... y

de la turbación y el espanto de su esposa y no preguntase alarmado y furioso a la vez, qué sucedía. Aturdida Elena, sólo se le ocurrió gritar: "¡Ladrones!", y don Hugo corrió, pistola en mano, hacia el fondo del chalet. Al salir del jardín vió el alemán dos hombres que querían saltar la muralla; pero ellos también le vieron a él a la claridad espléndida de la luna (era el mes de enero), y uno de ellos al notar que apuntaba su pistola, cogió al otro, le hizo inclinarse con vigoroso empujón y recibió en su cuerpo, muralla protectora, la bala

PENSAMIENTOS

No es la riqueza la que da el verdadero aroma a la vida, sino más bien la reflexión, el criterio, el buen gusto, la cultura. — SMILES.

* * *

Ser bueno es mejor que ser sabio, que ser rico, que ser afortunado. Es la felicidad más segura entre todas. — MANTEGAZZA.

* * *

El que no haya visto sino la miseria del hombre, no ha visto nada, y es preciso que vea la miseria de la mujer. El que no ha visto sino la miseria de la mujer, no ha visto nada y es menester que vea la miseria del niño. — V. HUGO.

El primer reparto de Polonia

Dos soberanos de genio que llevaron con sus vidas la historia de sus respectivos países, Federico II de Prusia y Catalina II de Rusia, encerraron por el Este y Oeste a Polonia, cuyo país, debilitado por su sistema de monarquía electiva, no se hallaba en condiciones de resistir los intentos de esos monarcas.

Catalina II había conseguido que se nombrara rey a Estanislao Poniatowski, y éste residía, como soberano, en Varsovia. Parecía que tal estado de cosas iba a continuar; pero Federico II, que no permitía que su ducado de Prusia y el Brandeburgo estuviesen separados por los territorios polacos de la desembocadura del Vístula, consiguió, después de largas negociaciones, decidir a la emperatriz de Rusia a una acción directa. Se comenzó por intervenir en las discusiones religiosas que agitaban a Polonia. Finalmente, los ejércitos rusos, prusianos y austriacos entraron en Polonia y pudieron firmar, en 1772, un primer tratado de reparto.

Prusia obtenía la Polonia prusiana, salvo Dantzing y Thorn, y una parte de la Gran Polonia. Rusia tomaba Wipak, Polosk, Minsk y otras poblaciones, y Austria ocupaba Galitzia y la Lodomera.

Llama el hombre maravillas a las obras arquitectónicas que tienen cierta magnitud y armonía: Grecia a su coloso de Rodas, Roma a su Coliseo, Egipto a sus Pirámides, y a su Escorial España.

¿Cómo llamaremos a esas altas montañas, cuyas raíces se pierden allá en los abismos de la tierra, cuyas crestas se pierden allá en los abismos del cielo?

Si las Pirámides egipcias son maravillas por su grandeza, el Mont-Blanc no hallará encarecimiento en el humano lenguaje.

Su cima de nieves eternas, que a manera de una rotunda formada por lucientes cristales, se eleva a doce mil metros sobre el nivel del mar, anonada con su excelcitud y su grandeza al pensamiento humano.

Pero no es menor maravilla la montaña cónica, de colores varios, de lucientes lavas, a cuyas faldas las viñas tienden sus guirnaldas, a cuyos pies el mar se duerme con serena sonrisa, y sobre cuya cúspide truncada, ya humea albor nube de blanquecinos vapores, ya truena gigantesca erupción preñada de terremotos y tormentas.

No es menor maravilla el Vesubio.

Yo siempre quise visitar su cima.

Aunque la ciencia moderna, por hipótesis acreditadísimas, ha quitado a estas montañas de llamas la antigua poesía, que las consideraba respiraderos del fuego central de nuestro planeta, reduciéndolas a especie de inmensas calderas, donde las aguas provenientes de los mares o de los lagos cercanos, hierven y se evaporan en violentas erupciones, todavía el volcán clásico, el Vesubio, atrae la atención a sus cimas, ya humeantes, ya rojizas, que de día cubren con una gasapera el cielo de Parthenope y por la noche entonan con reflejos de carmín y grana la celeste superficie del blando mar Tirreno.

¿Qué engañosa es la distancia!

Esa montaña que habréis visto en todos los paisajes de Nápoles, resaltando con sus matices lilas y violetas entre el horizonte azul y el Mediterráneo no menos azul, parece a lo lejos una montaña de ninfas, su humeante penacho una nube de incienso, mientras que de cerca, agria, abrupta, cubierta de estériles negruzcas lavas, donde a duras penas puede la humana planta fijarse, parece un campo de batalla en la naturaleza, campo cubierto de horribles despojos medio consumidos en gigantesco incendio.

Para buscar un contraste a tanta desolación, necesito volver los ojos de continuo hacia la Egloga tierna, que allá abajo vive, hacia los limoneros y los naranjos cubiertos de azahar, hacia las adelfas coronadas por sus rojas flores, hacia la blanca paloma que se alza a los cielos, o la golondrina y la codorniz que tornan de sus emigraciones a las rientes costas inundadas de luz y de alegría.

Nuestra ascensión comienza en jacos matalones que nos recuerdan con sus huesos escuetos las plazas de toros españolas.

El punto de partida es Resina, una de las villas que están bajo la amenaza constante del Vesubio, y sobre el cadáver frío de Herculano.

Las piedras basálticas, oscuras, que pavimentan la calle, nos dicen hallarnos en terrenos completamente volcánicos, formados por erupciones de intensidad, las que han cubierto a veces parte de la pobla-

ción y otras veces inmensos y espesísimos viñedos.

¿Qué desierto!

Las lavas en todas direcciones se extienden como remolinos de fuego, como oleaje de escorias, como lagos de cenizas.

En las más antiguas y más frías algún vegetal rudimentario brota como para enseñar cuan audaz y constante es la vida, mientras en las recientes reina desoladora soledad, o late aún el calor que de su tormentoso seno se irradiara.

Aquellas lavas son como un bosque tropical, por sus laberintos di-

ra mostrar, cual los dioses contrarios de la antigua teogonía por su doble poder de creación y de muerte.

Ascendemos un tanto. ¿Qué soledad y qué desolación!

El desierto abrasado del Africa, la cima nevada de los Alpes no pueden ser tan espantosos como estos negros parajes volcánicos parecidos a un apagado planeta.

La imaginación menos exaltada, al pisar aquellos duros bancos de lavas, al respirar aquellos gases sofocantes, al ver la lluvia de menudas y espesas cenizas, en la desnudez



versos, por sus formas bizarras, por los troncos gigantes y los extraños animales que fingen por las enredaderas de minerales diseminadas en las laderas, y las cresterías de piedras volcánicas, que en todas direcciones se levantan, como si el gran arquitecto, el fuego, hubiera alzado y destruido miles de obras confusas en aquel caos, tan solo pa-

dez de la montaña, en la ausencia de toda la vida, imaginarse haber caído en lugar más triste que los círculos del legendario infierno monástico.

Parece que las tinieblas se han condensado, se han petrificado, y han producido aquel suelo bajo cuyas quebradas late voraz e inextinguible incendio.

EL PLAGIO

Defendíase Dumas en cierta ocasión del cargo de plagiar: "Observad—decía—que un pirata roba y Alejandro conquista. En el fondo, el ladrón y el héroe hacen lo mismo. Pero la humanidad cuelga al ladrón de una horca y depone coronas de laureles a los pies del héroe."

"Pues lo mismo sucede en literatura. Todo está descubierto. No hay nuevos Colones, porque no hay nuevos mundos. Hemos recorrido la tierra, y no hemos encontrado un nuevo continente; se acaban también los países ignotos en la inmensidad del espíritu. Todos vivimos en tierra conocida, todos copiamos. Solamente que así como hay piratas y héroes, hay en las letras plagarios y conquistadores. Yo no he robado; yo he conquistado."

La pequeña erupción, que se agitaba en la cima, cuando nosotros subíamos, aumentaba la tristeza del paisaje, porque semejava al cansado resuello de legiones rotas, heridas en la agonía.

Sin embargo, ¿qué es toda aquella desolación de desolaciones sino la tierra continuando en su fecundidad creadora?

¿Qué es todo aquel desierto de lavas sino el trabajo lento, secular, infinito, de la creación perenne?

El séptimo día de reposo no ha llegado aún. Dios no descansa.

La actividad infinita de la creación continúa como en los tiempos que se escapan a la breve humana historia. Los geólogos convienen todos en que el Etna se ha formado de sus propias erupciones, y se ha ido levantando a medida que derramaba a los cuatro vientos sus piedras encendidas y sus bituminosas cataratas.

Los habitantes de Parroli enseñan a los viajeros *il monte nuovo* que apenas tiene trescientos años.

Las costas de Chile se han levantado sensiblemente en la última centuria.

El fósil que encontráis en la cima y desfiladeros de las montañas; la concha marina y el caracol petrificados se están formando ahora mismo, se encuentran a medio formar en las aguas del Adriático.

A lo mejor surge de los senos del grande océano una isla de corales sobre la cual comienzan la luz, la electricidad, el calor, a derramar sus misteriosos efluvios hasta producir la vida vegetal que bien pronto a su vez produce la vida animada y orgánica.

A la manera que el espíritu no descansa jamás, sino que engendra siempre ideas, la naturaleza no descansa tampoco, y engendra continuamente largas series de armónicos y enlazados organismos.

Sólo que así como el espacio es infinito, y no ha nacido todavía el buzo que haya tocado el fondo de sus abismos, el tiempo es infinito también, y no ha nacido el matemático que pueda sumar sus innumerables instantes.

Mientras en estas reflexiones nos perdíamos, arribamos a la ermita, si mal no recuerdo, llamada del Salvador.

Imposible decir cuan rápidamente pasa la idea de lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño.

En medio de aquellas lavas, que me habían dado idea de las fuerzas destructoras tan poderosas en la creación, levantábase un Vía Crucis, unos pasos en loza, un calvario como los calvarios que se leantan en todas las colinillas o alturas próximas a nuestras aldeas.

Aquellas humildísimas capillas me transportaron rápidamente de los espacios infinitos de la primera creación al estrecho nido en que pasara mi infancia.

Parecióme oír el eco de la campana de mi iglesia mezclado con el canto del gallo de mi corral.

Parecióme ver desde aquellas alturas el humo despedido por la chimenea de mi hogar.

Descubrí los círculos donde mis camaradas de escuela jugaban y los árboles por que trepábamos para atrapar los nidos de las frutas.

Las fiestas populares pasaron ante mis ojos, como si un pincel mágico las hubiera trazado en los giros y en los arbores del aire.

Aquellas visiones me decían cuánto más fácil es averiguar de dónde provienen los átomos de las

escorias ardientes holladas por mis pies, que las ráfagas de las tempestades morales desatadas sobre mi cabeza!

¿Cómo medir los remolinos de ideas, los huracanes de sentimientos, que me habían despedido mis altares sobre aquella roca encendida! ¡Oh compañeros y camaradas de escuela!

Casi todos vosotros vivís en el mismo hogar donde habéis nacido, y visitáis los sitios consagrados por las oraciones, por las lágrimas de vuestras madres, y sabéis a ciencia cierta el espacio donde han de reposar vuestros huesos...

Y parece imposible que haya nada inmóvil en medio de este continuo movimiento; nada viejo en esta continua renovación.

La antorcha del volcán, la humeante lava, el desierto inmenso de cenizas y de escorias hablabanme de aquellas apartadas edades carboníferas, en que la tierra era como lago bituminoso, y en el lago se alzaban selvas de helechos, y sobre los helechos nacían los primeros informes seres terrestres, mientras en las gelatinosas aguas formábanse, como los confusos primeros borradores de los peces.

O alzándose a tiempos todavía más lejanos y apartados, yo me imaginaba las edades aquellas en que la tierra era como un sol, y su luz, y su calor propio difundían esa animación, esa vida, que ahora, en la frialdad de su vejez, recibe de otro sol. Y este intensísimo fuego, este imán gigantesco, esta pila infinita de electricidad, el astro del día, que mantiene nuestra vida con su calor, que pinta nuestros cielos y nuestros campos con su luz, que compone la música de los mundos con su atracción, que aprieta las moléculas en los cuerpos con su afinidad y desata los vientos en la atmósfera con la distribución de los vapores, que sostiene desde el pez perdido en los abismos del mar hasta el asteroide que a manera de abeja rueda en torno de la atmósfera, ¿no irradiará algún día todo su calor? ¿No lo disminuirá como lo ha disminuido la tierra?

¿No podrá dejar aterido nuestro planeta como nuestro planeta ha dejado aterida a la luna que parece pálida virgen amortajada en blanquísimo cendal?

La ciencia humana responde a todo esto con hipótesis, y no puede sostener nuestras esperanzas sino con la fragilidad de nuestros recuerdos. Viviremos mañana porque vivíamos ayer.

He ahí todo cuanto sabemos. Millones de años han sido necesarios para construir esta flotante habitación en que vamos bogando por los espacios infinitos; y millones de años podremos vivir, podrá vivir nuestra especie sobre este planeta.

Pero los soles también se apagan, los planetas también mueren; las estrellas también se extinguen. ¿Qué se ha hecho de aquel luminisísimo astro, cuya luz eclipsaba a Sirio, aquel astro que brillaba en pleno día y que encantó las noches del siglo décimo sexto?

Sobre la osa mayor, y en alguna constelación han desaparecido astros que otros tiempos vieron y que otros astrónomos numeraron.

Afanaos por la inmortalidad. Producid obras que creáis eternas.

Llenad con vuestro nombre, si es posible, todo el planeta; escribidlo

indeleblemente en el duro pórfido que recuerda los tiempos volcánicos y que durará por siglos de siglos.

Mas el día que se acabe este planeta, que sus montes se desgajen, que sus fundamentos se dispersen, que sus metales se derritan, que sus mares se evaporen, que sus granitos se conviertan en montones de polvo disipado por los huracanes ¿qué será de nuestra obra, qué será de nuestro nombre?

¿Cómo sabrá el habitante de otro mundo lejano, a cuya vista aparece esta tierra como un punto imperceptible, que habéis pintado como

demostró el movimiento de la tierra; y de Porta, que tanto contribuyó a esclarecer los fenómenos de la visión, se encuentran allí, como el Olimpo de la ciencia.

¡Ah! La ermita y el Observatorio, la fe, la razón, el sentimiento y la idea; la pasión por redimir el género humano y la pasión por esclarecerlo e ilustrarlo; la plegaria y el raciocinio; lo natural y lo sobrenatural; las leyes de la vida y los misterios de la muerte; el sentimiento y la inteligencia ¿estarán eternamente separados?

¿La religión sólo verá un Dios arbitrario, distribuyendo su gracia

su desarrollo sucesivo encadenadas series de esa idea de lo infinito que tocamos casi en el tiempo, en el espacio, que vemos reflejada dentro de nosotros mismos en cuanto convertimos los ojos interiores de la conciencia a nuestra alma.

Esa idea de lo infinito nos fortalece y nos sostiene contra el dolor y contra la muerte. El espíritu que la ha concebido no puede morir ni con el cuerpo que lo contiene, ni con el planeta donde se ha revelado.

La idea de lo infinito es para mí el seguro de la inmortalidad.

La ciencia también tiene su sacerdocio; la ciencia tiene también su martirio.

Allí en el observatorio habita un sabio geólogo, naturalista, que ama al Vesubio, como el poeta a su musa, como el amante a su amada.

El lo mira extático, escucha su respiración, pulsa sus latidos, presiente sus estremecimientos, sigue con los ojos desencajados el curso de sus lavas, recoge como reliquias sus cristales, analiza sus gases y describe su vida con el cuidado con que pudiera describir Plutarco sus héroes históricos y Shakespeare sus héroes fantásticos.

En aquel sitio extraño, extraordinario, el sabio agitado por la electricidad, absorto en la contemplación de los fenómenos naturales, siguiendo extático todas las fases de la mágica montaña, parece, con sus ojos errantes, su barba blanca, sus flotantes ropajes, un mayo poseedor de todos aquellos encantos, o un ser legendario como el Fausto de Goethe, como el Manfredo de Byron.

Cuando la erupción es grande, y la nube de vapores rojizos se levanta como una tromba de fuego a los cielos; y la granizada de piedras encendidas, con el diluvio de calcinadas cenizas, cae en espesos mugidores torrentes; y las aguas que hierven y relampaguean, y truenan, se derraman en fangosas cataratas; y las oleadas de lava ardiente, humeante, serpentean en todas direcciones, quemando, como seca yesca, árboles, caseríos, consumiendo personas, bestias; y el terremoto sacude la tierra como la tormenta a la frágil nave, el sacerdote de la ciencia se abre sereno, sonriente, como si tuviera el poder de avasallar tantas fuerzas destructoras, y anota, en medio de la universal desolación, los fenómenos volcánicos, sereno cuando todos tiemblan, sonriente cuando todos padecen, inmóvil cuando todos huyen, prefiriendo a la vida el amor exaltado por su mágica montaña.

Así son las grandes vocaciones de la vida, que han hecho los grandes milagros de la historia.

No le preguntéis a ese hombre por los placeres humanos.

Su teatro es el cielo, el mar, la bahía, el golfo; su música el ruido de las olas mezclado con el estremecimiento de las lavas; su pintura los cuadros y los matices cambiantes de aquella naturaleza; su sociedad los gases que se disipan en las regiones del aire y los metales que se forjan en las entrañas del abismo; su placer la estática contemplación del volcán.

Así se comprenden y se explican los tribunos apasionados, los redentores suicidas, los cenobitas ajenos al mundo, por la necesidad que tienen estas evocaciones de un aislamiento absoluto.

Aquel hombre reparte piedras volcánicas, da espontáneamente no-

SUPERSTICIÓN

Las japonesitas nacidas en 1915 tienen que morir solteras

En el Japón existe una superstición, según la que las mujeres que nacen en los años llamados "hinoe-uma" (fatídicos) no deben casarse, pues al hacerlo causarían la desgracia del marido, sobre el cual no tardarían en llover mayores calamidades.

Tan triste profecía amedenta a las jóvenes más animosas, y no es extraño, por lo tanto, que casi ninguna quiera casarse y que muchas se suiciden. Así se ha dado el caso de que el año último se suicidaran 300 jóvenes "hinoe-uma", es decir, nacidas en 1905, año fatídico.

También los japoneses participan de la misma superstición, y es frecuente el caso del novio que rompe las relaciones en cuanto se entera de que su prometida es "hinoe-uma".

Por fortuna, el año fatídico se da sólo cada sesenta y un años, y no volverá, por lo tanto, a repetirse hasta 1966.

Precisamente ya va siendo más frecuente el caso de jóvenes "hinoe-uma" que se resignan al celibato, y esta reacción moderna, cuyos efectos se van notando, tendrá un afecto apreciable en el movimiento feminista del Japón. El doctor Sukuma, director del Colegio Médico Femenino de Tokio, dice que las 77 alumnas "hinoe-uma" que allí cursan sus estudios no hubieran jamás pensado en dicha profesión si no hubieran sido víctimas de la superstición popular.

En Tokio y Osaka, centenares de jóvenes solteras nacidas en 1905 han ingresado en los hospitales como alumnas enfermeras. Una de las más notables "hinoe-uma", es la señorita Tokonami, hija del ex ministro del Interior, que después de haber anunciado públicamente que no aceptará ninguna oferta de matrimonio, por haber nacido en el año fatal, se ha consagrado a la enseñanza.

Rafael, que habéis escrito como Platón, que habéis esculpido como Fídias, que habéis hablado como Demóstenes?

Mas continuemos nuestra ascensión al Vesubio. Desde la ermita del Salvador, con sus pasos, sus altares, subimos al Observatorio, lleno de termómetros, de barómetros, de higrómetros, de pilas, de todo género de instrumentos necesarios a las experiencias científicas.

En aquella soledad la vida artística ha brotado como una planta natural a todas las zonas de Italia.

Los bustos de Arquímedes, que divulgó las leyes de equilibrio de los cuerpos sumergidos en los líquidos; y de Franklin, que entregó el rayo del cielo a las humanas manos; y de Volta, que reveló los misterios del fluido eléctrico; y de Newton, que encontró la gravitación universal; y de Galileo, que

caprichosamente a los hombres; y la ciencia no verá jamás a Dios? ¿Para la religión el Universo será eternamente el maravilloso poema de los milagros divinos; y para la ciencia el resultado de fuerzas naturales desarrolladas en la materia eterna y en eterno movimiento? Como somos por nuestros huesos, minerales; por nuestras formas algo análogo al mundo vegetal; por nuestro cuerpo el compendio del mundo orgánico; ¿no seremos por nuestro espíritu arte, religión, derecho, ciencia, la totalidad de la vida?

Yo lo siento.

Yo lo veo.

Yo digo que así como la estética moderna admite que todas las artes han sido en su desarrollo sucesivo encadenadas series de esa idea de lo bello, tan natural a nuestra fantasía, las regiones han sido en

ticias curiosas, os comunica instructiva y rápida enseñanza. El estudio de la historia, esa ciencia que nos dice cómo se ha formado el espíritu humano y que nos cuenta su agitación y sus erupciones, me ha impedido consagrarme a las ciencias naturales y físicas.

Ignoro, pues, si habré trabucado alguna idea, si habré en tanto tiempo olvidado algo, a pesar de mi feliz memoria. Pero confusamente recuerdo cuanto nos dijo aquel hombre, mientras se apercebían los compañeros a subir, y los conductores a elevarnos en sus brazos y en sus cordeles a las alturas del Vesubio. La montaña es cambiante, y se metamorfosea con fecunda facilidad. Parece un crisol ciclópeo, donde la materia se derrite, se funde, hierve, y toma nuevas formas.

A principios del siglo presentaba el cono del Vesubio un aspecto que hoy no presenta.

El cráter había sido completamente borrado. Montañas de escorias lo cubrían, despidiendo vapor, gas, fuego, por varias estrechas hendiduras, que en su forma elíptica parecían los extraños ojos de los ciclopes encerrados en el vientre de la montaña, ojos, con retina de lumbre, y párpados de azabache.

Pero, en octubre de 1822, fué sacudido el Vesubio por violenta erupción como los árboles por los huracanes, y veintidós días de estremecimientos, de excitaciones, de epilepsias, si así puede decirse, manifestadas por tempestades y terremotos, lanzaron los materiales, que llenaban la cima, a lejanas distancias, y descubrieron de nuevo, coronando los riscosos desfiladeros, el oscuro cráter, verdadero abismo.

Nosotros ya no vemos las personificaciones que veían los paganos.

La naturaleza ha perdido a nuestros ojos aquella animación y aquella vida.

La orgía, donde los dioses, radiantes de hermosura, se entregaban al placer de vivir en comunicación con el universo, ha sido interrumpida por la súbita aparición de una cruz que chorreaba sangre, y de la cual se ha levantado el espíritu, ebrio de sí mismo, atormentando la maldecida y abominable materia, causa del pecado.

Pero al oír el resuello tormentoso; al ver la nube de humo crecer desde las tinieblas del abismo, y alzarse entre las cristalinas lavas sobre el azul horizonte, creéis ver las antiguas personificaciones, los ciclopes y los titanes, alzándose desde las profundidades de la tierra, ansiosos de escalar las alturas del cielo.

El cráter ha sido sondeado. Pero su profundidad que un tiempo se calculó en seiscientos metros, decrece todos los días, a causa de nuevas erupciones. La fuerza de éstas tiene tal intensidad y la naturaleza del Vesubio tal inconstancia, que se calcula en doscientos cuarenta metros la disminución de la cima.

Su aspecto exterior es un cono por la diversidad de materiales amontonados hacia los cuatro vientos, merced a la agitación continua de las erupciones; pero acercándose al cráter y viendo con cuidado el interior, la simetría os encanta, la sobreposición de las capas, ligeramente onduhidas, os parecen los matices del iris.

¿Qué diferencia del exterior atormentado por los cambios continuos, transformándose a todas horas, como lo demuestran los ángulos en-

trantes, salientes y la irregularidad de las inundaciones de lava, cual si en vez de monte, fuera nube el Vesubio!

Pero cenizas, lavas, toman la forma exterior, la forma típica de aquel cono, que han producido millares de erupciones sobrepuestas, y cuya diversa intensidad se mide hasta por la diversidad de matices sueltos en aquellas tierras metálicas.

La explicación de la dureza, que adquieren, es sencillísima.

Fragmentos de lava, de escorias, de piedra pómez se esparraman fundidos, mezclados con intensísimos rescoldos, y no pierden sino poco a poco su calor, alimentado también, ya por los urentes vapores de las pequeñas hendiduras, ya por el fuego interno, pasando de fundidas a candentes, de candentes a frías, por la acción del tiempo, y adquiriendo en estas transformaciones solidez tanta, que parecen trabajados metales.

En la erupción de 1779, la columna de fuego lanzada por el Vesubio, se elevaba a la altura de tres mil metros, y esparcía su calor a un círculo cuyo radio tendría cerca de diez mil metros.

En la erupción de 1793, se produjo verdadera lluvia de fuego. Las piedras encendidas se dibujaban en límpido cielo, caían abrasadas por los contornos del cono, y formaban arcos de un esplendor indescriptible, cuya magia aumenta-

ban las tranquilas aguas del celeste Mediterráneo con sus fantásticos reflejos.

Un doctor inglés comparaba la lava fundida de esta erupción, en color y entranparencia a la miel, y su luz, a la misma luz del sol.

Las corrientes salen líquidas, fundidas, del cráter, corren como un río de llamas; pero a medida que se apartan de su manantial, y se enfrían al contacto del aire, conviértense en esponjosas escorias.

Algunas de éstas toman el aspecto de retorcidas madejas; otras el aspecto de arremolinadas espumas.

En 1834 formaron en la cima, por virtud de violentísimas erupciones, apretada y compacta llanura, que sólo tenía una piramidita truncada en el centro.

Aquellas laderas tienen en tanto número y tanta variedad minerales, que bien puede llamarse el depósito más vario existente en la tierra. Así en el Vesubio, como en la montaña cercana, encuéntrase petrificadas las mismas conchas que hoy despiden las ondas del Tirreno; y los helechos que holláis y las hojas de encina que se extienden sobre vuestras cabezas.

Extraño monte en verdad, donde se mezclan las dos Biblias vivientes y naturales de nuestro planeta, escritas por geroglíficos de lava y de fósiles, la edad plutónica en que la tierra era una estrella, un sol, la edad neptuniana en que la tierra era un solitario océano.

Hasta el año 79 de nuestra era encontróse el Vesubio completamente apagado.

Ningún historiador griego ni romano, ninguno, recuerda erupciones en este monte frío. Era como puede ser hoy nuestra sierra Elvira, en la vega de Granada, montaña volcánica, pero montaña extinta.

Un día, sin embargo, el terror descendió de su cima por todos los valles y todas las llanuras vecinas. Aterróse la tierra de Campania como jamás se aterrara después por las violentísimas sacudidas del volcán. La esclavitud se conmovió, se trastornaba; la esclavitud que era la base de la sociedad antigua, y su conmovición, y su trastorno, desquiciaban al planeta.

Un hombre, Espartaco, nómada de raza, tracio de nacimiento, educado en las altas montañas, conducido a Roma entre los despojos de una cacería de hombres, comprado a las puertas de las tabernas por un epicúreo de Cápua, recluido en la ergástula, y consagrado a divertirse, ya muerto, ya matando, los ocios del populacho en la arena ensangrentada del Circo, sintió agolparse a su corazón, la sangre de las razas siervas, a su cabeza el espíritu humano, que es uno, igual fundamentalmente en todos los hombres, criado para la libertad, como depositario del divino pensamiento; y después de haberse transformado al contacto de todas aquellas revelaciones de su conciencia, que estallaba en el cráneo; acoró en las piedras humedecidas por sus lágrimas de rabia la espada del gladiador, y la blandió en los aires, llamó a los suyos para que las afilasen también y las esgrimiesen contra sus criminales amos; y saliendo al Vesubio como a una fortaleza, tuvo en terror a Roma, en fuga sus ejércitos, hasta que cayó acerbillado de heridas, en lucha gigantesca, sereno y satisfecho de sí mismo, profeta de la renovación social, mártir de la humanidad, premiado con la mayor de las recompensas, por haber sentido la visita misteriosa del espíritu de lo porvenir, premiado con la muerte por la redención del género humano, por el advenimiento de la libertad y de la justicia.

El destino venció a la libertad. El privilegio al derecho, el gonio de la reacción patricia al genio de la igualdad humana y diez mil cruces, donde agonizaban diez mil esclavos crucificados, adornaron el camino del aristócrata, del general, que iba a consagrar su victoria en el Capitolio.

Un siglo se habría pasado de esta gran catástrofe; las ciudades, que la habían visto con epicúrea indiferencia, se entregaban a su placentera vida digna de Sybaris; y de pronto, cuando sus sofistas más arguyen por las escuelas, y sus gladiadores en mayor número mueren sobre el pavimento del circo, y sus epicúreos se embriagan, y sus sensuales poetas cantan, y su teatro escandaliza, y sus mujeres se prostituyen, y sus patricios se ensoberbecen, y sus plebeyos se humillan, y sus esclavos se olvidan hasta de la nativa libertad, y sus sirios y gréculos enconan la universal pervisión; en medio de aquella orgía, donde sólo resuenan el choque de las copas, el beso del vicio, el resuello del hastío, la arcada del hartazgo, la risa de las mancebas, la música de los festines; el volcán apagado se reanima y se enciende;

Tristeza Otoñal

(Del libro inédito "Anfora Plena")

La tarde se estremece con un gesto friolento.
Mientras rima sus quejas en las ramas el viento,
La lluvia desmenuza trivialmente sus gotas
Repicando en los vidrios con discordantes notas.
Las sombras tiritando se van a los rincones
Y escuchan recogidas los melódicos sonos
De una vieja Sonata, en invisible piano.
¿Quién oprime las teclas con temblorosa mano
En este día triste de anochecer ambiguo?
¿Qué sueños rememora con ese son antiguo?
¿Qué amores sepultados reviven en sus sonos?
¿Quién se entrega al encanto de las muertas pasiones?
¿En qué marchitos ojos las lágrimas se cuajan
Mientras la pena el alma y el corazón desgajan?
¿Qué retrato ignorado besarán unos labios
Que en las caricias fueron en otro tiempo sabios?
¿Y qué seno marchito, tan cálido otra hora
El calor de otro pecho al sollozar añora?...
La tarde se desliza fugitiva en la noche.
La calle se despierta al paso de algún coché...
las hojas se desmayan sobre las losas frías
Añorantes sin duda de los pasados días
Primaverales, idos en la huida sin pauta
En que Pan adornado y al compás de la flauta
Danzaba en la campiña y el Sol besaba amante
Los cuerpos vigorosos, y savia estimulante
Derramaba jocunda en las flexibles venas.
Ahora reina el Otoño. Ahora sólo las penas
A los seres y cosas sus tristezas devuelve.
Ahora una oscura pátina a todos nos envuelve:
El Otoño ha llegado con su mensaje triste
Y con su manto helado el alma nos reviste.

FELIX M. PELAYO.

columnas gigantesas de hirvientes vapores acuosos surgen como de una caldera ciclópica y se elevan a incommensurables alturas, como si los mares pretendieran escalar los cielos entre huracanes y tempestades, relampagueando sus aguas cargadas por tonante electricidad y estremeciéndose bajo sus trombas la montaña sacudida por continuo terremoto; hasta que, enfriados aquellos vapores, forman gigantes cataratas, en cuyo seno van como amasadas, cenizas calientes, polvillo metálico, de impalpables escorias transformado en rescoldos, lavas acuosas, que desatándose en todas direcciones, y cayendo en lluvia tropical, llegan desde las laderas del Vesubio al recinto de las ciudades, y saltan sobre sus muros, y se esparcen por las calles, y penetran en las casas, y ahogan a los habitantes, y suben hasta sumergirlo todo en gigantesco diluvio de asqueroso barro.

Cuando nosotros llegamos a la cima del Vesubio, que ha vomitado de esa manera la muerte, y que desde el año 79 de nuestra era está como despierta, tronaba en ella ligera erupción, y se exhalaban por su atmósfera asfixiantes vapores.

De día la erupción se mostraba por espesa humareda que ascendía desde el violáceo cráter en blanca nube al azul del cielo; y por la noche se mostraba en llamarada continua, cuyos reflejos entonaban con colores fantásticos todos los objetos y tendían espejismos encantadores sobre la sensible superficie del mar. Nuestra permanencia allá arriba no puede alargarse, a causa de los vahidos que daban los vapores más ténues a las cabezas más fuertes. Pero, en medio de aquellos gases mensajeros de la muerte, cuyo olor a azufre hubiera dado a los devotos idea quizá de la proximidad del infierno, me sentí tentado por obsesiones del pensamiento, que me hostigan de continuo, a meditar sobre la relación de nuestro mezquino ser con todo el Universo y de nuestra breve vida con toda la eternidad.

Estas meditaciones brotan de cuanto os rodea, porque el hervidero del cráter os inspira el concepto de hallaros en los períodos primeros de la creación y en la edad ignea del planeta. ¡Por todo el universo el misterio, como por toda el alma la duda!

Todavía no sabemos si el tiempo, si el espacio, si la relación de los efectos con las causas existirán realmente en sí, o serán formas de nuestro entendimiento falsamente atribuidas a las cosas. Lo que nosotros llamamos leyes, y leyes ineludibles, pueden ser como las clasificaciones de los naturalistas, diáramente corregidas por la experiencia. Si a cada paso las entrañas de la tierra, los senos de los montes se abren y muestran seros, ya vivientes, ya fósiles, no contados en nuestras clasificaciones, ¡cuántos y cuán profundos secretos no guardará ese abismo del cielo, que es lo infinito, pesando con abrumadora pesadumbre sobre nuestras cabezas!

Entreguémonos resueltamente a la creación.

Desconfiar de la naturaleza es como desconfiar de nosotros mis-

Si los astros, en vez de soles y mundos, son fugaces ilusiones nuestras, nosotros no somos otra cosa que sombras dibujándose en abismo sin fondo. Si el universo es un po-

ma fantástico, nuestro pensamiento es un delirio, nuestra voluntad la energía de la demencia.

Las representaciones de la realidad podrán no equivaler a la realidad misma, los objetos podrán entrar más o menos matizados del resplandor de nuestras ideas en los espacios de la conciencia; pero la realidad es, la realidad existe. Yo no puedo recoger la esencia de los seres y de las cosas en el universo.

Como la piel, y las fibras, y los huesos, ocultan a la vista la médula de mi cuerpo, las formas y los organismos ocultan la esencia de la materia.

Creíamos que el aire era un elemento, y en sus giros impalpables hemos encontrado nuevos elementos como el oxígeno, como el ázoe, como el carbono.

El calor, el magnetismo, la electricidad, los agentes del universo coinciden con los sentimientos, con las ideas, con los agentes del alma, para formar nuestra vida. La voluntad es grande energía, como la atracción. La idea es intensa luz, como el sol. Lo infinito está en nosotros por la razón, y fuera de nosotros por la eternidad.

Si intentáramos imaginar el alma de una planta, no podremos atribuirle ideas ni sentimientos; no habrá en ella más que sensaciones; y aún éstas, vagas, difusas, atmosféricas. La planta se sentirá bien bajo un cielo benigno, bajo la blanda mano de un viento suave; se sentirá mal bajo la borrasca, azotada por la nieve invernal. La voluptuosidad femenina es, acaso, de todas las humanas impresiones, la que más próxima nos parece a la existencia botánica.

J. ORTEGA Y GASSET.

Como no puedo llegar a recoger en la retorta química la esencia de las cosas, no puedo llegar a recoger en el pensamiento filosófico la omnipotencia creadora que ha encendido sobre mi cabeza el astro de los cielos, y ha tallado bajo mis pies el cristal de los minerales, y que dando a todo existencia, no muere nunca; a todo forma, no se gasta ni se pierde; a todo transformaciones y metamorfosis, no cambia; a todo fuerza no se cansa y permanece eterna en su inaccesible abismo, despidiendo como océano vapores que alimentan las nubes, las cuales a su vez refrescan y alimentan la tierra; esa vida misteriosa, que anima a todos los seres, y que se dilata por las moléculas del universo, como la sangre por los tejidos de nuestro cuerpo.

Todo aspira al crecimiento como yo aspiro a lo infinito.

Todo ama, la aguja imantada al Norte, el satélite a la tierra, la tierra al sol, el sol a otro sol del cual dependa esta nebulosa, infinita, incommensurable faja de astros en la cual nuestro planeta con todos sus habitantes, no es más que imperceptible átomo.

El universo es lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, como nuestra alma es la sensación y la idea, como nuestra vida es la alegría y el dolor, la comedia y la tragedia, la afinidad y el odio, el combate y la paz, el movimiento y el reposo, el amor y la muerte. ¡Qué inquieto es nuestro ser! Cuando yo me encontraba en la cima

del Vesubio, huía mi pensamiento a otras esferas, a otras regiones, a otros objetos, a otro mundo; y después de haber descendido del Vesubio, cuántas veces mis ojos se tornaban a sus encendidas crestas, y mi idea vagaba entre aquellos arientes vapores, como leve mariposa entre las llamas.

Ahora me parece ver las ondas que besan sus raíces; los pueblos y los caseríos que duermen tranquilos en sus faldas; las viñas que ostentan entre las escorias sus pámpanos; las oleadas de lava, que por todas partes se encrespan; las hendiduras de donde brotan vapores y gases; las piedras encendidas que renuevan en sus combinaciones químicas los milagros de la creación; el ancho cráter, del cual se levanta la erupción que truena, ilumina, abrasa, contrastando con la nieve de los cercanos Apeninos, y tificando de fantásticos matices los verdes campos y el celeste mar. ¡Qué ruido, qué animación, qué movimiento! ¡Cómo la vida hierve por todas partes! ¡Cómo el ser se revela en organismos progresivos!

Aquella ociosidad del pensamiento divino, aquella contemplación

tes plásticas, por ser también la tierra de los maravillosos contrastes.

Y si luego cerráis los ojos a la naturaleza, y los abris al espíritu creéis ver y oír a un tiempo, en todas partes, los dioses y los penitentes, los arcos y los monasterios, las bacantes y las religiosas; la canción pagana ebria de amor y la letanía católica llena de misticismo; el cántico clásico del pastor de Virgilio, del marinero de Teócrito, que trabajan por la exaltación de la vida, y la plegaria romántica del cartujo que cava la sepultura como si sólo viviera para la muerte; los dos mundos, que son como las dos fases del espíritu, como los dos polos de la historia.

De todos estos ensueños, de todas estas meditaciones nos sacaron nuestros guías, mostrándonos la vertiente de cenizas por donde habíamos de bajar. A la simple vista parecía insondable aquel abismo. Pero no había más remedio que bajar y bajamos.

Tendímonos al borde, y en vertiginoso descenso llegamos abajo sobre blando y mullidísimo lecho. Después de todo cuanto habíamos visto, de todo cuanto habíamos pensado, no pudimos menos que saludar a la naturaleza en su conjunto, con la cual no debemos tener solamente la relación práctica, sensible, útil, que tienen los animales, sino aquella relación espiritual, en cuya virtud nuestro pensamiento la eleva, y la transforma, y la enrojecen en su lumbre; y aquella relación estética, en cuya virtud percibimos la armonía de sus contrastes, la escala musical de sus organismos, la hermosura de sus formas, la rica variedad de sus seres; y aquella relación teológica, en cuya virtud nos elevamos de la criatura al creador, de la multiplicidad de los seres a la unidad absoluta y eterna, hasta que reunimos todas estas varias relaciones, todos estos diversos aspectos, en el cielo de los cielos, en el cielo de la ciencia.

¿Se puede emplear el caucho en la pavimentación de las calles?

El pavimento de las calles por medio de ladrillos de caucho es, no sólo posible sino ya realizada ya. Hace de esto cincuenta y cinco años. Fue, en efecto, en 1870 cuando se empleó en Londres por primera vez para el pavimento de la estación de San Pancracio. Este ensayo dió excelentes resultados, tanto desde el punto de vista de la duración como por la facilidad del tránsito rodado y la reducción del ruido ocasionado por los vehículos.

La ciudad de Boston (Estados Unidos) experimenta actualmente este género de pavimento. La parte de las calles por donde es más intenso el tráfico está solada con ladrillos de caucho vulcanizado.

Aunque resulta este piso tres veces más caro que el de madera, es ventajoso, pues tiene una duración de veinte o más años.

Es de notar que el pavimento de caucho se genera; cada día es mayor el ruido de la calle; en algunas grandes ciudades constituye un verdadero inferno.

AVES CIRUJANAS

¿Qué hacen los animales heridos?

La perdigonada pasó muy baja; sólo dos perdigones alcanzaron a la chocha, rompiéndole una pata. El animal, herido, se escondió en un matorral; permaneció quieto, inmóvil, hasta que cazadores y perros hubieron desaparecido. Entonces, volando muy bajo, se acercó a un arroyuelo, cogió con su pico un poco de tierra mojada, y con ella cubrió la pata ensangrentada. Luego fué aplicando a la masa húmeda hierbecitas, y sobre éstas, otras capas de arcilla, cada vez más espesas. Después de un cuarto de hora de cura, permaneció inmóvil, fro-tando solamente con su pico el emplasto para pulirlo. Al cabo de una hora, la arcilla estaba seca y el ave emprendió el vuelo.

Esta autocirugía, relatada por un testigo presencial, el célebre cazador W. J. Long, prueba que la chocha no lo es tanto como su nombre lo indica.

La grulla, que se embadurna el cuerpo con barro para que no la vean los enemigos; el ánade, que esconde los huevos del nido cada vez que se aleja de él, y otras curiosidades de otras aves, obedecen, sin duda, al instinto fundamental; pero la chocha, al curarse las heridas, va guiada por otro instinto que le hace adaptarse a las circunstancias imprevistas.

En general, los animales heridos no se curan. El hecho banal del animal que cogido por un cepo se amputa el miembro apresado, hace creer que obra así bajo el imperio del dolor, como en ciertas enfermedades, meningo-encefalitis y mielita inducen a los perros a la automutilación o a la antofagia.

Según los relatos de caza y de numerosos hechos observados, el animal salvaje sabe practicarse curas mejor que el doméstico.

Long, el cazador antes mencionado, cita el caso de una rata al-mizclada cogida en un cepo que se amputó la pata. Pocos días después fué matada y se vió que el animal se había curado la herida, aun sin cicatrizar, cubriéndola con una goma vegetal parecida a la resina. Otro cazador observó el mismo hecho en un castor, y cita que un oso herido en una pata se la curó taponando la herida con arcilla y recubriendo la piel desgarrada con una espesa capa de tierra. Confesemos que aparte de la chocha estos casos no han sido bien observados y es difícil decir cómo se hicieron los animales esas curas rudimentarias; se ha podido sin embargo recoger, de varios cazadores, cierta cantidad de testimonios que, por asombrosa coincidencia, todos se refieren a la chocha. Uno de ellos se refiere a una de estas aves, encerrada en una gran pajarera, que en su empeño por escapar se hirió en diferentes partes del cuerpo. El animalito no murió, a pesar del estado lastimoso en que se hallaba, y un día su dueño notó que llevaba en el vientre una verdadera cataplasma, hecha de plumón y pedacitos de hojas, que cubría una de las heridas más grandes que se había hecho.

Son numerosos los casos de haber encontrado chochas que tenían en las patas señales inequívocas de fracturas perfectamente curadas, y muchas de ellas conservaban aún la envoltura de arcilla endurecida, con que se habría curado.

Otro observador, M. Quentín, cita el caso de una fractura de pata de chocha "curada a la perfección". Fibras vegetales vendaban la pata rota hasta darle el grosor de un lápiz, y el todo estaba sujeto por una masa aglutinante de arcilla y otra sustancia parecida a la goma.

Cappe de Baillón, que ha escrito mucho sobre este animal, cuenta una observación personal que tiene la ventaja de aportar piezas de convicción; la pata misma de la chocha.

El ave fué muerta dos días después de haber sido herida y tenía en la pata un emplasto hecho con tierra y plumón de ella misma. El tarso metatarso estaba roto a cuatro milímetros de su extremidad inferior, y la parte superior del hueso había descendido por causa del peso del cuerpo y roto la epidermis saliendo al exterior. La fractura estaba rodeada de un cuajarón de sangre. El emplasto formado por una mezcla de tierra y plumas no daba la vuelta al miembro herido; la parte externa de la pata, no estaba, en efecto, protegida, y sobre esto podemos hacer observar, que esta región es, para la chocha, la más difícil de alcanzar con el pico.

El sabio naturalista de varias interpretaciones a este caso de autocirugía, que a nosotros nos parece de naturaleza que confirma las maravillosas aptitudes de la chocha.

Quizás, estos gestos de las aves que no quieren morir, decidan a algunos cazadores a guardar la escopeta. ¿No es emocionante el caso de aquella chocha, cobrada por el príncipe de Mónaco, que había sido herida poco antes y que al recogerla, todavía caliente su cuerpo alado, tenía bajo sus plumas tres emplastos de arcilla y plumón recubriendo otras tantas heridas?

Remedio eficaz

El 22 de junio de 1351, Santiago Tondeur, inspector de la municipalidad de París, destruyó como sospechosas las carnes que vendía un tal Bardel.

A consecuencia de esto, se formuló un proceso verbal en el que tomó parte el síndico de la corporación de carniceros. Este, después de una prolífica investigación, y una vez convencido de que Bardel acostumi-

braba comerciar por medios ilícitos, solicitó en nombre de la corporación citada que se degradase al tal Bardel. El tribunal juzgó a éste como a un envenenador, condenándolo a ser llevado a la picota y morir

a manos del verdugo.

El día de la ejecución, los ciento veinte carniceros de la ciudad de París presenciaron, con la cabeza descubierta, la ejecución de su colega.

DISTRACCIÓN

Cuando el señor Choublemont salió del Ministerio, una hora más tarde que de costumbre, por haberle retenido su jefe, miró inquieto la hora en el reloj de torre de la plaza.

¡Las seis y media! ¡Y Margot, su amigueta Margot, que le estaría esperando desde las cinco y media! ¿Le esperaría todavía? Lo mejor sería telefonarle.

Apresuradamente entró en el primer estanco y preguntó:

—¿Puedo hacer uso del teléfono, señora?

¡Con tal que Margot esté todavía en casa! Mientras contesta la Central a su llamada, el señor Choublemont ha tenido tiempo para recordar todos los incidentes de sus relaciones con la linda corista de Folies Bergères, donde actúa todas las noches, luciendo el encanto de su figura de mujer de Rubens. Evoca la impresión que le produjo su presencia en escena, su corte asidua, la resistencia de Margot, su insistencia a prueba de desdenes y al fin su victoria y su derecho a llamarla su amigueta. Al fin suena el timbre, y el señor Choublemont pide con voz temblorosa:

—El 27-82 Chatelet.

Tiembla el auricular en sus manos. Es la emoción que se apodera siempre de él cuando va a ver a su Margot, o simplemente oír su voz deliciosa y acariciadora.

¿Estará Margot todavía esperándole?

Se oye como un murmullo. Choublemont cree oír como un leve suspiro. ¡Sí, es Margot! ¡Margot que suspira de impaciencia! Y, más impaciente que ella, empieza a hablar.

—Soy yo, Choublemont. ¡Estoy desesperado, Margot! ¡El jefe me ha entretenido una hora! ¡Calcula lo furioso que yo estaría sin poder volar a tu lado, amor mío! ¿No me guardas rencor por la tardanza, verdad?

Magnánima o indiferente, Margot lanza un "no" ahogado que conmueve a Choublemont.

—Estás contrariada, querida; lo noto en tu voz. ¿Qué "no" acabas de contestar! ¿Crees que no estoy yo tan apenado como tú? Pero mañana nos desquitaremos. Iremos a cenar por ahí. ¿Te gusta el plan?

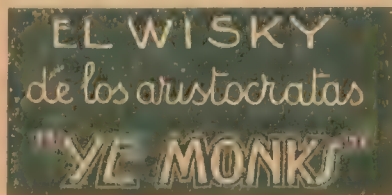
—Quien calla, otorga; de modo que de acuerdo. Iré a buscarte y cenaremos opíparamente. Yo quisiera que estas comidas las celebráramos con más frecuencia; pero, hijita, con mi mujer es muy difícil. No es que desconfíe, porque mi pobre Lucía es demasiado obtusa. No te rías, no. Sin llegar a ser completamente idiota, es de las que no inventarán la pólvora. Así es que le contaré cualquier embuste, se lo creerá la boba y cenaremos juntos. Con que hasta mañana riquita... Si mi mujer nos oyese...; pero no hay peligro...

—¿Tú crees, Anatolio, que no hay peligro?

El señor Choublemont dejó caer el aparato. ¡Aquella voz no era la de Margot! ¡Era la de su mujer! ¿Pero cómo era posible? ¿Estaba soñando? No; estaba bien despierto. ¿Qué había ocurrido? El había pedido el 27-82 Chatelet, el teléfono de Margot. ¡Cielos! ¡El 27-82 Chatelet no era el teléfono de Margot, sino el suyo.

En su precipitación, el señor Choublemont había pedido el número del teléfono de su casa: el 27-82 Chatelet. ¡Y por primera vez desde que empezó a funcionar el teléfono la Central no le habían puesto el número cambiado!

M. L. ARSANDAUX.

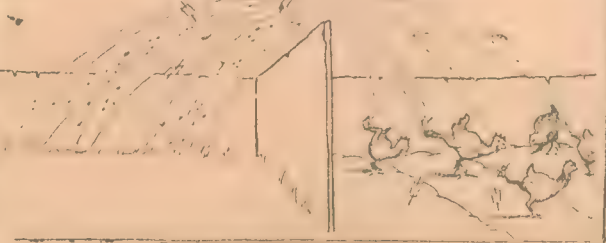
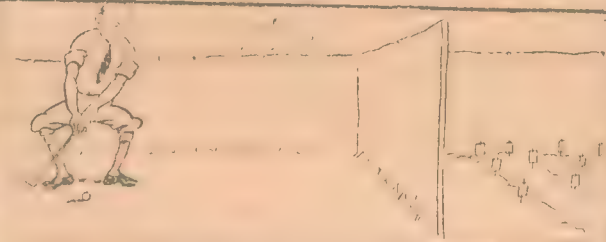




La página humorística



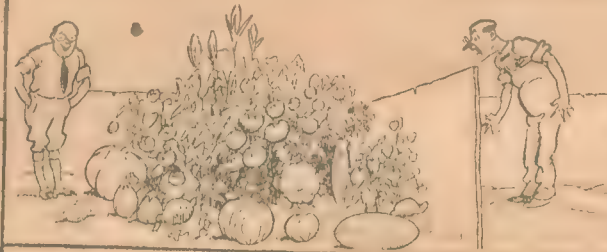
(El vendedor norteamericano).—Además, éstos es-
critorios tienen unos cajones secretos, en los que pue-
den guardarse botellas de este tamaño...



—¡Hola! ¿Estoy en el hotel de La Paz, de Chivilcoy?
—No, señor. En el Plaza Hotel, de Bahía Blanca.
—Gracias. Acabo de despertarme y deseaba saber
dónde me encontraba.



El turista.—¿Y usted no se aburre de vivir solo aquí?
El montañés.—No, señor. Sé muy lindas historietas y
me divierto mucho cuando me las cuento.



Una cosecha inesperada.



El amor en el jardín.



—¿No ha visto aquéllo que hay debajo de la ventana?
—Sí, señora. Pero creía que era de la radiotelefonía.



—¿Cómo quiere que le corte el pelo, señor?
—Sin tararear "Valencia".



—¿No le parece que pide usted mucho sueldo, cono-
ciendo tan poco el trabajo que tiene que hacer?
—Por eso, precisamente, señora. Como no sé hacerlo
bien, me cuesta mucho más trabajo.



El mono. —¿Desacenderemos del hombre?

—Todo esto, tío Zachariades, son tonterías. Me han enviado a Karasuli para acabar con Komleff, y acabaré con Komleff, y acabaré con él. Es todo cuanto tengo que decirte. Tal vez seas su cómplice, no sé... Me han dado algunos vagos informes y si llegaran a precisarse tú tendrías como recompensa la cárcel o la horca. Reflexiona, tía Zachariades... ¡La horca! Mientras que si tú me ayudas y puedo apresar o matar a Komleff, no sólo no te molestarán, por lo que hayas podido hacer antes, sino que recibirás en premio mil dracmas. ¡Mill!... No eres un imbécil: elige y pronto. No me gusta quedarme aquí aunque mis hombres vigilen los alrededores. Sólo volveré para llevarte a la cárcel o entregarte las mil dracmas.

Después de estas palabras, el teniente Vassiliakis miró bien de frente a su interlocutor, y luego, afectando la más perfecta indiferencia, fingió interesarse en Zante y de Samos y en las odres de aceite que llenaban el sótano.

Basilio Zachariades, el tabernero a quien se dirigían aquellas palabras tan poco tranquilizadoras, se rascó la cabeza, levantando un poco su gorro de seda. Estaba verdaderamente indeciso: por un lado, la prisión o la horca, por el otro, mil dracmas.

El hombre era ambicioso y no habría vacilado en la elección a no ser por el temor a las terribles represalias de Komleff. Este, jefe de una numerosa banda de comitadjis, aterrorizaba la región en veinte leguas a la redonda. Quemaba las casas de los aldeanos, sacrificaba vacas y ovejas, hacía slatar las vías férreas y atacaba a cualquiera que se encontrase en el camino. Su crueldad era harto conocida y varios aldeanos, horriblemente mutilados, podían dar fe de ella.

La prudencia aconsejaba reflexionar antes de atraerse el odio de un hombre semejante.

Porque Komleff sería implacable si llegase a descubrir algo. Desde hacía varios meses estaba en relaciones comerciales con el tabernero, es decir, le vendía a precio conveniente numerosos objetos provenientes de sus robos.

Si adivinaba que su socio le traicionaba era capaz de cortarlo en pedacitos.

—Ya... le he... le he dicho, señor teniente, balbuceó Zachariades, que no sé nada, absolutamente nada. Komleff no ha venido nunca por aquí, que yo sepa, al menos, porque no le conozco. Yo desearía ayudarle, señor teniente, pero...

—¡Basta! Dos mil dracmas y me entregas a Komleff. Si no, témelo todo. ¿Me has comprendido?—preguntó el teniente que adivinaba el miedo del tabernero. —Tú nada arriesgas: conmigo está un destacamento de gendarmes cretenses que odian a los búlgaros. Estoy seguro de tu fidelidad. Los prepararé en una emboscada y se apoderarán de Komleff como de un simple corderillo. Llevaremos el bandido a Salónica y allí lo ahorcarán a las cuarenta y ocho horas. Ya te he dicho que no arriesgas nada. ¿Preferes que te ahorquen?... Si no eres tú, otro me entregará a Komleff; otro, que no será tan tonto como Basilio Zachariades.

El teniente Vassiliakis era un profundo psicólogo y sus frases hicieron gran impresión. El tabernero comprendió que, efectivamente, no era el único que traficaba con

La venganza del comitadjí

Por Jacques Mahan

Komleff y que otros serían menos pusilánimes que él, ganándose las dos mil dracmas, mientras él se pudriría en una prisión.

Pero como era muy astuto, repuso:

—¡Dos mil dracmas!... Es poco. El gobierno ofrecía diez mil el año pasado a quien entregase a Dadeff, vivo o muerto. Piense que, si yerro el golpe, Komleff no me perdonará. Soy padre de familia... No lo haré por menos de cinco mil dracmas... Por ese precio le entrego a

bre todo, no hagan daño a mi hijo.

—¿Por qué tu hijo acompaña a Komleff?

—Así lo hace siempre, para que el bandido le muestre el lugar en donde guarda las mercaderías que me vende. Si no fuera con él esta noche, Komleff desconfiaría.

—Está bien... Pero si nos traicionas... ¡la horca!... Y en veinticuatro horas: ya estás prevenido.

—¡Oh, señor teniente!... ¿Qué cree usted?... Soy un hombre hon-

EL MATE

Al amigo y poeta José E. Peire

(Para FRAY MOCHO).

El alegre amanecer,
y el airecillo serrano
que de fragancia a tomillo
parece haberse empapado,
hacen más dulce el momento
en que me prendo al "amargo",
las redondeces del "mate"
—mi amigo de muchos años—
con su tibieza acarician
todo el hueco de mi mano.
Cuando renuevo la yerba,
con el polvillo y los palos
se forman dibujos indios
sobre la tierra del patio.
Y en tanto que una calandria
del algarrobo, en un gajo,
entona dulces canciones
al amanecer serrano;
pienso que la vida es buena
y es agradable, en el campo,
el olorcito a tomillo
y el gusto del "mate amargo".

JUAN DE DIOS MENA.

Komleff como quien entrega una encomienda postal.

—Si estás tan seguro de entregármelo,—objetó el teniente—no arriesgas el que se venga de tí.

—Pero, puede escaparse.

—Cinco mil dracmas es demasiado. Con las dos mil que te ofrezco, te perdono todos los robos que hayas hecho en unión de Komleff. Dos mil dracmas; ni una más... Y como al hablar te has vendido, si no aceptas, te llevo preso inmediatamente.

—¡Ay!—lloriqueó Zachariades.—Esto me pasa por ser demasiado confiado... En fin, voy a decirselo todo. Komleff viene aquí esta noche, pero no quiero que lo detengan en mi casa porque eso me causaría demasiado daño. Voy a hablar a mi hijo, quien conducirá al bandido hasta el pantano de Karima... Allí podrá usted apoderarse de él, pero tengan cuidado porque está arinado hasta los dientes... Y so-

rado, padre de familia... ¿Y las dos mil dracmas?

—Aquí tienes quinientas... Se te entregará el resto cuando Komleff se halle en la prisión de Karasuli.

No había que discutir. Zachariades tomó los cinco billetes de cien dracmas, mirándolos a trasluz, y habiéndose convencido de su autenticidad se los guardó en el bolsillo.

—Así que esta noche a las diez, señor teniente, junto al pantano de Karima.

—Comprendido.

—Y no hagan daño a mi Christoglou, señor teniente. Es mi hijo único varón, un hermoso y bravo muchacho...

—No temas, viejo canalla,—agregó el militar alejándose.

Desde la caída de la tarde, Vassiliakis y sus hombres disfrazados de aldeanos, para no atraer la atención pero bien armados, fueron a ocultarse a orillas del camino que

une a Karasuli con los pantanos de Karima.

El sitio parecía hecho a propósito para una emboscada: espesos zarzales dominaban la senda que estaba cavada en una trinchera de una profundidad de dos metros. Desde su escondite, el teniente y los suyos debían ver llegar a lo lejos a Komleff y al hijo de Zachariades. Tal como estaban colocados, los gendarmes no tenían más que saltar el camino y arrojarle sobre el terrible comitadjí. El ataque debía concluir rápidamente.

A eso de las nueve y media de la noche Vassiliakis vio aparecer una sombra. Era una muchacha que corría hasta perder el aliento. Llegaba al sitio en donde estaban apostados los gendarmes, se metió por entre los zarzales gritando:

—¿Dónde está el jefe?... Tengo que hablarle en seguida.

Cuando la llevaron a presencia del teniente, dijo con voz temblorosa:

—Señor militar, aquí traigo una carta de Christoglou... Léala pronto.

Vassiliakis tomó el pedazo de papel que le alargaba la muchacha en quien reconoció a la sirvienta de la taberna de Zachariades.

A la claridad de una linterna leyó:

"Señor teniente: Komleff está en la taberna pero parece muy inquieto: tal vez sospeche algo. He procurado tranquilizarle, pero me ha obligado a cambiar de traje con él, para disfrazarse y que no lo reconozcan.

"Komleff está muy bien armado: no traten de apresarlos sino de tirar sobre él cuando pase. Lleva traje azul y en la cabeza mi gorra de lana negra.

"Su respetuoso servidor,

Christoglou Zachariades".

Vassiliakis sonrió, pensando:

—Este Christoglou no tiene nada de tonto... ¿Y la muchacha?

—Mariska había desaparecido.

El teniente no tuvo tiempo para pensar en ella, porque a los pocos minutos uno de sus hombres le indicó la llegada de Komleff y su compañero.

Vassiliakis dió rápidamente sus órdenes y cuando los dos hombres estuvieron cerca estalló una descarga cerrada.

Los gendarmes habían apuntado bien y el hombre que llevaba el traje y la gorra de Christoglou Zachariades yacía en el suelo acribilado a balazos.

Pero cuando se acercaron para comprobar la identidad del bandido, vieron en lugar de éste al hijo del tabernero... En cuanto a Komleff, no había ni rastro de él.

Al día siguiente, al mismo tiempo que llegaba el cuerpo de Christoglou a la taberna, recibía Zachariades una carta concebida en los siguientes términos:

"No me gustan los traidores, Zachariades, y ahora sabrás lo que cuesta atacar a Komleff. He oído toda tu conversación con Vassiliakis y he sido yo quien ha escrito la carta al teniente y he obligado a Mariska a llevársela bajo pena de muerte. Ya no me debes nada; estoy vengado. — C. Komleff."

Los aficionados al estudio de la Geología recordarán la espantosa catástrofe del Krakatao (en el océano Indico), que tan profundamente conmovió al mundo hace veinticinco años. Aquellas terribles erupciones volcánicas duraron desde el 20 mayo al 26 de agosto; las erupciones no cesaron en todo ese tiempo, y se sucedían con breves intervalos, terminando todo con dos terribles explosiones, cuando ya la mitad de la cumbre del Krakatao había volado por el espacio. Como consecuencia, la isla de Krakatao y su vecina la de Verlaten fueron destruidas por la lava.

Esta erupción volcánica, la más grande, quizá, que registra la Historia, sembró el terror por todo el estrecho de Sonda y conmovió al mundo entero. Se podrá hacer una ligera idea de la magnitud recordando que una masa de roca de más de cuatro kilómetros cuadrados fué arrojada por los aires en forma de pedruscos y polvo por una serie de explosiones cuyo ruido se oyó a 240 kilómetros. El polvo fué lanzado verticalmente a una altura de 27 kilómetros, y al llegar a las zonas superiores fué llevado a todo el ámbito del orbe.

Las explosiones fueron seguidas de violentas perturbaciones atmosféricas que dieron la vuelta al mundo a una velocidad de 1.120 kilómetros por hora. La parte Norte de la isla desapareció por completo.

Nada se intentó, después de la catástrofe, en estas islas, que permanecieron cubiertas de cenizas; mas los geólogos comprendieron que la obra que la Naturaleza había destruido, a ella misma correspondía el formarla, y así ha sucedido. El viento y las corrientes probablemente traerían a Krakatao semillas desde la vecina isla de Sebesy, o de Java y de Sumatra, y hoy los bosques, la maleza y los prados cubren el suelo de Krakatao y de Verlaten.

La vida animal siguió a la vegetal y, naturalmente, las aves fueron las primeras en llegar a esas islas. En 1908, ningún mamífero había llegado a ellas, sólo se encontró una pitón y un lagarto. En 1921, la rata se había extendido y ya pudieron encontrarse once especies de insectos ópteros, cuatro de miriápodos y sesenta y tres de arácnidos.

Son curiosísimas todas las hipótesis formuladas acerca de cómo podrían estas especies llegar a esas islas teniendo para ello que cruzar varias millas de distancia marítima. La hipótesis más razonada es aquella que afirma que pudieran llegar sobre trozos de cuerdas y otros restos de algún naufragio, impelidos por el viento.

Estos hechos cuidadosamente estudiados por el doctor Doumerman, del *Butterung Museum*, son interesantes informes sobre lo que pudiéramos llamar repoblación de

islas muertas ya, que proporcionan abundante materia para los investigadores de la distribución geográfica de los animales y para el estudio del origen de las plantas y animales en las islas.

En cuanto a las islas que nos ocupan, les ha favorecido mucho en su pronta resurrección su situación, entre dos enormes masas de tierra como son Java y Sumatra, y la di-

36.000 personas. Recientemente, una erupción submarina arrojó hacia las crestas de Waler Roy y Cape Town, millares de peces cuyos cuerpos muertos ocupaban una extensión de dos millas, con una profundidad de dos pies.

Estos desastres han sido muy frecuentes en todas las épocas de la historia. En el Museo Británico de Historia Natural, pueden verse

los pozos de alquitrán de naturaleza muy viscosa. Los bordes de tales pozos están endurecidos como el asfalto, y las aves que en busca de agua cruzan por aquellas regiones durante la estación calurosa, quedan prisioneras en ellas.

Los castores, ingenieros. Curiosas construcciones.

Durante una reciente visita de inspección en el bosque de Cochetopa (Colorado), Mr. Freed Agee, guardián principal de Aguas y Bosques de los Estados Unidos, descubrió cerca del valle de San Luis, una serie de lagos, de más o menos 500 hectáreas, sobre una profundidad de 30 centímetros; una cantidad de agua suficiente para irrigar una extensión de 1.200 hectáreas.

Mr. Agee, halló además, en el valle de Silver Creek, otros 40 diques, construidos igualmente por los castores y extendiéndose sobre un largo total de unos 8 kilómetros.

Si esos diques hubieran sido construidos por la mano del hombre, en cemento armado, y que se hubiera calculado el precio del cemento en 6 dólares el metro cúbico, precio muy modesto, el monto total de esa obra hubiérase elevado a 10.000 dólares únicamente para el valle de Silver Creek.

Calculando el trabajo efectuado en el bosque íntegro de Cochetopa, el precio global de los diques construidos por los castores se puede valorar en cerca de 200.000 dólares.

Los norteamericanos comprendieron en seguida todo el provecho que podían sacar de la ingeniosidad de esos pequeños trabajadores peludos. En las partes donde las colonias de castores eran mas numerosas, los capturaban individualmente por medio de redes de alambre y los transportaron a otras secciones del bosque.

En esas secciones, los roedores anfibios no tardaron en poner en práctica sus maravillosos instintos. Se hizo lo posible para guardar una reserva de agua hasta el pleno verano, época en la cual las tierras sienten mayor necesidad de humedad. En el momento dado, se practica una brecha en los diques y el agua acumulada corre en los canales de irrigación preparados anteriormente.

El mundo de la ciencia

La resurrección de Krakatao

Una reina que salvó a su tribu

Mrs. Ana Dundas, esposa de un oficial británico, de vuelta de un viaje al Este de Africa, cuenta en su libro "Beneath African Glaciers", cómo la intervención de una heroína salvó una tribu africana. Según Mistress Dundas, no son raras las mujeres nativas que han desempeñado un papel importante en los asuntos públicos.

Una de ellas es la madre de un jefe Sangali, que gobierna en Machamé. En otro tiempo, Nedsora, su marido, había prestado protección a uno de sus vecinos, el jefe Sina, pero cuando murió Nedsora, el ingrato Sina declaró la guerra al hijo y heredero de su antiguo protector. Este era un niño, por lo que sus Estados estaban amenazados de un grave riesgo. Nuya, la viuda, se puso entonces en camino, sin más compañía que la de un anciano de la tribu y una niña que llevaba un cordero, símbolo de paz. Intrépidamente, se aproximó al ejército enemigo, y habiendo llegado a la presencia de Sina, le recordó todo lo que debía a su difunto protector y le invitó a deponer las armas.

Sina, que nunca había vacilado en sus sentimientos guerreros, se arrepintió y consintió en la paz.

Nuya, es hoy una gran abuela. Tiene la veneración de todo su pueblo y es—dice Mrs. Dundas—la personificación de lo más noble que existe en la mujer africana.

rección de las corrientes que las dividen; por esta situación fué fácil que las semillas se propagasen y que en un plazo relativamente corto, las tierras que eran imagen de la desolación, presentasen la lozanía de la vegetación.

En las erupciones volcánicas como las que destruyeron Krakatao, las pérdidas de vida no se limitaron sólo a los alrededores, sino que hubo olas de lava que alcanzaron las crestas de Sumatra y Java, ocasionando la destrucción de varios pueblos y la muerte de cerca de

ejemplares de lastra con huellas de peces fósiles barridos por una erupción semejante. En varios lugares volcánicos se han encontrado también señales de especies extintas que encontrarán esa misma muerte volcánica.

Quizá el caso más sorprendente sea el que nos proporcionan las lagunas de alquitrán del período cuaternario del sudoeste de California. Allí, en gran número de áreas, la oxidación y solidificación del petróleo ha surgido de debajo de los esquistes occitones y ha formado

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. . . 25 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico. " " "	9.—	3.—
Tapas sueltas " " grande. " " "	9.—	2.—
" " " chico. " " "	9.—	1.50

Después de muchos meses de dura tarea, y de muchas investigaciones y averiguaciones, las autoridades británicas capturaron, juzgaron y ahorcaron a tres negros, indígenas africanos, autores del más extraordinario y asombroso complot de asesinatos en masa.

Hasta los personeros ingleses llegó con tenacidad la noticia de que un coloso de una tribu africana desde hacía varios meses venía ahogando diariamente, a varios de sus hermanos de tribu, en medio de los ríos y corrientes. No estaba claro el motivo de estos asesinatos tan originales, ni tampoco si eran ocasionados por causa extraña al propio verdugo.

Poi fin, una última información, trajo el relato de los hechos con nombre del asesino y lugar preciso del crimen. Se supo que en Colina Rota, Tomo Njendara era el nativo que iba de aldea en aldea, como otro San Juan Bautista, asumiendo para sí el papel del apóstol. Con unas muy originales insignias religiosas y unas cuantas palabras convincentes aprendidas de los misioneros, bien pronto se conquistaba adeptos entre los salvajes. Y una vez convertidos, los llevaba a la pila bautismal—que en este caso era el río más cercano—donde cumplía la ceremonia de echarles el agua lustral. Pero Tomo, en el momento del sacramento, sentía que una mano desconocida lo impulsaba a mantener bajo el agua al converso, al cual no soltaba, sino cuando ya era cadáver, es decir, cuando ya se había ahogado.

Aclarando las cosas se averiguó que Tomo había sido sirviente de una de las misiones que recorren las selvas del Africa. El sacramento del bautismo lo impresionó tan hondamente, que se sintió de hecho un segundo San Juan y quiso por su parte, ejercer personalmente el apostolado según sus ideas.

Rondando por los alrededores de las pequeñas iglesias oyó la historia del Salvador y de sus discípulos, y supo que el bautismo lava todas las faltas. Pero también se enteró, que después del sacramento el converso puede cometer nuevas faltas con las que nada tiene que ver el agua bautismal. Entonces Tomo, concibió lo que él llamó posteriormente su gran idea. El único camino seguro para que un hombre bautizado quedara limpio y no volviera a incurrir en ninguna falta más, era el de acabar con su vida, tal como sucedió con los primeros mártires cristianos que murieron por aquí y por allá y que se fueron completamente limpios a la mansión celestial. Muertos, no existía el peligro de que regresaran a las realidades de la vida, y mancharan su existencia con pecados que ya no podían borrarse con el sacramento aludido.

Y esto fué lo que anduvo haciendo Tomo, porque en su criterio era un acto de piedad privarlos de la vida cuando los sumergía en cualquier río Jordán. Tomo fué primero a galeras y después a la horca, con el jefe de su tribu y el doctor-hechicero que lo excitaba a que continuara sus correrías por la selva.

Tomo había nacido en Nyassaland. Cuando se presentó a la misión que predicaba cristianismo, era seguramente un pobre muchacho inocente e ignorante como todo salvaje. No sabía nada ni poseía nada; pero era fuerte, tenía buena salud y disponía de un par de brazos poderosos como arietes. Por

primera vez oyó de labios de los hombres blancos que existía el Cielo y que podía entrar a él aunque fuera un salvaje y negro.

Se le permitió contemplar fotografías de un maravilloso palacio que representaba un paraíso ideal, agregándosele que eso no era sino

dad. Los misioneros no tenían fotografías del Cielo para mostrarle, pero eso no importaba al asunto.

Los sacerdotes descubrieron en Tomo un converso y un auxiliar de gran valimiento. El negro retenía admirablemente en la memoria cuanto se le decía y oía, especial-

Pero a Tomo lo que más le interesaba eran las cuestiones religiosas. Quería entrar al Cielo y estaba decidido a emplear todos los métodos que lo llevaran a tan ansiado lugar.

El salvaje estuvo viajando con la misión de predicadores, dándose cuenta exacta del papel desempeñado por San Juan Bautista y reconociendo la gran importancia que tenía el ser un bautizado. Cuando los conversos que pasaban ante él se encontraban dentro del agua y eran bautizados por un sacerdote cristiano, él trataba de fijar en su imaginación, todos los gestos, mímica, movimientos, miradas y tono de la voz de los ministros evangélicos. Por fin, llegaba el gran momento de cumplir la trascendental ceremonia del Bautista. Tomo oía con la mayor atención las palabras de San Juan del capítulo XXVIII, del Evangelio de San Mateo, versículo XIX, como sigue:

"Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo".

El negro se retiraba de la ceremonia dominado por un verdadero éxtasis. Hubiera querido estar en el río Jordán; pero sabía que cualquier río podía lavar las faltas del pecado original, como había acontecido con él, que ya se encontraba en situación de poder visitar el Cielo. Si él pudiera morir, todo permanecería intachable. Pero, desgraciadamente, los suicidas no podían entrar al cielo. ¿Por qué?

Entonces cruzó por la imaginación del joven salvaje la bella idea de salvar almas. Conocía muchas frases del Antiguo Testamento, sabía himnos, había aprendido la técnica del bautismo, ¿qué le faltaba pues, para redimir a sus hermanos de tribu?

Perfectamente convencido consigo mismo, se internó en el Congo Belga para cumplir con su importante deber. Pero sus palabras cayeron entre los salvajes como prédica en desierto. Los negros del Congo, bajo la soberanía del rey Leopoldo aprendieron que el cristianismo lo único que les producía era esclavizarlos para recoger jebe. Y cuando oían después hablar de esta religión, temblaban de furia y de horror. No querían saber nada con las teorías del Crucificado.

Después de un año, durante el cual predicó denodadamente, pero sin lograr salvar ni una sola alma, se fué a Rodésia del Norte, donde los nativos encontraron la doctrina nueva e interesante. Tomo estaba muy ansioso de entrar al Cielo y por eso sentía un afán sin igual por bautizar a todo el que encontraba, quisiera o no. Así fué como bautizó a centenares de individuos en ríos y corrientes a los que llamaba sin distinción río Jordán, trabajando en estilo que era una perfecta imitación de los misioneros cristianos.

Pero con gran asombro notó que poco después del bautismo, sus conversos volvían a sus malas costumbres de salvajes. De esta manera, pensaba el negro, no voy a poder nunca entrar al Cielo, porque a fin de cuentas no habré salvado el alma de nadie. De consiguiente estaba perdiendo lastimosamente su tiempo. Esto disgustó profundamente al misionero africano, quien se puso a pensar detenidamente cuál sería el método más acertado para que sus conversos quedaran limpios para siempre de todo pecado.

La idea luminosa al fin alumbró su cerebro. Manteniendo al nuevo hermano, debajo del agua, hasta que muriera, tenía forzosamente

Un Bautista que termina en la horca

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7362, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 P. M.
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 88, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oidos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Circulo de
La Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5723, Juncal

una residencia de Nueva York; pero que el Cielo era algo muy superior, al cual no se podía entrar sino cuando se habían olvidado todos los malos sentimientos y toda iniqui-

mente todo lo referente al Nuevo Testamento. Tan pronto como supo que el Salvador se había criado en una carpintería, él escogió este oficio para cumplirlo en la misión.

La Orden del Camafeo

Con este nombre existió en Francia una Orden que creó, en 1394, Luis, conde de Valois y duque de Orleans. Al principio contaba sólo con 25 caballeros. Su traje era manto de terciopelo color violeta, con capirote de armiño, y una cadena de oro colgada al cuello, de la cual pendía un puerco-espín.

El duque de Orleans se reservó para sí y sus sucesores el derecho, dignidad y prerrogativas de gran maestro. Se cree que no era sólo Orden de caballeros, pues se sabe que a ella pertenecieron algunas señoritas de las principales casas de Francia.

Esta orden fué abolida a la muerte de Luis XII de Francia. A esta Orden se le llamó también Ordre du camail, porque los que ingresaban en ella recibían un anillo de oro con un camafeo en el que estaba grabado un puerco-espín.

que irse limpio al otro mundo, pues en éste ya no podía pecar. Así, Tomo se ganaba almas y gracias a ellas podría ingresar triunfalmente al Cielo. Conversaría con Dios, y luego el Señor agradecería y contento, lo mandaría de seguro al Paraíso, del cual los hombres blancos no le habían mostrado ninguna fotografía.

Las autoridades británicas se dieron cuenta bien pronto de lo que estaba haciendo el hercúleo negro, pero éste pudo aceleradamente marcharse a Nyssaland. Allí cometió otros actos similares; el gobernador inglés creyó al principio que se trataba de casos fatales, pero sin importancia. Por fin, en Colina Rota, el gobernador militar inglés lo arrestó, por estar en posesión de datos precisos.

Y véase ahora la segunda faz del asunto. A pesar de la enorme cantidad de gente que había ahogado Tomo, en el momento de su detención los negros armaron un escándalo formidable. Los salvajes, bajo las órdenes de su exótico pastor, habían formado la liga o cofradía de "La Torre Vigilante". Cuando Tomo fué encarcelado, los negros lo contemplaron no ya como su bautista sino como un santo y un mártir, de la misma clase que aquellos a quienes se había referido el negro en sus prédicas. Pero los salvajes declararon enfáticamente que ellos no eran judíos ni se encontraban en el estado de irreverencia de aquellos hombres y que iban a libertar a su mártir. Fué necesario pedir un fuerte contingente de tropas para sujetar a los negros.

San Juan Bautista de ébano habló hasta los codos de sus conversiones, y gente a quien había ahogado para salvarles el alma. Declaró que Shaiwila, un jefe de tribu, estaba profundamente enredado en el asunto, y allá fueron los ingleses a buscar a dicho jefe para hacer aclaraciones. Shaiwila resultó ser un gran pillo, que aprovechaba de Tomo y la candorosa de los negros para deshacerse de sus enemigos, haciendo que el bautizo los ahogara.

Pero Shaiwila no era de aquellos que tienen la lengua muy dura y a su vez hizo comprometedoras referencias sobre el doctor-hechicero de la tribu, que también tenía participación temporal y espiritual en el asunto de los bautismos y ahogo de gente.

Bien pronto Tomo, Shaiwila y el doctor-hechicero se encontraron cara a cara en la cárcel del lugar. Hay que declarar que fueron sinceros y hablaron con el corazón en la mano. Shaiwila era muy desdichado. Ninguna de sus 36 mujeres le había podido dar un hijo; sus dos hermanos habían muerto; a su hermana se la llevó un tigre a la selva, y por fin, él mismo, tal vez por hechicería, había perdido un ojo. Cuando Tomo llegó a la tribu, Shaiwila abandonó los encantamientos para hablar mano a mano con el misionero negro.

Y entonces fué que se presentó al Bautista la oportunidad más brillante para mandar gente limpia al cielo. Individuo de quien desconfiaba el jefe, ya se sabía: era bautizado y se ahogaba en el Jordán, que en este caso era un río que se deslizaba en las cercanías de la aldea. El doctor-hechicero era el que señalaba a los que debían ser bautizados, para contribuir con su limpieza espiritual, a que Tomo se

ganara el Cielo, sin lugar a dudas ni discusiones.

Puesto el asunto perfectamente en claro, tocóle su turno al doctor Mac Donnel, de intervenir en el asunto como juez local de las autoridades británicas. Se aclaró entonces que desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el Congo, Tomo había bautizado y ahogado a millares de personas. Nadie sería capaz de calcular los asesinatos cometidos por el negro. En una ocasión se comprobó que en un solo día había ahogado hasta 22 personas entre

personajes de esta historia.

Colina Rota, es un pintoresco sitio que goza de una leyenda muy fantástica, propia de la ingenuidad e ignorancia de los salvajes. La fantasía de esta leyenda acaba de entenebrecerse un tanto, con el tétrico decorado puesto sobre la cima de la colina africana, de una triple horca en la cual han mecido durante 24 horas, la deslumbrante negrura de sus cuerpos hercúleos, el jefe Shaiwila, el hechicero doctor, y el buen Tomo, segundo Bautista

tuó, a rastras, un recorrido en torno a la base de una de las montañas sagradas del lejano Occidente de China.

El peregrino empleó siete días en cumplir su voto, y en todo este tiempo no se incorporó ni un instante. Cuando lo rendía el sueño se entregaba al reposo sin abandonar su posición en decúbito prono, y al despertar volvía a emprender la marcha, que sólo interrumpía durante la vigilia el tiempo necesario para tomar el indispensable alimento.

Semejante práctica es corriente en aquel país pero no alrededor de una montaña, sino de algún templo. Así, pues, el peregrino de referencia ha batido un record que difícilmente será superado en mucho tiempo, y a estas horas abrigará la convicción de ser, entre todos sus correligionarios, el que mayores méritos ha contraído ante la divinidad.

Las ventajas del hormigón armado.

Un escritor francés, Jean Galotti, en un artículo sobre la Exposición, habla de la arquitectura de mañana y del porvenir del hormigón armado.

"El empleo del hormigón armado, dice, no se remonta más allá de hace treinta años. Fué en la Exposición de 1900 donde se vió por primera vez una aplicación importante. Hoy se emplea en casi todos los edificios de nueva planta.

"El hormigón es una mezcla de cemento, de guijarros y agua. Se usa vertiéndolo o apisonándolo en cajones de madera, en cuyo interior se han dispuesto previamente unas barras de hierro para resistir a los esfuerzos de la tensión. El cemento así encajonado se endurece en algunos días. Entonces se abren los cajones y sale de ellos un monolito, reforzado por un esqueleto metálico interior.

El hierro y el cemento tienen una afinidad que les da una adherencia que no puede alterar ningún agente mecánico o químico.

A la economía natural que resulta de la utilización perfecta de las propiedades de la materia, se añade así la posibilidad de construir edificios de una duración prácticamente indefinida".

La rinitis y la melena

Algunos médicos nos cuentan el caso de numerosas mujercitas que han ido a consultar por bronquitis, cuando se trataba, en realidad, de enfermedades de rinitis, con tos espasmódica rebelde a los tratamientos terapéuticos usuales.

Todas estas enfermedades tenían los cabellos cortados. La cosa es fácil de comprender, pues es sabido que la cabellera, en las mujeres, es un caso protector contra las variaciones del estado atmosférico, y su desaparición arrastra reflejos de las defensas de las mucosas respiratorias.

Ya han muerto once hombres porque Edna había sido infiel a Kid

Desde hace algún tiempo se venían sucediendo los asesinatos misteriosos en los suburbios de la aglomeración neoyorquina.

La policía acaba de descubrir los orígenes y los motivos de dichos delitos.

Se trata de una guerra feroz que se hacen dos bandas de ladrones conocidas por los Dropper y los Little Augies.

Esta lucha comenzó a causa de una mujer. Uno de los jefes de la banda de los Little Augies, llamado Luis Schwartzmann, se había enamorado de la bella Edna, amiga del jefe de los Dropper, Kid.

Edna dejó a Kid por Luis; pero tres días más tarde, estando el afortunado Luis a la puerta de un establecimiento con Edna, recibió un tiro de revólver en la cabeza que lo dejó muerto en el acto.

Nadie supo quién había disparado; pero Edna acusó a Kid, y éste fué preso. No se encontró ninguna prueba contra él y hubo que absolverle.

Cuando salía de la sala del Tribunal, un individuo le disparó un tiro en la cabeza y lo mató. Se trataba de un tal Luis Cohen, que dirigía entonces la banda de los Little Augies.

Detenido por la policía, declaró que había vengado a su amigo. Fué condenado a veinte años de presidio.

Sucedió a Cohen en la jefatura de la banda de los Little Augies, un tal Meyer. Ocho días más tarde lo mataba un individuo de la otra banda, llamado Grossman, que fué preso y juzgado y absuelto por falta de pruebas.

Cinco días después de la absolución encontraron su cuerpo atravesado con cinco balas en un automóvil incendiado y abandonado en una carretera.

A las cuarenta y ocho horas, un tal David Bran fué hallado muerto en un coche de alquiler, y en las semanas siguientes murieron otros seis bandidos, tres de los Dropper y tres de los Little Augies.

El último de ellos, llamado Goldbeng, recibió una puñalada en la nuca cuando estaba en un gabinete telefónico hablando por teléfono con una amiga.

Los periódicos dicen que, como los individuos de las dos bandas rivales son todos merecedores de la horca, la policía debía dejar que se exterminaran, sin preocuparse de la espantosa lucha que sostienen.

mujeres y niños, sin que nadie protestara de religión tan original y sobre todo cruel. Los negros invocaron la santidad de su mártir; los blancos no dejaron de reconocer que en el fondo, el negro no era un criminal, sino un ignorante y Shaiwila y el doctor-hechicero, no negaron que ellos habían sido los verdaderos grandes delincuentes al aprovechar de la torpeza de Tomo para deshacerse de sus enemigos. Pero nada de esto tuvo valimiento ante los ingleses, los cuales condenaron a pena de muerte a los tres

de imperecedera memoria entre los negros y blancos de Rhodesia.

El voto de un tibetano

Uno de los más sorprendentes actos de devoción que puede realizar un fanático, lo llevó a cabo no hace mucho un tibetano, que, protegidas las manos por unas sandalias, efec-

PAPEL Y TINTA

"Cómo se seducen las mujeres y se traicionan los hombres", por F. T. Marinetti.—Editorial Tor.—Buenos Aires.

Este libro violento y revolucionario no podía nacer más que en una época de guerra. He aquí cómo el espíritu sagaz de Marinetti, espíritu artístico esencial en su mundo interior, halla la forma de desarrollar uno de sus conceptos futuristas más audaces y más heroicos: la liberación del amor como fenómeno capaz de "singularidad, eternidad y fatalidad". Combatir los fantasmas románticos que se llaman "Mujer única, Amor eterno, Fidelidad", es un intento para libertar a nuestra raza latina de la corrosión venenosa del claro de luna y de la prisión de los celos. Conviene, pues, según el autor, revelar todo aquello que hay de mecánico, de efímero, de barométrico, de caduco, de brillante y de alegre en las relaciones entre hombre y mujer.

Este libro, que demuele conceptos "sagrados", como los de la Singularidad, Eternidad y Fidelidad en el amor, podría parecer que fuera por fuerza un libro desesperado, pesimista a fondo, uno de los acostumbrados fracasos espirituales. Nada de todo eso: Marinetti es un optimista a toda prueba; es un observador y psicólogo lleno de gracia, conocedor de todos los dolores humanos y lleno de experiencia sin ilusiones retóricas. No ríe porque ignore las tragedias de la vida como todo buen filósofo campesino e ingenuo, sino porque cree airearlas con un optimismo artificial que luego se hará natural. El formidable vórtice de su salud y exuberancia vital lo impulsa a elaborar, a masticar el amargo manjar de la caducidad hasta formar con ella una sustancia de eficacísima nutrición. ¡Estómago formidable! Así, mila la inevitable, feroz, renovadora y purificadora guerra, la incompreensión semicurable de las masas y finalmente la dolorosa, pero libertadora infidelidad de las mujeres. Cree que nuestra raza, destinada a un próximo porvenir maravilloso de absoluta libertad intelectual, de genialidad centuplicada, de dominio espiritual, debe librarse de la esclavitud de la mujer en el sentido simbólico y danziano.

Por esto podría parecer que el libro de Marinetti fuera un documento de cinismo y de grosería. A veces es un libro de salud y de liberación por la fuerza y la libertad femeninas. Nadie aprecia a las mujeres más que Marinetti; él combate la mujer no como es verdaderamente, sino como producto de la pasión egoísta del macho oriental y de la literatura romántica.

"Conócete a ti mismo".—Opúsculo original de Quintín López Gómez.—Edición Maucci.—Barcelona (España).

En este opúsculo, estudia el director de "Lumen" al hombre bajo el quintuple aspecto físico, fisiológico, psicológico, moral y metapsíquico, y lo hace en un lenguaje tan

familiar, tan comunicativo y tan atrayente, a la vez, que se lee el opúsculo de un tirón y queda uno convencido de la exactitud de todas sus premisas, y lo que es más importante todavía, de que debe aprovecharse de sus lecciones para ir convirtiendo en activo lo que tiene cada uno en sí mismo de pasivo, al objeto de conquistar su menos doliente vida física, su más capacitada y deleitable vida intelectual y moral, y su más intensa y armónica vida superpsíquica.

"Teatro Mundial".—Ediciones Maucci.

Consecuente la casa Maucci de Barcelona en la obra de difusión literaria de todos los géneros, comenzó la publicación de las mejores obras teatrales, de las que tiene ya en catálogo cerca de trescientas, editadas en condiciones muy asequibles sin que por ello se diferencien en su presentación de otras análogas que son más costosas.

Tenemos a la vista las siguientes, que son las últimamente publicadas, y que nos acaba de remitir la Casa Editora: "El Alcalde de Zalamea", de Calderón; "Andrea del Sarto", de Musset; "El Sol de la Humanidad", de Fola; "Las Estrellas", de Arniches; "El Tímo de la Paloma", de Brissa y Sevilla; "El Rayo", de Muñoz Seca; "La Niña de las Perlas", de Calero.

La casa Maucci puede ufanarse de que ha conseguido que las obras teatrales lleguen a manos del público lector, que antes se contentaba con presenciar su representación. Los lectores numerosos de España y de América pueden atestiguarlo.

"El Futurismo", por F. T. Marinetti.—Editorial Tor.—Buenos Aires.

Poco a poco van llegando a la Argentina todas las grandes personalidades del viejo mundo, y este año entre ellas se destaca el gran maestro y creador del futurismo, la nueva manifestación de que tanto se ha hablado.

Precisamente hace pocos días nos ocupábamos en estas mismas columnas de la atrevida crítica que el joven escritor argentino J. Salas Subirat hacía de Marinetti y hacíamos notar la falta de un libro que expusiera tan original teoría, tal como el que ahora se acaba de publicar.

"El Futurismo" es, ante todo, una edición extraña, interior y exteriormente, o mejor dicho en las tapas, en donde el editor con una abundancia de colores verdaderamente magnífica, mezcla en rara combinación toda clase de animales, cacerolas, alocuciones, exclamaciones e interjecciones, amén, de una serie de dibujos raros y curiosos que contribuyen a hacer aún más original este extraordinario libro.

Marinetti, como ha dicho un gran escritor, ha declarado con el futurismo, la guerra al pasado, al ideal de belleza que el pasado nos legó, al arte en que se inspira y en los maestros desaparecidos. Todo esto para él y los futuristas es cosa

muerta, indigna de tomarse por modelo. El se revela como el iniciador de una belleza nueva que tiene su origen en la energía, en la audacia, en la lucha, que toma las formas diversas y brillantes en todo aquello que la vida moderna ofrece de rico y apasionante a la mirada

del hombre.

Todo esto y su primer manifiesto es lo que nos ofrece en "El Futurismo", libro admirable que todos los argentinos deben leer, si no para aprender, para discutir, que de allí nace la luz.

LOS CIGARRILLOS

Dormito sobre un ejemplar de las Metamorfosis de Ovidio. Lulú, por su parte, se entretiene leyendo el porvenir en las cartas.

De vez en cuando me mira, señal evidente de que piensa pedirme alguna cosa.

—¿Sabes lo que dicen las cartas?—me dice al fin.—Que vas a comprarme un abrigo de piel.

—¿Pues no hay tal!—exclamo, ya completamente despierto.—Tus cartas no están muy al corriente de mi situación económica.

—¿No tienes corazón!—responde Lulú.—¿No me quieres! Mira, voy a darte una prueba de mi generosidad. Renuncio al abrigo de piel; pero tú, por tu parte, vas a darme dos pruebas.

—Veamos esas pruebas.

—Si no puedes comprarme un abrigo de piel es porque tú gastas demasiado. Fumas mucho más de lo que te conviene. Siempre estás diciendo que lo vas a dejar. Ha llegado el momento de que me pruebes que tienes energía, que eres lo que se dice un hombre.

En cuanto las mujeres nos cogen por el orgullo masculino estamos perdidos. Juré solemnemente, extendiendo la mano, que no volvería a fumar.

En cuanto a la segunda prueba, no tardé en saber en qué consistía: Lulú quería cortarse el pelo a la última moda. Accedí también.

Durante cinco meses, ¡qué martirio! No me refiero a los cabellos de Lulú, sino a mi juramento de no fumar. Pero fui enérgico y no falté a él. Para escapar al deseo del tabaco acudí a todos los medios: pastillas, cigarrillos de brea, de chocolate, etc.

He sufrido todas las torturas, y cada vez que suplícaba a Lulú me relevase del juramento y me dejase fumar, decía:

—¿Si vuelves a fumar, no eres hombre!

Sin embargo, un día en que me puse a revolver cosas en casa, hice un descubrimiento que me llenó de sorpresa y alegría.

En el fondo de un armario, donde Lulú guardaba sus cosas, había un montón de cajetillas de cigarrillos. Un verdadero estanco. Eran cigarrillos de marcas egipcias y turcas. Habría allí quinientos o seiscientos francos de tabaco.

—¿Qué corazón más bueno el de esta Lulú! Ha querido darme esta sorpresa el día en que me deje volver a fumar.

Cuando pensaba con enternecimiento en su generoso rasgo entró Lulú.

—¡Gracias, amor mío!

—¿Por qué?

—¿Por qué ha de ser? Por los cigarros que me has comprado y que acabo de descubrir. ¡Qué buena y cómo te...!

—¿Qué bruto eres!—exclamó Lulú, mirándome despectivamente.—¿De modo que te has creído que los cigarros...?

—¡Naturalmente! ¿Para quién van a ser entonces?

—¿Para mí, hijo! Comprenderás que llevando la falda corta como la que más y la nuca afeitada tengo que hacer lo que las demás mujeres, y no voy a privarme de fumar. Haría el ridículo. Y puedes agradecerme todavía que para no darte envidia no fumo cuando estamos juntos... ¡Ah! ¿Es así cómo agradeces mis sacrificios? Siempre he dicho que eras un hombre sin corazón.

Y Lulú salió furiosa, cerrando la puerta con estrépito. En cuanto a mí, no supe qué contestarle.

HENRI MEGUIN

Noticias cinematográficas

"LA ASCENSION DEL AGUILA"

La casa Glücksmann acaba de dar a conocer el film extraordinario "La ascensión del Aguila", que tiene el siguiente argumento:

En París. — Primavera de 1795. — Estamos en los jardines del Palacio Real, es decir de la Igualdad, pues que el fervor revolucionario acabó con todo lo que recordara el antiguo régimen político.

Una nueva sociedad. — En esos jardines se agita una muchedumbre que es, en síntesis, la imagen de la sociedad de la época.

Es una sociedad nueva, apenas salida de la pesadilla del Terror, una sociedad que quiere disfrutar sensualmente la vida, que quiere entregarse a los placeres frenéticos; una sociedad compuesta de los más heterogéneos elementos: vense allí, agiotistas, jugadores, logreros de la guerra, "parvenus" ridículos, mundanas de alto y bajo vuelo, jóvenes realistas, emigrados de ayer, reintegrados, con los nuevos tiempos a la patria, y que ostentan su elegancia afectada y su insolencia agresiva.

La familia Strabini. — Entre esa variada y pintoresca muchedumbre, pero sin mezclarse con ella, encontramos a la familia Strabini, refugiada en Francia, después de la ejecución del jefe de la familia, ardiente patriota italiano, por los imperialistas, opresores de su patria.

Esta familia la componen: Victoria Strabini, la anciana madre, Carlos su hijo, tan ardiente patriota como el padre, y Flora, una huérfana recogida y criada por la señora Strabini.

Carlos Strabini (Vitale Geymond), amaba apasionadamente a Flora (Isabelita Ruiz), su hermana de leche. Flora, aunque no siente por Carlos más que un afecto fraternal, por agradecimiento a sus protectores acepta ser la esposa de Carlos.

Un galán empecinado. — Un día, Carlos Strabini hallándose con Flora, despierta las sospechas de un policía que lo confunde con un espía. Mientras el policía va tras de Carlos, Rolando de Reulize (Pierre Batcheff) un aristócrata, uno de esos emigrados de ayer, sorprendido por la belleza de Flora la persigue. Esta huye del insolente galán y, atravesando calles y más calles, siempre perseguida por él, llega al estudio del célebre pintor David, en el que ella sirve como modelo. Allí también entra el atrevido galán. Flora, indignada, le reprocha su actitud y le insulta ante todos.

El estudio del pintor David. — David, el pintor más prestigioso de su época, fué además miembro de la Convención. Enemigo artístico de la Academia, como político la mandó cerrar. Pero otra academia se originó en su propio estudio. Allí concurrían damas, como la famosa Mme. Tallien, Josefina de Beauharnais, los célebres convencionales Barras y Tallien y, en fin, los más altos personajes de la época.

El "oficialito" Napoleón Bonaparte. — Cuando, ante estas gentes, Flora reprocha a Rolando, el tenaz

galanteador, su actitud, un oficial sale en defensa de la muchacha. Rolando pregunta quién es ese entrometido y Barras contesta que es un oficial de la reforma, llamado Napoleón Buonaparte...

Napoleón (Jean Napoleón Michel) tiene 26 años. Ganó su grado de general en la Revolución. El pintor David, seducido por su perfil militar, por el brillo de su mirada, le ha invitado a servirle de modelo. (Según es sabido, existe el retrato de Napoleón por David, pintado en esa época).

Napoleón ha solicitado su autorización al Directorio, es decir al gobierno, para ir a organizar la artillería de los turcos. Abandonaría Francia, patrióticamente desilusionado, amargado por las ingratitudes hacia los hombres de la revolución. Allí en el estudio de David ha conocido a Josefina Tager de la Pagéziez, vizcondesa de Beauharnais (Ady Cresso) y ha quedado prendado de ella. Josefina, viuda coqueta, exaspera a Bonaparte con sus inclinaciones hacia los jóvenes realistas. Llegará después, a casarse con él, cuando Bonaparte, como

los sentimientos amorosos y fraternales.

Con el ejército de Bonaparte ha vuelto a Italia la familia Strabini, y la casa de éstos en Lordi es el centro del movimiento patriótico italiano. Italia espera con toda su alma la llegada del ejército francés que ha de arrojar de su suelo al invasor.

A traición. — Napoleón Bonaparte está frente a Lordi con su ejército. Los patriotas italianos saben que las fuerzas imperialistas son débiles y que si los franceses atacan, entrarán en seguida en Milán y que la patria será libre.

Carlos Strabini, se encarga de avisar a los franceses. Pero la madre, sabiendo que lo vigilan y que lo matarían, trata de evitar que él vaya. Flora, sin que nadie lo sepa, con gran audacia, pues hay que atravesar las filas enemigas, resuelve cumplir la difícil misión. Llega, en efecto, hasta el cuartel de Bonaparte. Al regresar, Rolando, que es oficial de ordenanza de Bonaparte, acompaña a Flora un trecho. Ahí el amor que ambos se profesan tan ardientemente, estalla incontinente.

Carlos Strabini, se encarga de ha salido también a avisar a los franceses, ve a Rolando y a Flora abrazados. Indignado, corrido por los celos, comete una terrible traición. Va a avisar a los Imperiales —esto después de haber hablado

la, consigue gracias a su marido entrar al calabozo de Flora. Le presta su ropa de soldado para que pueda ir, por última vez, a ver a Rolando, herido y hospitalizado, pero descubren la treta y van a fusilar a Pamela... Mas, ahí está Napoleón, cuyo genio militar no le impide — al contrario — basarse en su genial conocimiento del corazón humano...

"EL GRITO DE BATALLA"

En estos momentos distribuye la Universal el film de la serie Jewel Non Plus Ultra, titulado "El grito de batalla", cuyo asunto es el siguiente:

Al concluirse la guerra civil de los Estados Unidos, comenzó la lucha en el Oeste entre los blancos y los indios, que defendía heroicamente su suelo. Las estafetas a caballo, tenían en ese tiempo gran importancia como agentes avanzados de la civilización. Roberto Langdon era el agente más veloz de la estafeta y por ello el general José Armstrong Custer, hombre de mal genio pero de buen corazón, lo distinguía con su cariño. Por sus buenos oficios, Roberto Langdon es nombrado cadete militar de la Academia de los Estados Unidos. En la academia, Roberto tiene oportunidad de conocer al senador Stanwood, amigo íntimo de Custer, quien le presenta a sus hijos Catalina y Lorenzo. Pronto la amistad entre Catalina y Lorenzo se transforma en amor.

Los enemigos de Stanwood, celosos de la amistad que el presidente Grant demostraba hacia él, tratan de enlodar su nombre y nada les parece mejor que usar de la juventud y de la inexperiencia de Lorenzo. Al efecto, hacen que una aventurera llamada Lucrecia le dé una cita en su casa por la noche; Lorenzo acude a la cita, pero Roberto que lo vigila se da cuenta de la emboscada que se le tiende a su amigo y haciéndolo huir toma su lugar. Samuel Belden, uno de los enemigos de Stanwood, hace detener a Roberto por molestar a su esposa. El director del colegio militar hace llamar a Roberto a su presencia y delante del senador Stanwood y sus hijos lo expulsa del colegio. Roberto no quiere descubrir a su amigo y como Lorenzo no explica lo ocurrido, Roberto se va hacia el Oeste nuevamente.

El general Custer, que conoce a Roberto, sospecha que él no tiene la culpa de lo sucedido y vuelve a depositar en él su confianza. Mientras tanto, los indios enfurecidos porque los blancos no cumplieron sus tratados, deciden llevar un ataque a las tropas mandadas por Custer; éste divide sus fuerzas para atacar a los indios y esto fué la causa de su fracaso. Roberto Langdon, peleando como soldado, demuestra una bravura sin igual y cuando las tropas de Custer están casi deshechas, va en busca del capitán Reno que luchaba del otro lado del río, para pedirle que venga a reforzar las tropas de Custer, pero también los soldados del capitán Reno han sido aniquilados. Custer muere en esa batalla, así también como Lorenzo, pero éste antes de morir, escribe a su padre contándole la verdad de lo sucedido en la academia. Catalina, que no había dejado de amar a Roberto, vuelve a sus brazos y el senador Stanwood consigue el grado de teniente para su futuro hijo político.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

comandante de las tropas encargadas de dominar la revuelta realista del 13 de Vendimiario, consigue su primer y fulminante triunfo.

En efecto: Barras, el miembro de la convención, en el momento en que Bonaparte va a abandonar fracasado, pobre, Francia, le nombra comandante de aquellas tropas.

La ascensión del Aguila. — Era el destino. Era el primer aleteo, ya potente, del aguila que ascendía...

Viene después el nombramiento de general en jefe del ejército de Italia; vienen sus increíbles hazañas militares de Mondorí y de Montenotte, hasta su entrada triunfal en Milán, después de haber arrojado de Italia a los imperialistas que subyugaban a este país.

El romance dramático. — Mientras van desarrollándose estos episodios, asistimos al drama de la bondadosa y gentil Flora.

Aquel galán insolente, aquel Rolando de Reulize, es en el fondo un valiente y un caballero. Al encontrarse con un hombre como Napoleón Bonaparte, se ha puesto a su servicio y con él se destacó como un verdadero militar. Flora, se siente poderosamente atraída hacia él, pero está comprometida con su hermano de leche, con Carlos, y es fiel a su palabra, a pesar de que toda su alma es de Rolando.

Carlos quiere apresurar las bodas, pero Flora le ruega que espere... Luchan en ella, trágicamente,

con Flora y disimulando lo que vio —que los franceses atacarían a tal hora.

El ejército francés cae en una terrible emboscada... pero, triunfa, gracias a la presencia de Bonaparte.

Entretanto, en Lordi, entre Flora que sabe la traición de Carlos y quiere correr a salvar a los franceses y Carlos que le impide salir a la calle, que grita su amor y acusa a Flora de ser la causa de su perdición, se desarrolla la más honda, humana y artística tragedia que haya presentado jamás la pantalla.

Flora promete, por último, a Carlos ser su mujer, si él corre a salvar a los franceses. Pero ya es tarde... Carlos se tortura, torturando a Flora, diciéndole que su nombre será maldecido eternamente por los traicionados.

El ejército ha entrado triunfalmente en Milán. El pueblo de esta ciudad lo recibe con delirante entusiasmo.

Carlos y Flora, van a ser fusilados por traidores.

Aquí, el desarrollo, reserva una de sus más impresionantes sorpresas.

Pamela Igualdad (Christiane Favier), una "modista patriota" que para seguir a su marido a la campaña se hace pasar por soldado, y que es motivo cómico, humana y graciosamente cómico de la pellicu-

Conocimientos útiles

EL COLICO NEFRITICO

Cuando un enfermo se ve atacado de cólico nefrítico, se dobla y grita. Se le puede calmar por medio de aplicaciones calientes laudalizadas, por las pinceladas Wintergreen, por pociones antiespasmódicas.

Se deberá favorecer la expulsión de los cálculos por medio de un gran baño a 38 grados y de una hora de duración; por un lavado de cloral y una ingestión abundante de bebidas diuréticas. El enfermo debe acostarse y ponerse a dieta de leche.

Después del cólico tiene que regularizar el enfermo la nutrición para impedir la ucoformación mixeúrica. Aire libre, baños, fricciones, masajes y evitar toda clase de sumergenaje físico o intelectual.

Tiene que suprimir de su mesa las carnes negras, los crustáceos, las salsas fuertes, las especias, los champignones, los tejidos gelatinosos o colágenos, el hígado, los huevos...

Debe tomar carnes tiernas, patatas, pan tostado. Como bebidas, vino blanco con agua, sidra, agua de limón, etc.

Por las mañanas le conviene tomar un vaso de agua muy caliente con una cucharadita de las de café de sulfato de sodio, para que active la oxidación hepática y la diuresis renal.

Los que tengan cálculos se guardarán de las comidas copiosas: la sobrealimentación, aún en los tuberculosos, es una causa poderosa de calculosis.

COMO SE AVERIGUA SI EL CAFE ES PURO

Para averiguar si el café es puro o contiene achicoria, basta sumergir un poco de café molido dentro de un vaso que contenga agua acidulada con ácido clorhídrico; después de agitado algunos minutos se deja en reposo. Si el café fuese puro, su polvo sobrenadaría coloreando el agua de amarillo, pero si el café estuviese mezclado con achicoria, el agua tomará color oscuro y el polvo de achicoria se precipitará al fondo del vaso.

PINTURA TERMOMETRICA

La llamamos así porque cambia de color cuando sube la temperatura y vuelve a su primitivo estado cuando está baja.

He aquí dos recetas para hacerla:

La pintura se prepara con una solución de goma arábica.

En la primera composición se emplean 100 partes de ioduro mercurial y 40 de ioduro de cobre.

Se mezcla bien y con el producto se prepara una pintura que es roja a la temperatura ordinaria y se decolora hacia los 87°.

En la segunda composición entran 100 partes de ioduro mercurial y 400 a 500 de ioduro de plata.

Se consigue con esto una pintura amarilla clara a la temperatura ordinaria, que se vuelve roja oscura a 45°.

MASTIC PARA ENCOLAR MADERA Y VIDRIO

Se compone este mastic en caliente, con cola de pescado y ácido acético, en cantidad suficiente para que la solución tenga la consistencia de pasta que se solidifique por enfriamiento. Esta preparación se usa caliente, y después de fría tiene una consistencia tal, que es imposible separar el vidrio de la madera a que se haya pegado, rompién-

Las grasas se convierten en grasa en nuestro cuerpo; pero una gran parte de ellas sirven para la producción del calor. Por eso se consumen más grasas en invierno que en verano, y más en los países muy fríos que en los cálidos.

Las grasas tienen el inconveniente de no ser digeridas en el estómago. Únicamente son atacadas por la bilis que segrega el hígado y por los jugos intestinales.

LOS SABAÑONES

Esta dolencia tenaz y molestísima hace su aparición con los primeros fríos. Los atacados por ella no se curan en su mayor parte porque olvidan los primordiales factores que intervienen en la causa. No

tas? Que también éstos padecen sabañones. Para cada caso se exige un remedio particular. Todo individuo que sufra de esta enfermedad debe, por tanto, ir al médico para que lo examine detenidamente y comenzar por cuidar su estado general. El médico, según los casos, le intensificará la energía circulatoria, modificará su diatesis según que la enfermedad tenga un principio de escrófula, de artritis o de insuficiencia endocriniana; atenderá al régimen alimenticio y al estado digestivo.

En cuanto al tratamiento local, al contrario de lo que el enfermo cree, es quizá lo menos importante. Esto no quiere decir que haya que abandonarlo. Pomadas astringentes y cuidados asépticos, tal es la base.

Pero hay también un tratamiento profiláctico.

Si bueno es curar el sabañón, mejor es evitarlo. Para ello son necesarias algunas precauciones. Llevar guantes y medias de abrigo. Evitar la humedad y los cambios bruscos de temperatura. Y, sobre todo, practicar ejercicios gimnásticos. El fin de estos ejercicios es el de producir la circulación normal en las partes del cuerpo sujetas a la enfermedad. Por consiguiente, es también de gran utilidad el masaje en aquellas partes.

MANZANAS Y MEMBRILLOS.

CLARIFICACION DE SIDRA

Para clarificar la sidra se recomienda el empleo de membrillos, que prestan excelentes servicios. Agregados a la sidra, no solamente la clarifican, sino que la hacen limpiada y agradable. La mezcla de los membrillos a la sidra es superior a todos los medios artificiales, y en particular, a la gelatina.

Para 100 litros de mosto, se mezclan de diez a quince membrillos, los cuales se cortan en trozos finos, que se tienen un poco en agua caliente, y después se agregan a la sidra, al final del otoño.

En primavera se trasiega la sidra, la cual se puede conservar años enteros.

Dejadnos dormir

Los médicos ingleses Harris y Grille están haciendo estudios especiales sobre la posibilidad de suprimir el sueño.

Se trata de reparar por medios artificiales la fatiga celular que el sueño repara naturalmente.

El tiempo empleado en el sueño es tiempo perdido, y por eso hay necesidad de que la ciencia elimine el sueño para que quede un margen más amplio para el trabajo y para la vida consciente.

"Verdaderamente, entre los males que los médicos pudieran hacerle a la humanidad, ninguno sería tan grande como éste", dice un periódico alarmado con la noticia.

El sueño es reparador, y a las veces un consuelo. Es también morir un poco y es a veces vivir en sueños felices... que por nada ni por nadie querríamos a veces privarnos...

La ciudad utópica de "Nueva Armonía"

Hace poco tiempo cumplióse el primer centenario de uno de los más bellos y generosos intentos que ha conocido la humanidad: el de creación de una moderna "Utopía".

"Utopía", que en su sentido etimológico quiere decir "lugar que no existe", es el título de una novela del famoso escritor inglés Tomás Moro, obra magnífica en la que se describen la organización y costumbres de una república imaginaria.

Hoy, "Utopía" es sinónimo de idea hermosa, pero irrealizable. Muchos hombres han soñado, en un sueño henchido de humanitario amor, con ciudades o países utópicos. El inglés Robert Owen no se contentó con un vago y blando sueño... Quiso hacer una realidad de sus generosas clucubraciones.

Hallándose en Norte América, apoyado por un muy limitado número de entusiastas, creyó llegado el momento de dar forma a lo que hasta entonces no había sido más que norma.

Y fué en New Harmony (Estado de Indiana) en donde quiso edificar—y no empleamos, naturalmente, "edificar" en su directo sentido arquitectónico—la moderna Utopía.

Su concepción de la república, esto es, de la cosa pública, era realmente una concepción comunista. Su más acariciada idea, la de que viniesen a Nueva Armonía profesores de todo el mundo a instruir a la infancia y la juventud, según el famoso sistema pestalozziano.

Para celebrar el centenario del nobilísimo intento, reuniéronse en New Harmony, los representantes más calificados de las minorías selectas de los Estados Unidos.

Los congregados no honraban solamente al fundador de la efímera Utopía del estado de Indiana. Honraban simultáneamente al padre del socialismo inglés, a aquel filántropo, creador también de lo que él llamaba su "Escuela de Industrias", que supo predicar con el ejemplo, dedicando considerables sumas a la propaganda y realización de sus altísimos ideales. Del mismo modo, debemos a él la fundación de las primeras sociedades cooperativas de producción y consumo.

dose primeramente aquella materia antes de desprenderse de la madera a que estaba unida.

También se emplea este mastic para pegar los pedazos rotos de objetos de vidrio y de porcelana.

LA MANTECA Y EL ACEITE

La manteca o el aceite son tan necesarios a nuestro cuerpo como las carnes. Consumimos estas sustancias, añadiéndolas generalmente a aquellos alimentos que la poseen en pequeña cantidad.

tienen en cuenta más que la afección local. Y esto no es bastante: los sabañones vienen de más lejos.

Son, frecuentemente, el resultado de una circulación general deficiente, acompañada casi siempre de hipotensión arterial. He aquí un primer punto a examinar. Estas deficiencias circulatorias se remedian en gran parte con el aire libre y los ejercicios físicos. En cuanto a los viejos, que no pueden hacer gimnasia, es preciso recurrir a fortalecer su corazón, que se debilita. ¿Y los neurasténicos? ¿Y los neurópa-

"EL GANADOR DE LA 5.ª", de Mundrián, en el SMART

Si el teatro es espejo de costumbres, la escena nacional debería ser la pista de un hipódromo. Todos sabemos lo que son las carreras en la vida porteña y hasta qué extremo sus personajes, sus otros factores y hasta el argot que de él surge, llenan el ambiente de la ciudad. No es de extrañar, por tanto, que un autor novel, perspicaz y ganoso del triunfo, haya elegido como tema de su primera producción un conflicto turfístico. En efecto, la pieza de Manuel Mundrián nos presenta con rasgos bien definidos varios aspectos de las pasiones y escenas del mundo de que hablamos, con gran observación y bastante habilidad. Se trata de la ambición de un propietario de caballos de carrera que explota una situación amorosa provocada por el mismo entre su amante y un jockey, para lograr el triunfo de los colores de su stud en un premio clásico. La resistencia del jockey a montar en esta emergencia el caballo de su protector, debido a que en la misma prueba interviene otro de propiedad familiar, es vencida por un ardor que impide al jockey pilotar el caballo que desea, pero en definitiva resulta ganador de la 5.ª el adversario, gracias a la intervención de un aprendiz criado por la familia del jockey y que bajo las enseñanzas de éste ha aprendido bien su oficio.

La obra, sin grandes pretensiones, es un cuadro logrado con fortuna. La acción se desarrolla discreta y eficazmente, dando una acabada impresión del propósito perseguido.

La compañía de Ratti, con intervención de uno solo de ellos, Pepe, que tuvo a su cargo el papel cómico, dio a la obra una interpretación ajustada y muy satisfactoria, que mereció el vivo aplauso de la numerosa concurrencia. Citaremos también a Chela Cordero, Angeles Mesa, la Martínez y casi todos los demás.

Posteriormente debió estrenarse la pieza "Mamita quiere casarse", de la que es autor el fecundo actor Eliseo Gutiérrez. Ya diremos nuestra opinión en el número próximo.

"EL DESNUDO EN EL ARTE"

Este título que parece de un libro o de una conferencia, no corresponde a nada de eso, por cierto. Lo raro sería que correspondiera, pues entonces creeríamos que este mundo no anda "patas p'arriba".

En la época paradójica, sorpresiva y estúpida en que vivimos, el futurismo (en lo que tiene de destructivo) triunfa en todas partes. Es así como en el mismo teatro aparecen las manifestaciones marinetianas en los títulos.

Este introito nos viene de perlas para entrar en materia, denunciando al lector que "El desnudo en el arte" es la denominación de la nueva revista hecha conocer recientemente en el Florida, por la compañía que dirigen César Bourel, Mario Bellini y Raúl Doblas, intrépidos y jóvenes autores, empresarios, directores, etc.

Los referidos, aprovechando la experiencia adquirida en la temporada, han escrito una serie de cuadros ágiles e interesantes, en que ya explotan nuevos motivos, ya recitan viejos temas usados en las producciones del género, pero remozándolos y dándoles características novedosas.

"Una tragedia dominical", por ejemplo, es una acertada sátira contra la nueva reglamentación del descanso en días domingo, y su gracia es limpia y llega al público fácilmente, sin recursos de mala ley. Es quizá el "sketch" mejor logrado de la revista, la que en materia de danzas tiene también su cuadro bonito, de buena visualidad, como el "ballet" titulado "La leyenda de las rosas", que fué muy gustado.

En pocas palabras, la nueva producción de Bourel, Bellini y Doblas es agradable, ligera, entretenida y seguramente será representada muchas veces.

En la interpretación se hicieron notar los nuevos elementos contratados por la empresa, Lucy Clory, sobre todo, figura estimable y que el público aplaudió sin reparos. La señora Mancini, conocida y muy apreciada en nuestra escena, sacó partido de sus papeles, y el actor Emilio Almanzor también gustó. Las bailarinas Davis y Oterito de Naya reafirmaron sus destacadas aptitudes artísticas.

"El desnudo en el arte" es una revista de todo punto agradable.

"ALGUN DIA SERA VERANO"

A pesar de que somos antifeministas "enrágas", admitimos que la literatura sea propicia a la mujer, pues como se alimenta exclusivamente de palabras, resulta algo adecuado para el bello sexo que no. Caracteriza precisamente por su silencio.

Según cálculos de un profesor yanqui, la mujer menos conversadora habla cuatro veces más que el hombre más locuaz, vale decir, que cuando cualquier varón

EL TEATRO CRÍTICA-GLOSA-HUMORISMO

suelta un vocablo, nuestras bellas compañeras dicen cuatro.

Ahora, lo que no se ha investigado es si la única palabra masculina dice más que las cuatro femeninas, ni aún se ha podido establecer si estas últimas cuatro llegan a expresar algo, cosa que se discute más que la patria de Colón.

Estas breves consideraciones se nos ocurren a raíz del estreno de "Algún día será verano", sucesión de escenas divididas en dos actos, de los que resulta responsable la señorita Dina E. Torrá y que tuvo la deferencia de estrenar la compañía del aplaudido actor Enrique Muñio, dando fe una vez más de su proverbial galantería.

Hay, desde luego, que apuntar un fenómeno extraordinario en esta obra: a pesar de haber sido concebida y escrita por una mujer, no hay en ella (en la obra), ni amor ni veleidades sentimentales.

No hay amor, tema del que es esclavo la literatura escénica, posiblemente por un alarde pseudos originalidad futurista; pero no hay tampoco nada mejor ni peor que el amor. Sin embargo, cabe a la lealtad del cronista, hacer constar la buena intención que presidió la labor de la autora, quien quizás por falta de experiencia escénica no consiguió su propósito esta vez. Algún día será verano, ahora no.

Su buena intención, quedó en buena intención solamente.

El actor Muñio, a cargo de un personaje secundario, lo defendió denodadamente, consiguiendo, si no destacarlo, hacerlo aplaudir en algún pasaje.

BLANCA PODESTA ESTRENO UNA VERSION CASTELLANA DE "I TRE AMANTI", DE ZORZI

Con buena acogida, la compañía del Liceo que encabeza Blanca Podesta, dió a conocer la versión castellana, realizada por un señor Camargo, de la notable producción del autor italiano Guillermo Zorzi, "Los tres amantes", que nos dió a conocer en el Cervantes la compañía de Nicodemi años atrás.

Discreta la interpretación; sobresalió Blanca.

"HASTA EL SAN MARTIN NO PARA", de Alippi, Contursi y Terés, en el SAN MARTIN

Una nueva revista ha puesto en escena la compañía del San Martín y la fortuna que viene acompañándola desde su iniciación, continúa a su lado. Después del derroche que se ha venido haciendo de revistas en las últimas temporadas, parece imposible dar en este género una nota original. Tal vez sea así, como lo comprobamos en cada estreno, pero es lo cierto que el público no se cansa de estas cosas, contentándose con envases más o menos novedosos, aunque el contenido sea siempre el mismo.

En esta revistano se destacan los cuadros recargados ni la lujosa presentación. Se ha cuidado más la parte coreográfica, la variedad de los cuadros y la influencia de la labor de algunos intérpretes. Con estos puntos de vista han logrado presentar una revista más, que tiene aceptación y que durará en el cartel tanto o más que las anteriores.

Podemos citar como factores principales del éxito a Sacha Goudine, que ha proyectado su buen gusto y su conocimiento técnico en las figuras que tienen a su cargo los motivos de danza. Laura Hernández, cada día más aplaudida, Sofía Bozán, muy simpática e interesante y en general todos los demás elementos de la compañía, que contribuyen al éxito con una labor disciplinada que se impone sin restricciones.

ARTE NATIVO, en el POLITEAMA

Con muy buen éxito se presentó en este teatro una compañía constituida por elementos que formaron parte de la que, dirigida por la señora Ana S. de Cabrera, actuó en la misma sala el año pasado. Nada nuevo podemos decir de estos espectáculos, sencillos pero interesantes y que tienen la virtud de fomentar el sentimiento por las cosas típicas de nuestro país en su más genuina representación. Se trata de una serie limitada de funciones, lo que es de lamentar dada la buena acogida que el público está dispensando a dicho conjunto.

"EL PONCHO DEL OLVIDO", de Marioni y Giudice, en el APOLO

Si bien es cierto que un tango no puede ser una obra teatral, una obra teatral puede no ser más que un tango, por ejemplo, "El poncho del olvido". Claro es

que en nuestro teatro por horas no resulta nada difícil hacer cantar a cualquier personaje un tanguito más o menos de circunstancias, tanto si celebra el casamiento de un amigo como si lamenta las angustias de una ingratitud femenina. El tango sigue siendo el socorrido recurso para levantar una pieza débil y darle interés. Por esto, "El poncho del olvido", no tiene que justificarse dentro de la obra a la que da nombre, porque ocurre como con las mujeres a las que hasta ser lindas para que todos las comprendamos y aceptemos sin mayores justificativos. Fuera del tango, la pieza de que se trata es un desfile caprichoso o sensiblero, de tipos del hampa, hombres vagos o delincuentes y mujeres caídas que viven al margen del código y de la edificación, y que unas veces aman a lo cursi, otras declaman a lo orador y otras asesinan a lo apache. Dentro de esta abigarrada variedad de personajes, no es posible el análisis ni la línea. Se trata realmente de un poncho multicolor de tonos sombríos, que no tienen otra razón de ser que el gusto de su dueño.

La compañía del Apolo hizo lo posible por hacer gustar al público ese salpicón mórbido e inquietante, logrando muchos aplausos Corsini, las tres veces que cantó el tango. Arata, Morganti y Emma Bernal, que no tenían a su cargo partes tan interesantes, obtuvieron una simple conformidad.

SEGUIMOS EN LA MISMA

Nosotros no tenemos la culpa. En el Maipo es costumbre de no decir nada. Según rezan los carteles, "En el Maipo no hace frío", pero reina allí una frialdad que espanta en lo que se refiere a los próximos estrenos. Nadie sabe nada y el que sabe se hace el ranún y no lo dice. Todos estamos en antecedentes de que se va estrenar una nueva revista. Eso es todo y de ahí no pasa, ni fecha, ni nombre. Y a lo mejor todo está a punto de caramelo, pero el caramelo no aparece.

ESTRENO EN EL ATENE0

Se anunciaba para mediados de la semana anterior el cambio de cartel del Ateneo, proyectándose para esas fechas el estreno de "La ley de la vida", de Zum Felde, de la que se tienen muy buenas referencias. En el número próximo y siempre que los acontecimientos se desarrollen en la forma anunciada, tendremos oportunidad de abrir juicio sobre esa producción y la labor de sus intérpretes.

EVOLUCION JUAREZ-SANJUAN

La compañía de Sanjuán, que viene actuando en el Mayo con excelente éxito desde hace muchos meses, reforzada últimamente con la contribución artística de Juárez, piensa trasladar sus bártulos a la calle Carlos Pellegrini, para acaparar en el teatro de la Comedia, sala que para Rogelio Juárez está llena de gratos recuerdos, por haber recogido allí gran parte de sus muchos laureles. Se asegura que el traslado tendrá lugar el 19 de este mes y la presentación se hará con una interesante novedad: "Los trucos", del inolaptable Muñoz Seca que, según se dice, ha echado el resto en esta obra de ambiente teatral.

Hasta esa fecha la compañía a que nos venimos refiriendo continuará dando en el Mayo las piezas del repertorio que con tanto éxito representa.

LOS MUERTOS VUELVEN

Otra vez tendremos espectros en el Marconi. No se sabe cuándo ocurrirá, pero lo cierto es que volverán allí "Los Espectros". Los traerá José Gómez, quien se viene dedicando desde hace algún tiempo a la trata de espectros, habiéndolos exportado con mucho éxito a provincias, donde han tenido gran aceptación como mercadería noble. Las nuevas vidrieras en que serán expuestos estos productos de la fantasía Ibañeta, serán las del teatro Marconi. Se ignora la fecha, ya que con la muerte y sus consecuencias nunca se puede contar a plazo fijo.

PARRA PREPARA UN MUCHACHO

La compañía del popular bufo venía ensayando mientras escribimos nosotros estas líneas, una pieza del autor brasileño Pablo Magalhães, volcada al romance por el propio Parravicini. Esta obra, que se titula "Un muchacho feo", será estrenada en ocasión de la llegada de los aviadores Duggan y Olivero, con la presencia del autor, prestigioso comediógrafo del país hermano.

El estreno será ofrecido en una función extraordinaria, a la que asistirán autoridades y representantes de nuestra mejor sociedad y con la pieza referida se espera un largo éxito, dado el papel que encarnará Parra, que se presta para el desarrollo del juego cómico de nuestro gran artista.

Entretanto, la compañía del Argentino viene representando "Cristóbal Colón en la Facultad de Medicina", graciosa producción que ha reverdecido en el cartel y que gusta como en la época de su estreno, que se dió innumerables veces.

En ella, Parra está impagable, haciendo las delicias del público.

SIGUEN LOS CRIOLLOS QUE SE ACABARON

El último trabajo escénico de Vacarezza, que si no resiste al menor análisis del punto de vista artístico, es sin duda de gran eficacia para el público, se viene representando ante salas llenas en el teatro de Caracallos. Los personajes festivos que abundan en el juguete cómico —que no es otra cosa— del autor de "Tu cuna fué un conventillo", provocan estentóreas carcajadas a los espectadores, y como la gente que va al Nacional quiere más que nada divertirse, se explica que la nueva pieza de Vacarezza se repita tres veces por día y pueda desde ahora pronosticarse un éxito de cartel.

EL AUTOR CARUSO

Aunque continúa hospitalizado, el conocido autor señor Juan A. Caruso ha experimentado una sensible mejoría en su salud, esperándose que en breve podrá afirmarse su restablecimiento.

El secretario de la compañía de Muñio es visitado por sus numerosos amigos y compañeros.

FALLECIO VICENTE VITTA

Ha producido verdadero pesar en los círculos teatrales, el fallecimiento del actor Vicente Vitta, hecho inesperado y lamentado de todas veras.

Se había iniciado en el circo, y cuando nuestro teatro pasó del picadero a la escena, Vitta como otros actores puso sus actividades al servicio del teatro criollo.

El Bebecho del circo, que hizo reír a tantos, trasladado a la escena autóctona consiguió también ser aplaudido. Tenía buenas condiciones de actor cómico y sus interpretaciones de tipos de caricatura fueron celebrados, sobre todo en los teatros de barrio, en los cuales Vitta actuó muchos años, capitaneando conjuntos nacionales. Hizo dos temporadas trabajó en el Nacional, con buena fortuna.

Los restos del actor caído fueron inhumados en el panteón de artistas.

ESTRENO "CHEZ CASAUX"

Después de cien representaciones de "Judío", primera obra que en esta temporada alcanza ese número de repeticiones en un teatro de tres actos, la compañía que encabeza el popular actor Roberto Casaux puso en escena por primera vez, el sábado, la pieza cómica "La mujer de Chapelgorría", escrita en colaboración por el maestro Payá y el conocido autor Ricardo Hicken.

En otra edición haremos nuestro comentario, pudiendo desde ahora adelantar que, a juzgar por los ensayos, la obra parecía eficaz.

"ONLY POLLY"

Así se titula la nueva opereta estrenada en el Avenida por el conjunto criollo-hispano-germánico "Plus Ultra", que tan discreta temporada viene realizando.

El trabajo del maestro Kello, que venía ensayando esta compañía bajo la esmerada "batuta" de Urban, fué aplaudido por el público, que celebró especialmente la partitura musical.

En otro número hablaremos con mayor detención de la novedad ofrecida en el Avenida y que es una nueva demostración del acierto de la dirección en escoger los trabajos a brindar en su "season".

GRAN SPLENDID

Los últimos estrenos ofrecidos en exclusiva fueron otros tantos éxitos sumados a los ya muchos de esta temporada, una de las mejores de esta aristocrática sala.

Admirables "films" serán exhibidos en la semana que se inicia, habiendo determinado mucha expectativa en las familias que frecuentan este hermoso cine.

SABIO QUE YERRA

En momentos de cerrar esta edición, se estrena en el Sarmiento la pieza de González Castillo y Folco Testena, "El error del sabio". Título asaz sugestivo y que evoca el conflicto que determinó la "evasión" de la actriz Fany Brena, esperamos afirmar en nuestro próximo número que si bien los sabios se equivocan, no se equivocaron los autores al traducir en escenas la equivocación del sapiente.



Fotografía
artística



Tres vistas de los bellos y
caprichosos paisajes que la
nieve produce sobre las
poblaciones de Suecia.





Nuestros abuelos también
se extasiaban con este rico
Aperitivo y Licor digestivo.

BUEN APERITIVO

HESPERIDINA

RICO LICOR

